

R. ORTEGA Y FRÍAS



LAS JUSTICIAS DE FELIPE II



LA NOVELA ILUSTRADA
REVISTA SEMANAL = NÚMERO 318

TOMO SEPTIMO
35 CÉNTIMOS

Feb 11, 1913

R. 43.344
BIBLIOTECA
DE ABADIA
E-6046

Ramón Ortega y Frías

Las justicias de Felipe II

TOMO SÉPTIMO



LA NOVELA ILUSTRADA

Director Literario: Vicente Blasco Ibáñez.

Oficinas: Mesonero Romanos, 42.

MADRID

Obras publicadas por La Novela Ilustrada

- 1.—Renata Mauperin. J. y E. Goncourt.
- 3.—El hijo de la parroquia, C. Dickens.
- 4.—Carmen, Próspero Mérimée.
- 6.—El doctor Rameau, J. Ohnet.
- 7.—Humo, Turguenev.
- 8.—El pescador de Islandia, Loti.
- 9.—Raffles el elegante, E. W. Hornung.
- 10.—La Savelli, G. A. Thierry.
- 13.—Amor de española, J. B. d'Aureville.
- 15.—Fuerte como la muerte, Maupassant.
- 16.—La dama vestida de blanco, W. Collins.
- 17.—Crimen y Castigo, F. Dostoiewsky.
- 18.—Miss Mehistófeles, F. Hume.
- 19.—El sombrero del cura Cirilo, E. Marchi.
- 20.—Tiempos difíciles, Dickens.
- 23.—El hombre del antifaz negro, Hornung.
- 24.—Venganza corsa, P. Mérimée.
- 25.—Padre y fiscal, F. Coppée.
- 26.—El ilustre Cantasirena, G. Rovetta.
- 27.—El ladrón nocturno, E. W. Hornung.
- 28.—El ídolo de los ojos verdes, P. Brebner.
- 30.—Los buscadores de oro, E. Conscience.
- 31.—La bohemia, E. Murger.
- 33.—La peña del muerto, por Q. Couch.
- 367 al 169.—El hijo de Artagnan, P. de Feval.
- 170 al 172.—La señorita de Montecristo, C. Solo.
- 173.—El oro sangriento y
- 174.—Flor de alegría, Daniel Leuseur.
- 177.—Eugenia Grandet, H. Balzac.
- 221 a 222.—La dama de la ganza, G. le Faure.
- 223 a 234.—Los Girondinos, Lamartine, 12 t.
- 242 y 243.—El capitán Fracasa, T. Gauthier.
- 246 y 247.—El secreto del decapitado, Stacpoole.
- 251, 252 y 253.—La Maffia, Georges le Faure.
- 255.—Aventuras de Gordón Pym, Edgardo Poe.
- 257.—Werther.—Goethe.
- 258.—Doloras y humoradas, Campoamor.
- 273 a 273 b.—Los pequeños poemas, Campoamor.
- Venganza africana, E. Sué
- 265 a 272.—El judío errante, E. Sué.
- 274 a 281.—Los misterios de París, E. Sué.
- El año 2000, por E. Bellamy.
- 282.—Manon Lescaut, Abate Prevost.
- 290 a 293.—Lesage, Gil Blas de Santillana.
- 294.—Mariano de Larra.—Colección de artículos.

Colección Conan Doyle.

- 11.—Sable en mano. 12.—Al galope. 14.—La bandera verde. 21.—La tragedia del Korosko. 29.—El millón de la heredera. 43.—El robo del diamante azul.—El capitán de la Estrella Polar.—El campamento de Napoleón.

Colección Victor Hugo.

- 35.—Bug-Jargal. 36.—Han de Islandia. 37.—El noventa y tres. 38.—El hombre que ríe; dos tomos. 39.—Los trabajadores del mar. 40.—Nuestra Señora de París.—Los miserables; dos tomos. (Agotado el primero.)—284.—El Año Terrible. 301.—El rey se divierte. Ruy Blas. Hernani. Angelo, tirano de Padua. 302.—Cromwell. Maria Tudor.

Colección Tolstol.

- 44.—Resurrección. 45.—La guerra y la paz.
- 46.—La sonata de Kreutzer.
- 47 y 48.—Ana Karenine; 2 tomos.

Colección Rocamboles, por P. duTerrail.

- 77.—La herencia de los doce millones.—78. El tonel del muerto.—79. El club de los Veinticuatro.—80. La rival de Baccarat.—81. La estocada de los cien luses.—82. El juramento de la gitana.—83. Las dos condesas.—84. El triunfo del mal.—85. Rocamboles tiene miedo.—86. El espectro de la guillotina.—87. Los caballeros del Claro de Luna.—88. La sombra de Diana.—89. El pacto de las tres mujeres.—90. El hombre de las gafas azu-

- les.—94. El número ciento diez y siete.—95. La cárcel de mujeres.—96. Los lobos de la nieve.—97. El telegrama falso.—98. Las garras de color de rosa.—99. La taberna de la muerte.—100. El fantasma de las cadenas.—101. Las canteras del crimen.—102.—El cadáver de cera.—103. La vida de los tres maridos.—104. Las fieras de la selva.—105. El barril de pólvora.—106. Los tres verdugos.—107. El molino sin agua.—108. El plan del hombre gris.—109. El cementerio de los ajusticiados.—110. Una cita de amor.—111. Los dos detectives.—112. El reo de muerte.—113. La cuerda del ahorcado.—114. La niña muda.—115. El secreto de la cartera.—116. La casa de las rosas.—117. Los papeles del asesino.—118. El rapto de una muerta.—119. El hilo rojo.

Colección Dumas.

- 51 a 53. Veinte años después; 3 tomos.—54 a 59. El vizconde de Bragelonne; 6 tomos.—60 a 63. El conde de Montecristo; 4 tomos.—64 y 65. Ascanio; 2 tomos.—66 a 68. Las dos Dianas; 3 tomos.—69 y 70. El paje del duque de Saboya; 2 tomos.—71. El Horóscopo.—72 y 73. La reina Margarita; 2 tomos.—74 a 76. La dama de Monsoreau; 3 tomos.—91 a 93. Los cuarenta y cinco; 3 tomos.—120 a 125. Memorias de un médico; 6 tomos.—126 a 129. El collar de la reina; 4 tomos.—148 a 150. Angel Pitou; 3 tomos.—151 a 158. La condesa de Charny; 8 tomos.—165 y 166. El caballero de Casa Roja; 2 tomos.—178 a 180. Los compañeros de Jehú; 3 tomos.—186 a 196. Los mohicanos de París; 11 tomos.—197 a 199. Las lobas de Machecul; 3 tomos.—2. Los mil y un fantasmas.

Ortega y Frías

- 130 a 138.—El Tribunal de la sangre; 9 tomos.
- 139 a 147.—El siglo de las tinieblas; nueve tomos.
- 308 a 311.—El peluquero del Rey.
- 312 a 317.—Las justicias de Felipe II.

Mayne Reid

- 159.—La venganza del Amarillo. 160.—El bosque sumergido. 161.—El barco negrero. 162.—Los naufragos de la Pandora. 163.—Las dos hijas del bosque. 164.—Mano Roja. 181.—Los balleneros. 182 y 183.—El pabellón de socorro; dos tomos.

- 184 y 185.—La criolla de Jamaica; dos tomos.

Fernández y González

- 200 a 203.—Don Juan Tenorio; cuatro tomos.
- 204 a 208.—La maldición de Dios; cinco tomos.
- 210 a 215.—Diego Corrientes; seis tomos.
- 216 a 220.—El alcalde Ronquillo; cinco tomos.
- 235 a 139.—Leyendas de la Alhambra. 260 a 264.—Lucrecia Borgia.—La buena madre, 265 a 28.—La princesa de los Ursinos, 295 a 300.

Clásicos españoles

- 175 y 176.—Cervantes, Novelas ejemplares. 303 al 306.—Don Quijote de la Mancha.
- 209.—Quevedo, El gran tacaño.—Guevara, El Dia blo cojuelo.
- 241.—Moratin, La comedia nueva.—El sí de las niñas, y otras.
- 244 y 245.—Don Ramón de la Cruz, Sainetes.
- 248.—Lope de Vega.—La boba para los otros y discreta para sí.—Las bazarrias de Belisa.
- 249.—Tirso de Molina.—Don Gil de las Calzas Verdes.—Amar por razón de Estado.
- 250.—Calderón.—Casa con dos puertas mala es de guardar.—La devoción de la Cruz. 307.—El médico de su honra.—Mañana será otro día.
- 254.—Romancero del Cid.
- 256.—Luis Vélez de Guevara.—Reinar después de morir.—El diablo está en Cantillana.—La luna de la sierra.
- 259.—Moreto.—El lindo Don Diego.—El desdén con el desdén.—De fuera vendrá...



Las justicias de Felipe II

CAPITULO XVII

CÓMO DON FADRIQUE DIÓ Á CONOCER SU RESOLUCIÓN

Pálida y ojerosa estaba doña Luz, pero bellísima como siempre, y más bella quizás, pues tenía doble atractivo con la expresión de melancolía dolorosa de su semblante.

A su tío recibió grave y friamente.

El caballero parecía haber recobrado por completo la calma terrible que otras veces le había dado tanta superioridad.

—Señora—dijo con severo tono—, me escucharéis con toda la atención posible, porque es muy grave el asunto de que tenemos que tratar.

—Decid.

—Aunque no lo hayáis olvidado, conviene recordar que tengo todos los derechos de vuestro padre.

—Lo habéis dicho muchas veces, y no era menester que os molestáseis en repetirlo.

—Soy responsable de cuanto os suceda.

—Hasta cierto punto.

—Esa responsabilidad significa deberes, y éstos no pueden cumplirse sin tener derechos.

—He comprendido sobradamente, y haríais bien en abreviar esta entrevista.

—¿Os mortifica mi presencia?

—Mucho—respondió doña Luz sin vacilar y con una audacia que bien podía calificarse de desvergüenza.

—¿Olvidáis que soy vuestro tío, hermano de vuestro padre.

—A pesar de eso, habéis roto los lazos que nos unían.

—Los lazos de sangre no pueden romperse.

—Hay consideraciones de mayor importancia.

—Es decir, que me miráis...

—Como lo que sois, caballero; como á mi mayor enemigo, pues para hacerme sufrir no habéis esperado siquiera á que me sea posible recobrar alguna calma, no habéis respetado ni mi dolor filial, un dolor santo, que respetaría profundamente hasta la persona que más me odiase.

—Las circunstancias...

—No justifican vuestro proceder.

—Me habéis obligado, puesto que vos fuisteis quien provocó las cuestiones que os hacen sufrir; no he sido el impaciente, sino vos, y al acusarme de que vuestro dolor no es respetado, no pensáis que vos, á pesar del trastorno que ese dolor filial debe producir, habéis podido ocuparos de vuestro amor, de vuestras pasiones, de vuestras debilidades, de extravíos que pueden afectar, que pueden herir hasta la honra.

—¡Caballero!

—Si os consideráis ofendida...

—Tened cuidado, pues ya sabéis que hay en el mundo un corazón noble que me defienda.

—No esperéis intundirme miedo.

—Acabad, porque...

—Anoche ha entrado en esta cámara el señor Antonio de Quirós.

—¿Lo habéis visto?

—Su voz oí.

—Vuestros oídos os engañaron.

—Si estoy convencido, no necesito más pruebas.

—Ni yo me molestaré para decir otra vez que os equivocáis.

—Ese hombre no cede.

—No.

—Vos tampoco.

—Jamás.

—Por mucho que yo vigile, como no puedo

estar á todas horas á vuestro lado, os burlaréis de mí, pues apelais á todos los medios, y la audacia de ese hombre no tiene límites.

—¿Y por qué no lo delatáis?—preguntó doña Luz con acento que algo de burlón tenía.

—Hago lo que bien me parece.

—Lo que podéis, debierais decir.

—He decidido concretarme á usar de mis derechos.

—Está bien.

—La experiencia me ha convencido de que no puedo evitar que á ese hombre veais.

—Pues entonces...

—En otro lugar estaréis bien guardada.

La joven se estremeció.

Miró ansiosamente á su tío.

No necesitaba más explicaciones para comprender lo que éste se proponía.

Silencio guardó.

—¿No adivináis?—preguntó don Fadrique después de algunos momentos.

—No.

—Iréis á un convento.

—¿Don Fadrique!...

—Si no queréis profesar, estaréis allí haciendo santa vida hasta que renunciéis á vuestras locas aspiraciones ó hasta que seais mayor de edad y dueña de vuestras acciones.

Se hizo más densa la palidez de doña Luz.

Sintió como si su sangre se helara.

¡Encerrada en un convento!

¿Qué recursos le quedarían en semejante caso? Ninguno.

A una celda no podría llegar su amante como llegaba á su cámara.

Ni siquiera podría verlo, como entonces lo veía desde un balcón y cuando él paseaba en la calle.

La determinación del caballero era demasiado horrible.

¿Tenía derecho la desdichada á resistir?

Ninguno, porque su tío estaba investido para este caso de las mismas facultades que el padre tuvo.

Si responsable era del honor de su sobrina, había que reconocerle el derecho de guardarla como mejor le pareciese.

Todo esto lo sabía muy bien doña Luz.

—Supongo—repuso don Fadrique con ligera ironía—, que ahora me habréis entendido.

—Sí.

—También supongo que no cometeréis la torpeza de discutir sobre este punto.

—No.

—Y en cuanto á resistencia, si no se transtorna vuestro juicio, tampoco la haréis.

—Tampoco.

—Me felicito al ver que os sometéis sin intentar luchas temerarias y que os colocarían en peor situación de la en que estáis.

—¿Habéis concluido?

—Me falta preguntaros á qué convento queréis que os lleve.

—Me parece que tengo derecho para reflexionar.

—Sí.

—Como no soy un criminal á quien es preciso encerrar en un calabozo, me concederéis un plazo.

—Os lo concederé, pero será breve.

—Veamos hasta qué punto sois generoso.

—Tenéis dos días.

—Dos días y la facultad de elegir el convento—murmuró la joven como si hablase para sí.

—Eso es.

—Pues cuando el plazo termine, ó lo que es igual, pasado mañana á estas horas, me tendréis dispuesta.

—Antes necesito saber qué convento habéis elegido, porque he de hablar del asunto con la superiora.

—Os lo diré mañana.

—¿A estas horas también?

—Sí.

—Pues he terminado.

—Os agradeceré que me dejéis.

—¿Nada más tenéis que pedirme?

—Solamente os diré que á Dios le rogéis que este último abuso no os cueste caro, muy caro.

—Vos necesitáis más que yo la protección divina. El cielo os guarde, señora.

Salió don Fadrique.

Doña Luz elevó al cielo una mirada de angustia mortal.

Se oprimió el pecho.

Exhaló un penoso suspiro.

Luego inclinó la cabeza.

Cerró los ojos y quedó inmóvil.

Sufría lo que apenas se concibe.

Empero había dejado á salvo su dignidad.

Don Fadrique esperó arrebatos de cólera, súplicas y lágrimas.

Se equivocó, porque no conocía bien á la joven.

Media hora pasó.

Entró Juana.



Entonces doña Luz levantó la cabeza.

No era menester más que mirarla para comprender que una borrasca espantosa agitaba su espíritu.

—¡Ah!—exclamó.

—¿Qué sucede?—le preguntó la doncella.

—¡Se ha desvanecido mi última esperanza!

—¡Que se ha desvanecido!...

—Va á consumarse el último abuso.

—Pero supongo, señora mía, que resuelta estaréis á defenderos.

—No puedo.

—¿Os declararéis vencida.

—Toda lucha tiene su término.

—Pero ésta...

—Ha concluido ya.

—¡Que ha concluido!

—Sí.

—Eso es imposible, porque al concluir la lucha que sostenemos ha de suceder una de dos cosas, ó que seáis feliz unida al señor de Quirós, ó que acabe vuestra vida; y como ni habéis muerto ni os habéis casado, claro está que no ha concluido la lucha. Vida tenéis y yo también, vivo está el hombre á quien amais, y por consiguiente...

—¡Vanas ilusiones!—interrumpió doña Luz con tono de amargura.

—Eso lo veremos.

—El deseo te engaña.

—A vos os trastorna el dolor.

—Cuando sepas lo que sucede...

—Siempre serán mis opiniones las mismas. ¡Vencida una mujer en intrigas de amor!... Eso nunca ha sucedido, ni puede suceder.

—Pronto te convencerás.

—Decidme lo que pasa.

—Mi tío, mi verdugo debiera decir, ha determinado encerrarme en un convento.

—Eso es grave.

—Y allí...

—Perdonad.

—¿Aún crees que es posible la lucha?

—Será más difícil; pero nada más.

—Juana...

—Reconozco que la situación es crítica.

—Horrible.

—Vais á un convento; yo también iré.

—¿Crees que mi tío ha de permitir que me acompañes?

—No; pero como saldré de esta casa, no podrá tampoco estorbarme que á un convento vaya para entrar como novicia y ser monja. No ha de

faltarme; y en cuanto á representar mi papel de mujer desengañada, de pecadora arrepentida, respondo de...

—Del dicho al hecho hay gran trecho. Al convento irás, y esto será un consuelo para mí; pero...

—Dejadme reflexionar.

—Es preciso que Quirós sepa lo que pasa.

—Pretextos no han de faltarme para salir, y á buscarlo iré.

—Le llevarás una carta.

—Escribid.

Dos días tengo de plazo.

—Más serían si así nos conviniese, porque en último apuro os fingiríais enferma; y como el señor de Quirós es amigo del doctor Olivares, y...

—Prolongar la agonía...

—Ganar tiempo, lo cual importa mucho.

—Para mañana he de haber elegido el convento.

—Ya vereis cómo el señor Antonio no se apura tanto como vos.

—Temo que arrebatado por la ira...

—Es hombre de calma.

—Sin embargo...

—Escribid, señora mía, y entretanto andaré por estas habitaciones para evitar que os sorprenda vuestro tío.

Media hora después doña Luz entregaba una carta á su doncella.

Aún no había pasado otra hora, cuando Juana encontró un pretexto para salir.

Probando estaba que su ingenio era fecundo.

A buen paso se encaminó á la hostería.

No encontró ninguna dificultad para ver al hidalgo, pues el hostelero la conocía.

¿Encontraría el señor Antonio algún medio de contrarrestar el golpe?

Dudoso era.

CAPITULO XVIII

CÓMO DISCURRIÓ EL SEÑOR ANTONIO Y LO QUE DECIDIÓ DOÑA LUZ

Sin necesidad de explicaciones, comprendió el hidalgo que algún suceso de importancia había tenido lugar, pues de otro modo no tenía para qué ir á verlo la doncella.

—Me desagrada tu visita—dijo el señor Antonio.

—Yo tampoco quisiera venir por el motivo

que lo hago; pero os advierto que sobre lo que sucede, mi opinión es muy distinta de la de mi noble señora. Esta se apura, dice que ha perdido la última esperanza, que la lucha ha terminado y que ya no hay defensa posible; pero yo no veo las cosas tan negras; y creo que aún nos quedan muchos recursos, sin contar el de que aniquileis á don Fadrique.

—Sepamos—dijo el señor Antonio, cuyo entrecejo se arrugó.

—Leed primerq la carta que me ha dado doña Luz, y luego responderé á cuantas preguntas tengais á bien hacerme.

La carta tomó, abrió y leyó el hidalgo con el afán que era consiguiente.

Luego quedó silencioso y meditabundo.

No necesitaba hacer ninguna pregunta, porque doña Luz le daba todas las explicaciones que eran menester para apreciar con exactitud la situación.

Caviló el señor Antonio.

Buscaba un medio.

Empero se esforzaba en vano.

En pie se puso.

Cruzó los brazos, y la cabeza inclinó sobre el pecho.

Empezó á pasearse.

Su mirada era sombría.

Pronunció algunas palabras que no pudieron entenderse.

Así pasó largo rato.

Mucho sentía en aquellos momentos.

No quería considerarse impotente para continuar aquella lucha, y ya empezaba á creer que no le quedaría más recurso que el de provocar un lance sangriento, recurso dudoso, pues no era probable que don Fadrique sacase la espada, y por consiguiente tampoco habría medio de castigarlo ni obligarle á cambiar de resolución.

Por ningún otro camino podía el hidalgo hacer nada, pues el tutor estaba en su derecho para adoptar aquellas resoluciones.

No pensaba el señor Antonio retroceder, ni siquiera detenerse.

Continuaba la lucha, haría hasta lo que pareciese imposible para penetrar en el convento donde se encontrase la mujer á quien amaba; pero estos planes debían presentar obstáculos quizás insuperables al ponerlos en práctica.

En teoría todo es muy fácil, y doña Luz había recordado muy oportunamente la distancia inmensa que hay del dicho al hecho.

No era posible que el señor Antonio se consolase con esperanzas ilusorias, pues ya sabemos que todo lo miraba bajo el punto de de vista práctico.

Ademas temía que de un momento á otro fuese la justicia para prenderlo, en cuyo caso tendría que ocultarse más, y quedaría inutilizado para hacer muchas cosas.

No, no era posible que á ilusiones se entregase un hombre como él.

Pensó en lo mismo que había pensado la doncella, es decir, que ésta ó cualquiera otra persona entrase también en el convento para ayudar á doña Luz en lo que fuese menester.

Empero esto no lo consideraba bastante.

Y aun en el caso de que se encontrase medio para devolver la libertad á la infeliz joven, ¿que sucedería después?

Esto nadie lo había previsto, y era precisamente lo que tenía más importancia.

De repente se detuvo el señor Antonio.

Sus pupilas brillaron como carbunclos.

—¡Ahl—exclamó.

La doncella desplegó una sonrisa, y dijo:

—De seguro habéis encontrado ya el medio que necesitamos.

—Sí.

—Entonces...

—Pero temo que para nada nos sirva.

—¿Por qué?

—Falta lo principal.

—No adivino...

—Siéntate, Juana, y escúchame, porque tú has de entenderte con tu señora, y es preciso que comprendas bien la situación y mis planes. Supongo ya será impoble que yo vea á doña Luz en los dos días de plazo que le ha dado su tío.

—No hay que pensar en que entréis en la casa.

—Le situación ha llegado á ser de tal naturaleza que los términos medios para nada sirven.

—Soy de vuestra opinión.

—Preciso es dar el golpe decisivo, quedar dentro ó fuera alguna vez.

—Sí, porque don Fadrique no ha de cambiar de resolución.

—Aun suponiendo que nos sea posible burlarnos de su vigilancia y hacer ilusorias todas sus precauciones, ¿qué conseguiremos?

—Os quedaréis lo mismo.

—Sí, porque vuestra unión será imposible mientras él niegue su licencia, y si hemos de esperar un año y otro año hasta que doña Luz sea dueña de sus acciones, no necesitamos sostener estas luchas que tantos peligros ofrecen y que tanto nos mortifican, sin contar con los escándalos que pueden producir y que pueden perjudicar la reputación de vuestra señora.

—Ciertamente.

—Supongamos que consigue salir del convento ó verse libre de cualquier otro modo.

—Entonces...

—¿Qué haréis?

—No lo sé.

—Si continúa como ahora, sometida á la autoridad de su tío, inútiles seran nuestros esfuerzos.

—Sí, siempre quedaremos en la misma situación.

—Peor cada vez, porque la experiencia irá dando lecciones muy provechosas á don Fadrique.

—Y sabrá aprovecharlas.

—Además, no es posible que mucho tiempo pase sin que yo tenga que ocultarme ó que huir, en cuyo caso inutilizado quedará completamente.

Comprendo.

—Ni un solo paso puedo dar sin saber á qué atenerme.

—Razón os sobra.

—Trabajaré, lucharé, haré cuanto es imaginable si doña Luz está dispuesta á seguirme el día que posible me sea dominar todos los obstáculos para sacarla del poder de su tío.

—Eso es grave.

—Mucho, ya lo sé.

—Y la verdad es que otro medio no hay.

—¿Tendrá valor tu señora?

—No lo sé.

—Pues ni un solo paso puedo dar sin conocer su resolución sobre este punto.

—¿Y qué haríais después?

—Medios encontraríamos para legitimar nuestra unión, aunque fuese en extraña tierra, y después con mis derechos de esposo, exigiría cuentas á don Fadrique.

—Reconozco que para hacer todo eso se necesita...

—Amar verdaderamente.

—Mi señora debe espantarse ante la idea del escándalo, y...

—Y tranquilizarse también con la seguridad de que es imposible que yo cometa un abuso.

—Veremos lo que decide.

—Si al volver á su casa ha de ponerse bajo la autoridad de su tío, ¿para qué quiere salir del convento?

—Y al convento la llevarían otra vez.

—Juana, no hay más que dos caminos.

—Esperar ó dar ese paso.

—Ya te lo he dicho, el término medio es imposible.

—Hablaré con mi señora.

—Debes hacerle comprender la situación.

—Descuidad.

—Si se decide, respondo de que libre se verá en un plazo breve, muy breve.

—¿Y cómo?

—Poniendo en práctica el plan que he trazado y que realizaré con tu ayuda, pues supongo que estás dispuesta...

—A todo—dijo sin vacilar la doncella.

—Quizás sea preciso que algo arriesgues.

—Hasta la vida.

—No tanto; pero tendrías que sufrir algunos disgustos.

—Cuanto sea menester.

—En cambio ya sabes que harás tu fortuna.

—Hecha la tengo con la satisfacción de servirlos.

—Estamos, pues, de acuerdo.

—¿No he de llevar ninguna carta á doña Luz?

—Sí.

Escribióle el señor Antonio rápidamente.

Entregó el papel á la doncella.

—No te detengas—le dijo.

—Que Dios nos proteja.

A su casa volvió la joven.

Nadie la había echado de menos.

Nadie tampoco se acercaba á las habitaciones de doña Luz, y por consiguiente podían hablar con el mayor descuido.

Leyó la hija de don Luis la carta de su amante, y luego le dijo á su doncella:

—Puesto que contigo he de tratar de este asunto y tú me has de dar explicaciones, te escucho.

—Haré suposiciones, porque así nos entenderemos mejor.

—Como quieras.

—Suponed, pues, que el señor Antonio de Quirós consigue que del convento salgáis inmediatamente.

—Eso es imposible.
 —Pensad que no hago más que suposiciones.
 —Cuando son absurdas...
 —No deben serlo, pues el señor de Quirós conserva su juicio cabal y asegura que un plan tiene para conseguir lo que desea. No parece que sea de esos hombres que ilusiones se hacen.
 —No lo es.
 —Pues debe saber lo que dice cuando tal cosa asegura.
 —¿No te ha dado explicaciones de su plan?
 —Ni yo se las he pedido, ni había para qué, puesto que todo depende de vuestra resolución.
 —No comprendo bien.
 —Contestadme y comprenderéis. Vuelvo á suponer que del convento salís inmediatamente. ó lo que es igual, que libre os encontráis. ¿Qué haréis?
 Doña Luz no acertó á responder.
 A pesar de toda su inteligencia, no había sido previsora hasta el punto que lo fué el señor Antonio.
 Le preguntaban qué haría cuando se encontrase fuera del convento.
 ¿Qué había de hacer como no fuese volver á su casa?
 Y al volver quedaría nuevamente bajo la autoridad arbitraria de su tío, es decir, que nada absolutamente habría adelantado al hacer lo que podía costar la vida á su amante.
 ¿Para qué luchar, para qué arriesgar nada, para qué tomarse la menor molestia, si nada tampoco se había de conseguir, si había de quedar la situación lo mismo ó tal vez peor?
 Nunca estuvo tan perpleja doña Luz.
 A su doncella miraba como si así hubiera de salir del apuro.
 —¿No me habéis entendido?—preguntó Juana después de algunos minutos.
 —Sí.
 —Entonces...
 —Comprendo que con algún fin se hacen las cosas.
 —Eso es.
 —Molestarse, arrostrar peligros sin objeto, es una estupidez.
 —Me alegro al oíros hablar así.
 —Si lo mismo ó peor que antes hemos de quedar, ¿para qué he de salir de mi encierro? Me parece que esto es lo que necesita saber el señor Antonio.
 —Y sin saber eso, nada puede hacer.

—Confieso que estoy aturdida.
 —¿Volveréis á esta casa para que otra vez os lleve al convento vuestro tío?
 —Si eso ha de suceder...
 —Todos perderíamos en vez de ganar.
 —¿Y puedo hacer otra cosa?
 —Huir, ocultaros; y mientras os buscan os uniréis santamente al hombre á quien amais.
 —¡Juana!—exclamó doña Luz con acento de terror.
 —Elegid.
 —¡Oh!...
 —Y si eso no hacéis, resignaos y esperad á que pasen los muchos años que faltan para que seais dueña de vuestra voluntad y de vuestras acciones.
 —¡Ah!...
 —Entre tanto Dios sabe lo que el señor Antonio puede hacer ó le que ha de sucederle, pues en plazo tan largo...
 —¡Dios mío!...
 —Las circunstancias lo exigen así.
 —Circunstancias bien horribles.
 —Amáis muy de veras.
 —Mi alma es de Quirós.
 —Pues la mujer que de veras ama, valor tiene para todo.
 —El escándalo que se produciría...
 —Algo hemos de arriesgar cuando queremos ganar mucho.
 —Ciertamente; però mi repetición...
 —Todo quedaría santificado con el casamiento.
 —Dudo, Juana.
 —Vuestras dudas no comprendo.
 —Y como no conozco los planes de Quirós...
 —Lo que os importa es el resultado, pues lo mismo ha de suceder, cualquiera que sea el medio.
 —No sé...
 —Ni mucho tiempo tenéis para pensar.
 —Tiemblo...
 —Serenamente juega la vida el señor Antonio de Quirós.
 —Si no más que de la vida se tratase...
 —¿Podéis arriesgar otra cosa?
 —Mi honor, Juana, mi honor.
 —Nadie sabrá guardarlo mejor que el que ha de ser vuestro esposo; nadie os respetará más.
 —Pero el mundo...
 —¿Qué os importa?
 —La alternativa es tan dura...

—Dentro ó fuera hemos de quedar, y todo depende de vuestra resolución.

—Quiero reflexionar.

—Hacedlo, y que Dios os ilumine.

—Déjame, Juana, porque á solas necesito quedar con mis pensamientos, á solas con mi conciencia.

—Tened presente que si esta ocasión dejamos pasar, no ha de presentarse otra.

De la cámara salió la doncella.

Conocemos las ideas, la manera de ser de doña Luz, y no debe sorprendernos que tanto vacilase.

En otro tiempo, y según debe recordar el lector, no quiso hacer lo que entonces se le proponía, porque amaba y respetaba mucho á su padre y prefería sacrificarlo todo antes que amargar los últimos días de la existencia del noble anciano.

Este ya no existía.

A don Fadrique no tenía para qué guardarle ningunas consideraciones doña Luz; quedaba el mundo: el escándalo se levantaba ante ella como un fantasma aterrador.

Segura estaba de que nunca su honor había de ser tan respetado como cuando lo guardase el señor Antonio; pero no era bastante esta seguridad, no era bastante ni aun la tranquilidad de su conciencia.

Doña Luz no podía satisfacerse con ser honrada, pues tenía necesidad también de que honrada la considerase el mundo.

Una sombra, no más que una sombra levísima de impureza, espantaba á la infeliz joven.

Empero á pesar de todos sus escrúpulos, de toda la severidad de su conciencia intransigente, sentíase dominada por los impulsos de su amor intenso.

Preguntábase también si obligación tenía de someterse á las arbitrariedades y abusos de su tío.

Si podía ser feliz, ¿por qué aceptar grandes sufrimientos y la más horrenda desdicha?

Amaba á un hombre honrado: su padre había aprobado aquel amor, y, por consiguiente, no había razón que justificase el proceder de don Fadrique.

Sometiéndose á la voluntad de su verdugo, creía doña Luz que representaba un triste papel, y su dignidad sentíase vivamente herida.

Con armas de mala ley hería don Fadrique,

y, por consiguiente, ella tenía derecho de defenderse como mejor le pareciese.

Nobleza obliga; pero la ruindad releva de toda obligación.

Ser escrupulosos con quien no tiene conciencia es la mayor de las necedades.

Todos los medios le parecían buenos á don Fadrique si lo llevaban al fin deseado.

¿Por qué no había de hacer lo mismo su víctima?

Bajo todos los puntos de vista imaginables examinó la situación doña Luz.

Siempre su amor la impulsaba.

Siempre sus escrúpulos la detenían.

Así en su alma se entabló una lucha desgarradora, y cuyo resultado era imposible prever.

Una y otra hora pasó.

Dudaba siempre, siempre vacilaba.

Con frecuencia dirigió al Omnipotente súplicas conmovedoras.

Llegó la noche.

Vió á su tío á la hora de cenar.

El miserable estaba perfectamente tranquilo.

Comprendía el sufrimiento de doña Luz, y esto era para él una prueba de que no había dado entonces el golpe en falso.

Silencio guardaba; pero en su semblante dejábase ver muy claramente su satisfacción criminal. Cuando terminó la cena, rezaron como de costumbre.

Separáronse, y si las buenas noches se dieron, fué porque estaban en presencia de los criados y el decoro los mandaba disimular.

Don Fadrique quitó las llaves de las dos puertas de la casa, dispuso que junto á éstas se situasen Andrés y Mateo, y adoptó otras muchas precauciones para estar seguro de que en la casa no penetraría el atrevido galán.

Luego se entregó al reposo, aunque con intención de levantarse alguna vez para recorrer la casa como había hecho la noche anterior.

No, no era posible que aquella noche se viesen los dos amantes; pero en cambio doña Luz podría conferenciar con su doncella.

El silencio reinó.

Las horas pasaron.

No brillaba en el interior del edificio más luz que la que había en la cámara de la hija de don Luis.

Dieron las once.

Juana, sin producir el más leve ruido, se presentó á su señora.

—¡Ah!—exclamó ésta.
 —Hemos de hablar, señora mía; pero antes habréis de seguirme.
 —¿Adónde?
 —Lo veréis.
 —Misteriosa estás esta noche.
 —Venid.
 —¿No quieres conocer mi resolución?
 —Me parece que aún vaciláis, y, por consiguiente, es inútil que hablemos ahora.
 —Sufro mucho.
 —Os proporcionaré algún descanso, algún goce.
 Doña Luz siguió á su doncella.
 Fueron al aposento que el balcón tenía.
 A la vidriera se acercaron.
 —Mirad—dijo Juana.
 También aquella noche brillaba la luna.
 ¿Qué vió doña Luz?
 Nada de particular, lo que muchas veces había visto.
 El señor Antonio encontrábase frente á la casa.
 Con ansiedad lo contempló la joven.
 La doncella, como si hablase para sí, murmuró:
 —Espera... ¿Cuánto debe sufrirl... Si su ansiedad encuentra un desengaño...
 —Calla, calla—interrumpió doña Luz.
 —¿Y por qué he de callar?
 —Me haces sufrir.
 —¿Acaso puede ser para vos un sufrimiento saber que os adora el hombre á quien amáis?... Allí lo tenéis dispuesto á sacrificarlo todo por vos; allí lo tenéis arrojando todos los peligros, hasta la cólera del rey.
 —Basta...
 —Ahora decidid; y si el valor os falta, mañana mismo me separaré de vos, porque ya nada tengo que hacer á vuestro lado.
 —¡Dios mío!...
 —La muerte ó la vida para el hombre que os contempla en estos momentos.
 —¡Suya será!—exclamó doña Luz con el acento del delirio.
 —¡Ah!...
 —Y que Dios me perdone...
 —Vuestro tío es quien perdón necesita, y no lo merece.
 —He luchado, he resistido...
 —Vamos.
 —Déjame que lo contemple.

—No, porque nunca hemos necesitado tanto disimulo, y si vuestro tío se levanta y aquí nos encuentra...
 —¿Qué más puede hacer?
 —Despedirme apenas raye el día, y no sabemos si para los planes del señor Antonio es preciso que yo permanezca á vuestro lado.
 —Es verdad.
 —Dominaos, que pronto seréis feliz.
 —Mucho ha de costarme la felicidad.
 La última mirada de fuego envió doña Luz á hidalgo.
 A su cámara volvió con la doncella.
 Empeñáronse entonces en adivinar en qué consistían los planes de Quirós.
 No lo consiguieron.
 Temerosas de que don Fadrique se levantase, determinaron separarse y entregarse al reposo.
 Se acostó doña Luz.
 A su dormitorio se retiró Juana.
 Media hora después el caballero se levantaba y recorría el interior de la casa.
 Nada observó que pudiera infundirle sospechas.
 Completamente tranquilo se volvió al lecho.
 La noche debía pasar sin otro incidente y con la misma calma.

CAPITULO XIX

PREPARATIVOS

A la mañana siguiente, y á la hora convenida, don Fadrique fué á la cámara de doña Luz.
 En el rostro de ésta se veían las señales inequívocas del insomnio y del llanto, pues ya sabemos que había pasado una noche verdaderamente horrible.
 La lucha había sido tenaz y desgarradora; pero una vez adoptada la resolución que ya conocemos, no debía retroceder, ni siquiera vacilar.
 Si había dudado, no fué porque el valor le faltase, sino porque la detuvieron los escrúpulos de su severa conciencia.
 Una vez que había triunfado su corazón y que, con acierto ó sin él, había creído que tenía el derecho de defenderse aun apelando á recursos extremos, hacía cuánto preciso fuese, si bien dejando siempre á salvo su honor.
 Con su inteligencia, con la energía de su espíritu, energía por cierto bien rara, y con las

lecciones que le había dado la experiencia, la infeliz joven debía representar admirablemente su papel.

Su aspecto era grave.

Parecía que estaba perfectamente tranquila.

Levantaba la cabeza con orgullo, con una soberbia que nunca demostró.

Fijó en su tío una mirada profunda, y le dijo:

—Venís para saber qué convento he elegido, ¿no es verdad?

—Sí.

—Pues os lo diré desde luego, y así terminaremos de una vez y pronto.

—Me parece que vuestra obligación...

—No me la enseñéis—interrumpió la joven—; mis deberes los conozco, y también mis derechos.

—Pues bien, uno de vuestros deberes es escucharme.

—¿Tenéis que decirme algo más de lo que me dijisteis ayer.

—Alguna observación me ocurre; pero...

—Hacedla.

—Decid antes á qué convento queréis ir.

—A las Descalzas Reales: en la inteligencia de que me sería indiferente ir á otro.

—Como es posible que os desagrade mucho la vida del claustro...

—Sí, porque no he nacido para monja.

—Quizás cambiéis de resolución y renunciéis...

—No.

—Por si acaso, y para evitar que comentarios hiciesen los murmuradores, convendría que nadie se apercibiese por de pronto de que salís de esta casa.

—Yo á nadie he de decirlo.

—Siempre será tiempo para que se sepa que en un convento estáis.

—Haced lo que bien os parezca.

—Hoy mismo daré los pasos convenientes, y mañana á estas horas...

—Me encontraréis dispuesta.

—Os advierto que he de vigilaros más que nunca.

—Ponedme guardianes de vista ó permaced á mi lado hasta que en el convento me dejéis; pero tened entendido que si encuentro algún medio para librarme de vuestra tiranía, lo aprovecharé, porque me sacrificáis y tengo el derecho de defenderme.

—De la superiora de la comunidad será cuenta guardaros, pues toda mi responsabilidad cesará desde el instante en que quedéis en el convento.

—Está bien.

—¿Tenéis algo más que decir?

—Nada.

—Pues que Dios os guarde.

La conversación, á pesar de toda su importancia, no había podido ser más breve.

Don Fadrique salió de la cámara.

Antes de que una hora pasase, la doncella se fué en busca del señor Antonio, que con ansiedad debía esperarla.

En la portería lo encontró.

También era poco lo que tenían que hablar.

—¿Qué ha determinado tu señora?—preguntó el hidalgo.

—Mucho vaciló, porque en realidad el paso es grave y ofrece muchos peligros; pero al fin se decidió, porque ha podido más en ella el amor que os tiene.

—¡Ahl...

—Y una vez decidida, ha recobrado el valor y estoy segura de que no ha de faltarle cuando llegue el momento decisivo.

—En mi carta le indiqué que más que otro convenía el convento de las Descalzas Reales.

—Y ese es el que ha elegido.

—¿No ha puesto ningún inconveniente don Fadrique?

—Ninguno.

—Pues escucha, porque voy á darte instrucciones de mucho interés.

—Decid.

—Esta tarde se quejará tu señora, y cuando la noche llegue se sentirá peor.

—Lo cual á nadie ha de parecerle extraño, después de los disgustos que ha sufrido.

—Espero que la casualidad haga que el doctor Olivares visite á don Fadrique y á su sobrina precisamente después que ella se haya quejado.

—Entiendo.

—Así se evitará que á otro médico llame tu señor.

—Todo eso es fácil.

—Doña Luz deplorará no poder ir al convento á la hora fijada; pero tendrá paciencia.

—¿Y hasta cuándo habrá de prolongarse su enfermedad?

—Debe ser una dolencia sin importancia, y mañana mismo dejará el lecho y se empeñará en

ir al convento aunque sea de noche, fundándose en que le parece un siglo la agonia cada minuto que pasa al lado del hombre que tanto la hace sufrir.

—Muy bien.

—Habrá cerrado la noche cuando salga para ir al convento.

—Sí, cuanto más tarde mejor.

—Y todo lo esperará desde aquel instante, aunque nada ha de suceder hasta que se encuentre en el Arrabal de San Martín.

—Me parece que adivino.

—No es difícil.

—Tened por cosa segura que don Fadrique hará que todos sus criados la acompañen.

—No importa.

—También es probable, porque así parece que el decoro lo exija, que mi noble señora vaya en su silla de manos.

—Es igual.

—Traer, pues, los que lleven la silla y los demás.

—Todo está previsto.

—¿Debo acompañar á mi señora?

—No.

—En la casa me quedaré.

—Y como ya no tienes necesidad de guardar consideraciones, te irás inmediatamente.

—¿Adónde?

—Aquí vendrás y nos esperarás.

—¿Y si don Fadrique me manda terminantemente que vaya con ellos?

—Responderás que no quieres.

—Me parece que no necesito más instrucciones.

—No.

—¿Habéis de escribir á doña Luz?

—Es inútil que te detengas.

—Pues que Dios nos proteja como necesitamos.

—Así harás tu fortuna.

No hablaron más.

La doncella se fué.

El señor Antonio salió inmediatamente de la hostería.

Al alcázar real se encaminó, subiendo al aposento del doctor Olivares.

Este le recibió lo mismo que siempre, y le dijo:

—Veo que continuáis abusando de la fortuna.

—¿Puedo hacer otra cosa?—replicó el hidalgo.

—Por lo menos no queréis.

—Os equivocáis si habéis creído que me hago ilusiones. Los días pasan y en paz me dejan, á pesar de que el rey no ignora que en Madrid me encuentro; pero seguro estoy de que el golpe ha de descargarlo cuando menos se espere.

—Es posible.

—¿Por qué me deja tranquilo el monarca?

—Lo ignoro.

—No lo ignoráis, doctor; pero calláis y yo no me ofendo.

—Señor Antonio...

—Yo no adivino, pues sé que es imposible que su majestad me haya perdonado.

—En este caso...

—Aguardo los sucesos con la conciencia tranquila, y prevenido estoy para todo. Si sucumbo, tendré paciencia.

—Nada me atrevo á deciros sobre tan delicado asunto.

—Pero estaréis dispuesto para hacerme un favor que no puede poneros en compromisos de cierta clase.

—Decid, amigo Quirós, pues ya sabéis que os serviré aun arrostrando algún peligro.

—Gracias.

—¿De qué se trata?

—Don Fadrique, convencido de que no puede evitar que su sobrina me vea y en comunicación esté conmigo, ha adoptado una resolución extrema.

—Debía suceder así.

—En uso de lo que él llama su derecho, ha decidido que á un convento vaya doña Luz para que allí esté bien guardada mientras no renuncie á las aspiraciones de su amor, ó hasta que sea mayor de edad.

—¡Oh!...

—Me parece que don Fadrique, más que hacer uso, abusa de sus derechos de tutor.

—Algo hay de eso.

—Cualquiera que sea el motivo por que se opone á nuestra unión, motivo que no he podido adivinar...

—Tal vez haya pensado que...

Se interrumpió el doctor, hizo un gesto de significado dudoso y luego añadió:

—En fin, esta clase de asuntos...

—¡Vive el cielo!—exclamó el señor Antonio arrebatadamente.

—¿Qué os sucede?—le preguntó Olivares con tono de extrañeza. Habláis tranquilamente, y de pronto...

—Doctor, vos sabéis el por qué don Fadrique se opone á que su sobrina sea mi esposa.

—Os equivocáis.

—No.

—Aseguro que no lo sé.

—Si no lo sabéis, lo sospecháis.

—Aun cuando fuese así, una sospecha no es nada; porque yo, lo mismo que todo el mundo, puede equivocarme.

—Sin embargo...

—Parece que os empeñáis...

—Os lo suplico.

—Temo que mis palabras produzcan nuevas complicaciones, quizás nuevas desgracias.

—No.

—Si habéis de dominaros...

—Ya sabéis que no me dejo fácilmente arrebatar.

—Pues bien, me parece, aunque ninguna prueba tengo, que don Fadrique, por codicia ó por otra razón cualquiera, aspira á lo que aspiró don Juan de Guevara.

El hidalgo se puso en pie como impulsado por un resorte.

Dos llamaradas se escaparon de sus ojos.

Palidez nerviosa cubrió su semblante.

Quedó inmóvil y con la mirada fija en el doctor.

—Cuidado—le dijo éste.

—¡Oh!...

—Si os dejáis arrebatar por unos celos estúpidos...

—No—dijo el señor Antonio, volviendo á sentarse.

—Tenéis la desgracia de que todos los hombres ruines codician la hermosura que ha encendido vuestro pecho. Repito que quizás me equivoque...

—El error es imposible, porque sólo así se explica lo que hace ese hombre.

—Debéis, pues, alegraros de que á un convento vaya doña Luz, porque así se librará de ser víctima de ciertos abusos. Cuando don Fadrique se convenza de que nada consigue con esas medidas de rigor, sacará á su sobrina y nuevo sistema adoptará, pues son muchos los caminos por donde puede llegar al fin que se ha propuesto.

—No será mientras yo viva.

—No basta que vivo estéis, sino también en libertad.

—Doctor...

—Perdonad si os recuerdo vuestra situación; pero me mueve el interés que me inspiráis.

—Ya lo sé.

—Nos olvidamos del asunto principal.

—No.

—Habéis venido para pedirme un favor.

—Mañana debe ir doña Luz al convento de las Descalzas Reales, que es el elegido; la hora fijada son las diez.

—¿De la mañana?

—Sí; pero como los disgustos quebrantan la salud...

—Comprendo: doña Luz se siente mala...

—O se sentirá esta tarde.

—Es igual.

—Su dolencia no ha de tener importancia.

—Pero serán convenientes ciertas precauciones para evitar que se desenvuelva una enfermedad verdaderamente grave.

—Eso es.

—Si á mí acuden, en vez de llamar á otro médico...

—Puede suceder que por casualidad visitéis á don Fadrique y á doña Luz antes de que hayan dado aviso á ningún médico.

—Y vos, que tanto os interesáis por ella, me recomendáis que la mire con toda la atención merece.

—Sí.

—La dolencia puede prolongarse...

—Poco, y así sucederá que en vez de ir al convento por la mañana, vaya por la noche.

Olivares desplegó una sonrisa maliciosa.

—Supongo que estáis dispuesto.

—Contad conmigo, señor Antonio.

—Os debo mucho.

—Me lo pagaréis algún día.

—Después, si la fortuna me protege mañana á la noche...

—¿No contáis con nadie más que conmigo?

—Por de pronto con el honrado Antón y con la hija de don Juan.

—Aún tendréis que vencer mayores dificultades.

—Quiero hacer la cosa de tal manera, que nadie pueda dudar de que queda limpia la honra de doña Luz.

—Os deseo fortuna.

—Mi buen amigo...

—No hablemos más de este asunto; se trata de la suerte de una infeliz que ha sufrido mucho, y para eso podéis contar conmigo.

Poco después pusieron término á la conversación.

El señor Antonio salió del alcázar real y se encaminó á la vivienda de Consuelo.

No tenemos para qué seguirlo.

A la hora de comer doña Luz dijo que apetito no tenía y se quejó de un fuerte dolor de cabeza.

Tomó algún alimento aparentando que se esforzaba.

Su tío le preguntó si quería que el médico la viese.

—No—respondió la joven—, porque mi dolencia no tiene ninguna importancia.

Después de comer salió don Fadrique para ir por segunda vez al convento de las Descalzas Reales.

Acababa de ocultarse el sol y con el toque del *Angelus* resonaban las campanas de las iglesias de Madrid cuando el doctor Olivares entró en la morada de Guzmán.

Recibido muy cortésmente fué por don Fadrique.

Hablaron de asuntos que no tenían ningún interés.

Olivares preguntó por doña Luz.

El caballero le respondió:

—Apenas ha comido y se queja de dolores en la cabeza.

—¿Tendremos enfermedad?

—Me parece que no.

—Un dolor de cabeza en doña Luz puede ser un síntoma grave, pues es preciso tener en cuenta su temperamento.

—En cuidado me ponéis.

—Además, desde hace algunos meses, cuando sufrió convulsiones violentas en aquellas luchas que sostuvo...

—Comprendo.

—Hay una tendencia que exige muchos cuidados; hay siempre una amenaza al corazón, y es preciso no mirar con desprecio ningún síntoma; es preciso tomar en consideración hasta esas leves alteraciones que en otra mujer no tendrían importancia.

—Ahora la veréis.

—Me alegraré equivocarme.

Don Fadrique llamó y dispuso que le diesen aviso á su sobrina, diciéndole que deseaba verla el doctor Olivares.

Pocos minutos después fueron á la cámara de la joven.

Encontrábase ésta como abatida.

El médico la miró y la preguntó:

—¿Qué sentís?

—La cabeza...

—¿Dolores?

—Alguno.

—¿Y pesadez?

—Bastante.

—¿Habéis observado si os estremecéis al oír cualquier ruido que no esperabais?

—Sí, todo me asusta, y ya sabéis que no soy cobarde.

—¿Habéis advertido si se os duermen las manos ó los pies?

—La mano izquierda.

—Veamos el pulso.

Don Fadrique esperaba con ansiedad el fallo, pues temía que una enfermedad fuese obstáculo para la realización de sus planes.

Después de algunos minutos dijo el doctor:

—Alguna excitación... ¡Bah!... esto no será nada, porque ahora con mucha facilidad puede provocarse una reacción. Os acostaréis, sudaréis mucho y mañana quizás os encontréis en disposición de dejar el lecho y alimentaros como de costumbre.

—Sí, el lecho dejaré, porque he de salir.

—¿Salir mañana!...

—A las diez.

—Lo haréis bajo vuestra responsabilidad y si vuestro tío lo permite; pero en ese caso no contéis conmigo para vuestra curación, porque no me comprometo á remediar las consecuencias de vuestras locuras. Tal vez os sea posible salir mañana; pero más tarde, después de haber comido, si es que no hay otra novedad. Os convenceréis sin necesidad de mis razonamientos porque la reacción, que ha de salvaros de una enfermedad, os dejará sin fuerzas y difícilmente os sostendréis.

—Doctor — dijo don Fadrique —, mi sobrina saldrá el día y á la hora que vos dispongáis, y mañana no se levantará antes de que la hayáis visto.

—Eso es lo que la conviene.

—Y así se hará.

—Si me dais papel y pluma, recetaré para facilitar la reacción que tanto conviene.

Recetó Olivares.

Dió las instrucciones más minuciosas y, prometiendo volver á la mañana siguiente, se despidió y salió.

CAPITULO XX

Ni remotamente pudo sospechar don Fadrique que todo aquello era una farsa.

Doña Luz se acostó.

A la hora de costumbre cenó el caballero y se entregó al reposo.

Los criados debían vigilar como la noche anterior, pues esto nada tenía que ver con la enfermedad de la joven.

La noche pasó sin novedad.

A la siguiente mañana dijo doña Luz que se sentía mejor, pero muy débil.

A las ocho fué Olivares.

Examinó muy detenidamente á la fingida enferma, le hizo varias preguntas y luego dijo:

—Puede tomar algún alimento y levantarse á las once. Luego comerá, aunque no mucho, y si continúa bien, la daré permiso para salir esta tarde.

En vista de esto don Fadrique la dijo á su sobrina que podía dejarse para el día siguiente su traslación al convento.

—No—replicó doña Luz—; aunque enferma estuviese, que no lo estoy, al convento iré sin esperar á mañana.

—¿Y por qué tanta prisa?

—Caballero, sabedlo de una vez: es tanto lo que vuestra presencia me hace sufrir, que deseo salir de esta casa inmediatamente. Por eso habéis visto que ni siquiera resistencia he intentado; pues, en vez de un mal, me habéis hecho un gran beneficio. En mi celda, ya que no otra cosa, tendré siquiera la tranquilidad del espíritu.

—Puesto que os empeñáis...

—Sí.

—Pero...

—Para encerrarme en la santa mansión donde he de llorar, lo mismo es el día que la noche.

—Cúmplase vuestra voluntad.

—Así todo se hará más sigilosamente.

—Iré al convento, y...

—Le diréis á la superiora que me espere esta noche. Si mis fuerzas son escasas, poco he de andar, ó en la silla de manos pueden llevarme.

Al convento fué don Fadrique.

Todo se preparó para la noche.

Aquella tarde dijo el doctor que doña Luz se encontraba bien, y que podía salir cuando se le antojase.

Ocultóse el sol.

Cerró la noche.

Llegó la hora convenida.

Doña Luz estaba preocupada.

DONDE VEREMOS LO QUE HIZO EL SEÑOR ANTONIO

Poco después de las ocho veíase en el portal y al pie de la escalera una dorada silla de manos, junto á la que se encontraban dos robustos sirvientes.

Luego bajaron Mateo y Andrés bien armados y con linternas, situándose también en el portal.

Todos habían recibido las instrucciones convenientes.

En su habitación se encontraba don Fadrique ya dispuesto á salir y esperando el aviso de su sobrina.

En toda la casa reinaba un silencio absoluto, y todo parecía tener un aspecto de dolorosa tristeza. A nadie se le había dicho lo que se determinó; pero como si lo adivinasen, todos estaban preocupados.

Por fin la doncella se presentó al caballero, diciéndole tristemente:

—Mi noble señora está dispuesta.

—Pues vamos.

Atravesó don Fadrique algunos aposentos.

Al llegar á la escalera se encontró con su sobrina, se había vestido de negro y envuelta estaba en ancho manto que cubría gran parte de su pálido rostro.

Dos arrugas se marcaban en su entrecejo.

Su mirada era sombría.

Contrafáanse y se entreabrían sus hechiceros labios con una expresión de desdén profundo.

No se advertía en ella ni el más leve abatimiento, sino, por el contrario, el valor, la energía indomable de que tantas pruebas había dado ya y que muchas veces había sido su salvación.

Había llegado el momento de la lucha y no temblaba, sino que, por el contrario, deseaba que terminase aquella situación.

Aún no sabía adónde había de ir en el caso de que consiguiese verse libre; pero fiaba ciegamente en la previsión y en la delicadeza de su amante, creyendo que nadie como él haría cuanto al honor conviniese.

Juana sí daba muestras de dolor y abatimiento.

A su señora seguía mientras que el llanto salía en abundancia de sus ojos.

Don Fadrique saludó á su sobrina; pero ésta no se dignó contestarle, ni siquiera por cubrir las apariencias.

Bajaron.

Doña Luz se detuvo junto á la silla de manos, volvióse á su doncella y la dijo:

—Me has servido poco tiempo; pero has sido fiel, leal y cariñosa. Quiera Dios que algún día me sea posible recompensarte como mereces.

Y al pronunciar estas palabras, la abrazó.

Sorprendiéronse todos, porque en una gran señora era demasiado hacer para demostrar el cariño á un criado.

En el dorado vehículo entró doña Luz.

Mateo y Andrés sacaron las espadas.

Don Fadrique hizo lo mismo, diciendo luego:

—Vamos.

Salieron de la casa.

Los dos criados iban delante con las luces y mirando á todos lados por si había algún bulto sospechoso.

Los seguían los que llevaban la silla de manos, y detrás iba el caballero, cuyo rostro pálido y contraído revelaba entonces su agitación y disgusto.

Desiertas estaban en aquellos momentos las calles de los alrededores.

Aún no se había dejado ver la luna, y por consiguiente la oscuridad era casi absoluta, pues no había más claridad que la dudosa de las estrellas.

Despejado estaba el horizonte y serena la atmósfera.

La temperatura era la más agradable.

La cuesta subieron.

El único ruido que se percibía era el de sus pasos.

Cuando iban á entrar en el laberinto de calles que rodeaban el convento de Santa Catalina de los Donados, vieron luces y muchos hombres que de allí saltan.

Bien pronto los unos y los otros se reunieron y con tanta sorpresa como placer vió don Fadrique que aquellos hombres eran los corchetes que componían una ronda á cuya cabeza iba el buen alcalde don Diego de Pantoja.

—¡Ahl—exclamó éste al ver al tío de doña Luz.

—¡Don Diego, amigo!...

—¿Adónde por aquí y á estas horas?... En verdad que no esperaba la dicha de encontraros.

—Ni yo tampoco, y mucho me alegro, pues vuestra presencia en estos sitios me da la seguridad de que nada tenemos que temer.

—Sin embargo—replicó don Diego—, ya sa-

beis lo que dice el adagio, y siempre debeis esperar que el diablo esté tras de la cruz.

—Es verdad.

—Los criminales son astutos y la experiencia me ha probado que con frecuencia andan tras de nosotros, evitando así que los encontremos y calculando muy acertadamente que en el sitio por donde acabamos de pasar es donde con más descuido pueden entregarse á sus fechorías.

—Sin embargo...

—A nadie hemos visto, absolutamente á nadie.

—¿Habéis estado en el Arrabal?

—Hasta San Martín y las Descalzas he llegado, aunque en realidad no debo andar por allí, pues á otros corresponde la vigilancia de aquellos sitios.

—Me tranquilizáis.

—¿Y cómo se encuentra doña Luz?

—Vaciló don Fadrique algunos momentos; pero al fin respondió:

—Ahl la tenéis.

—Pues si me lo permitís, la saludaré.

—No necesitáis mi licencia.

El señor de Pantoja se acercó á la silla.

La cabeza asomó doña Luz.

Cruzaron el más cortés de los saludos.

—¿Debemos estar tranquilos?—preguntó la joven.

—A vuestro noble tío acabo de decirle que á nadie he visto por estas calles; pero también le he advertido que muchas veces los criminales están muy cerca de nosotros, si bien colocándose á nuestra espalda, pues saben que la ronda no ha de retroceder para vigilar en un mismo sitio dos ó tres veces.

—Lo cual quiere decir que el peligro es para nosotros mayor, porque vamos en dirección opuesta á la ronda.

—¿Quién puede saber dónde ni cuándo un peligro le amenaza?

—Amigo don Diego—repuso la joven con voz bastante alta para que su tío la oyese—, os diré una cosa que ha de pareceros extravagante.

—Aseguran que la mujer es caprichosa.

—Y no mienten.

—Mi curiosidad picaís y deseo conocer esa extravagancia.

—Me alegraría que algún mal encuentro tuviésemos.

—¡Doña Luz!...



—El que se aburre necesita impresiones fuertes.

—Pero...

—Una peripecia sería una distracción para mí.

—No lo entiendo.

—Pues creed que os digo la verdad.

—Y tal vez quedéis complacida, pues ya sabéis que son muchos los geligos que se encuentran en las calles de Madrid.

—Si á nadie habéis visto...

—Pero bien puede suceder que los que hayan de molestaros se oculten con tanta habilidad que no se los vea sino cuando se presentan para dar el golpe.

—Las cuchilladas tienen su atractivo.

—Cada palabra que esta noche decís es una sorpresa.

—Lo que sentiré será que sorpresas no haya para mí.

—Y yo siento mucho no poder acompañaros; pero voy á cumplir deberes de importancia y tengo que aprovechar los minutos.

—También la galantería es un deber.

—Perdonad; pero...

—Perdonado estais.

—De todas maneras, puesto que deseais veros esta noche en un conflicto, la presencia de la justicia sería un estorbo.

—Sí.

—Gran satisfacción será para mí encontraros otro día de mejor humor.

—Don Diego, no os detengais.

—Que Dios os conceda la felicidad que merecéis.

Despidióse el alcalde de don Fadrique, y con su ronda se alejó hacia la calle de convalecientes.

Más preocupado que antes quedó el tío de doña Luz, y mientras otra vez avanzaban hacia Santa Catalina, dijo para sí:

—Esto es incomprensible. Parece que mi sobrina está muy alegre. ¿Será verdad que me odia tanto y tanto horror le inspiro que considéra una dicha separarse de mí, aunque sea para encerrarse en un convento? Todo es posible; pero temo que algo más sea la causa de su inexplicable alegría.

No era posible que el caballero adivinase.

Encargó nuevamente á los dos criados que examinasen muy cuidadosamente el terreno y que se detuviesen si algún bulto descubrían.

Arrepentíase don Fadrique de haber accedido

al deseo de ir de noche al convento; pero ya no podía retroceder.

Llegaron á la calle de Trujillo.

Volvieron á la izquierda.

Pronto se encontraron frente á la iglesia del histórico monasterio de San Martín.

Allí la soledad era la misma que en las otras calles, y profundo también el silencio.

Ni un rayo de luz se escapaba por las rendijas de las ventanas ó puertas de las pobres casas del Arrabal.

El convento de las Descalzas Reales levantábase informe y sombrío, y las torres feudales de San Martín se perdían, desvaneciéndose sus siluetas en el negro espacio. No se distinguían más que sus ennegrecidos muros, y muy confusamente sus ferradas puertas.

¿Qué debía temerse en aquel lugar?

Nada, porque todo era quietud, calma absoluta.

Cuando atrás dejaban la iglesia los dos sirvientes, como si de la tierra brotasen, dos hombres aparecieron, el uno por la derecha y el otro por la izquierda.

Si no eran fantasmas, lo parecían.

Ni una palabra pronunciaron; pero muy elocuentes fueron sus acciones, pues sus espadas relumbraron y cayeron impetuosamente sobre Mateo y Andrés.

La escena que tuvo lugar apenas puede describirse.

Resonó un grito de sorpresa, de ira y de terror.

Resonaron también los aceros al chocar.

Detuviéronse los que llevaban la silla, y deteniéndola, quisieron cumplir su deber y acudir en socorro de sus compañeros.

Empero el peligro no había hecho más que principiar.

Por distinto lado, tras ellos, aparecieron otros dos hombres, también con las espadas desnudas, y cayeron furiosamente sobre los que habían llevado la silla.

La confusión fué más horrible por el efecto de la sorpresa.

Don Fadrique, sobre ser cobarde, estaba aturdido.

No sabía á qué lado acudir, si bien le pareció lo más prudente dejar que sus criados sostuviesen la lucha y aprovechar la misma confusión, sacando de la silla á doña Luz y huyendo con ella.

Indudablemente este era el mejor plan.

En práctica quiso ponerlo.

A la silla se acercó, inclinándose para abrir la portezuela.

Empero en aquel instante apareció otro hombre, y tan tremendo cintarazo descargó sobre la espalda de don Fadrique, que caer le hizo y le arrancó ayes desgarradores.

Todo esto sucedía en mucho menos tiempo del que se necesita para referirlo.

Se habían roto las linternas que llevaban Mateo y Andrés, apagándose las luces.

Los otros dos criados, que si tenían muchas fuerzas, no tenían valor, al ver que sus adversarios eran muy superiores en el manejo de las armas, y viendo también que su señor había caído y que se revolvía sin poder levantarse, y pensando por último que lo mismo que habían ido presentándose hasta cinco hombres podían presentarse otros muchos, determinaron prudentemente declararse vencidos y abandonar el terreno, salvando así la vida, lo cual consideraban gran fortuna.

La verdad es que no podían defenderse de los golpes que sin cesar les asestaban, que tenían que retroceder, y que muy pronto los herirían.

Gritaban pidiendo socorro, y como si alguien acudía era para acuchillarlos, apelaron al fin á la segura de los pies, y huyeron con velocidad del que se ve perseguido por la muerte.

Mientras esto hacían, levantábase don Fadrique y recogía su espada; pero obligado se vió á separarse de la silla, porque el último aparecido el del terrible cintarazo, le acometió mientras decía:

—Matadme si podéis, porque nadie ha de venir en mi ayuda.

—¡Asesinol—gritó don Fadrique.

—No es asesino quien frente á frente se bate como yo.

Los dos que se habían entendido y obligado á huir á los que la silla llevaban, acometieron á Mateo y Andrés, resultando así que éstos se vieron envueltos y sin que les fuese posible la defensa.

Juramentos, blasfemias y amenazas resonaron.

Otro bulto se destacó de los muros del monasterio.

Era un fraile, cuya cabeza estaba oculta por la capucha.

Lentamente avanzó.

Llegó á la silla.

Abrió la portezuela.

—Vamos—le dijo á doña Luz.

No sabía ésta quién le hablaba; pero no podía pedir explicaciones.

Posible era que se cometiese un abuso; pero en aquella situación era preciso jugar el todo por el todo.

Salió de la silla.

—Vamos—le dijo el religioso, mientras el brazo derecho le ofrecía para que se apoyase.

—Pero...

—Mirad.

El fraile abrió una linterna sorda que en la mano izquierda llevaba, volvió la luz hacia su rostro y echó á la espalda la capucha.

Una exclamación de sorpresa exhaló doña Luz. Había reconocido á don Pedro de Carvajal. Ya no era posible que vacilase.

—¡Dios mío!—murmuró.

—Valor, señora... los momentos son preciosos.

—Vamos, sí.

Se alejaron y desaparecieron tras la esquina que daba á la calle que se llamó de la Bodega de San Martín.

Furiosamente rugió don Fadrique.

Acabó de comprender lo que todo aquello significaba.

Y entre tanto Mateo y Andrés, desarmado el uno y herido el otro en un brazo, tuvieron que hacer lo que sus compañeros, huyendo también.

—¿Aún no me conocéis?—dijo el que se batía con don Fadrique.

—¡Oh!...

—Soy Quirós... Puedo mataros; pero os dejo vivir.

Y al decir esto, agitó su espada rápidamente, y la de don Fadrique fué á parar á larga distancia.

¿Qué había de hacer desarmado, aunque tuviese valor?

Vió que todos sus criados habían huido.

También habían desaparecido los otros cuatro que ayudaron á Quirós.

No había, pues, más enemigo que éste; pero sobraba.

El caballero tuvo también que huir.

Mientras así lo hacía, gritaba.

Sin poder apenas respirar llegó á la plaza de Santo Domingo.

Vió entonces una ronda que salía de la calle

de la Inquisición, y otra vez se encontró con don Diego de Pantoja.

—¡Justicia, justicia!—exclamó don Fadrique.

—¿Qué sucede? ¿Y doña Luz? ¿Y vuestros criados?

—Acabo de ser víctima del más horrendo abuso.. ¡Justicia, don Diego, justicia!

—¿Pero qué ha sucedido?

—Corred... Junto a San Martín dos hombres, luego otros dos, otro después, y por distintos lados...

—Cinco como vosotros...

—Y un fraile...

—¡Un fraile!

—Se ha llevado a doña Luz!

—¡Que Dios nos asista!

—Y el que ha cometido este crimen no se oculta.

—¿Lo habéis conocido?

—Quirós...

—Comprendo.

—¿A qué esperáis para hacer justicia?

—Venid y veréis cómo no me permito un instante de reposo—dijo don Diego.

Y añadió dirigiéndose a los alguaciles:

—Cuántas personas encontremos han de ser detenidas... Vamos.

Hacia Santa Catalina corrieron.

—En pocos minutos llegaron al lugar que había sido teatro del combate.

Como prueba, como señal, como recuerdo, encontrábase allí la dorada silla de manos; pero nada más.

Esparcieron los corchetes y recorrieron los alrededores.

No encontraron alma viviente.

—Tiempo han tenido para alejarse—dijo don Diego.

—Pero si al criminal conocéis—replicó don Fadrique—, podéis desde luego proceder contra él.

—No lo he visto.

—Yo sí.

—Pero vuestro testimonio no es bastante para que yo disponga llevarlo preso, y lo único que puedo hacer es exigirle declaración, y todo lo más pruebas de que a la hora de cometerse el crimen se encontraba en otra parte. Si las pruebas presenta, ¿qué he de hacer?

—Don Diego, me parece que no es así como debe proceder la justicia en tan grave asunto.

—Os advierto que ahora no soy el amigo, sino

el alcalde, y vos no sois para mí más que un hombre que justicia pide.

—A pesar de eso...

—No permitiré que me deis lecciones. Mis deberes cumpliré como me mande mi conciencia, y si os parece que cometo alguna falta, otra autoridad hay sobre la mía, y a ella podéis acudir para que me imponga el castigo. Me consta que vuestra sobrina y cuatro criados ventáis hacia este sitio; decís que os han acometido cinco hombres, que también se presentó un religioso, y que se han llevado a doña Luz, y por último, afirmáis que uno de esos cinco hombres era el señor Antonio de Quirós.

—Sí.

—Procederé como haya lugar en justicia—dijo gravemente don Diego.

Mucho le desagradó a don Fadrique que tanto y tan de veras se revistiese de su autoridad el buen alcalde; pero preciso le fué resignarse y respetarlo.

Nuevas órdenes dió don Diego.

Otra vez se pusieron en movimiento los corchetes.

Luego llamaron en las casas más próximas.

Interrogaron a sus habitantes.

Casi todos dijeron que de nada se habían apercebido, y los demás declararon que entre sueños, y confusamente habían oído voces y como ruido de espadas; pero que nada más sabían, porque al levantarse y asomarse el ruido cesó y a nadie descubrieron.

Quería don Fadrique que al monasterio se llamase también; pero le dijo Pantoja:

—No seré yo quien a tanto se atreva. ¡Meter me en el monasterio de San Martín!... ¿Pues no sabéis que el superior tiene derechos señoriales y una jurisdicción que a nadie le está permitido invadir? En realidad él debería intervenir en este asunto, porque el crimen se ha cometido a la puerta del monasterio; pero pase que yo haga lo que hago, porque al fin ésta es la calle, y aunque sin perfecto derecha es ya costumbre que la justicia se meta aquí para cumplir sus deberes; pero Dios me libre de hacer otra cosa. Si vos queréis, llamad; pero os aconsejo que no molestéis al muy reverendo superior, porque a pesar de ser quien sois, podría costaros muy caro.

—¿Qué había de hacer don Fadrique?

Ni siquiera discurrir le permitía su transtorno. Sufría lo que apenas se concibe.

Dispuso el alcalde que dos corchetes se lleva-

sen la silla, y que fuesen en busca del escribano para dar principio á la causa.

Luego le dijo al caballero:

—A vuestra casa vamos para que más cómodamente hagáis la declaración, y para que declaren también vuestros criados.

—¡Me abandonaron los miserables!...

—Villanos al fin.

—Morir debieron en defensa de su señor.

—También hay que tener en cuenta que si se viern acometidos de repente y por quien fuese más diestro en el manejo de las armas, pensarían que era inútil sacrificar la existencia.

—¿Qué pensáis de ese religioso que apareció y se llevó á doña Luz?

—Es decir, que vuestra sobrina no se fué con Quirós.

—No, porque el señor Antonio se batía conmigo, y siguió batiéndose hasta que consiguió desarmarme. Entonces, como solo y sin espada me encontré, tuve que huir para salvar la vida.

—Y cómo en medio de la oscuridad pudisteis conocer á Quirós?

—Porque él mismo tuvo la desvergüenza de decirme su nombre.

—Quizás otro ha cometido el abuso de decir que es Quirós.

—No era posible que yo confundiese su voz con otra.

—Y mientras os batíais...

—Se presentó el fraile, sacó de la silla á doña Luz, abrió una linterna para que ella lo viese y reconociese, y se alejaron.

—Supongo que no es un fraile, sino cualquiera que ha cometido el abuso de ponerse un hábito.

—Todo es posible.

—Y probable.

—¿Pero de dónde salieron los criminales?

—Estarían ocultos tras las esquinas.

—Don Diego, no dudéis que en todo esto hay algo más de lo que se ve.

—En claro se pondrá.

—Por de pronto mi sobrina ha desaparecido.

—Eso es lo grave.

—Está en poder de su amante.

—Afortunadamente es hombre honrado.

—Sin embargo, la honra de doña Luz corre gran peligro.

—La buscaremos...

—No debe ser difícil encontrarla, puesto que conocemos al autor del atentado.

—Suponed que el señor Antonio justifica haberse encontrado lejos de aquí á la hora en que el crimen se cometió.

—En ese caso...

—Preso irá; pero entretanto estará oculta doña Luz, y como no somos adivinos...

—Su amante declarará.

—Creo que no lo conocéis.

—En último caso le aplicaréis el tormento.

—Al señor Antonio le sobra valor y fuerza de voluntad para dejar que lo descuynten en el potro antes que decir lo que no le convenga. No sirve el tormento para hombres como él.

—Si desde ahora os declaráis vencido...

—Caballero, la justicia no se declara vencida en ningún caso, no puede reconocer su impotencia, porque sería reconocer implícitamente que su autoridad no está sobre todo.

—Supongo que de este suceso daréis noticia á su majestad.

—Sí, porque no se trata de una mujer cualquiera, sino de doña Luz de Guzmán.

—Ahora no ha de decir el rey que se desentiende de este asunto.

—El rey, sabedlo bien, está á todas horas dispuesto para hacer justicia.

—Entonces...

—Pero tened entendido que el rey no es un alcalde.

—Lo sé.

—Y adónde ibais á estas horas con vuestra sobrina?

—Para evitar precisamente lo que ha sucedido, la llevaba al convento de las Descalzas Reales.

—¡A un convento!...

—En abierta rebeldía se declaró contra mi autoridad.

—¿Con qué motivo?

—Con el de su casamiento, pues me he negado á darle licencia para que sea esposa de Quirós.

—Eso es incomprensible.

—¿Por qué?

—El difunto don Luis, á quien Dios haya dado gloria, había concedido al señor Antonio la mano de su hija.

—En las instrucciones que me ha dejado no me dice una palabra de ese asunto.

—Ahora que hablamos como amigos, me permitiré preguntaros el por qué os oponéis á ese casamiento.

—Tengo graves motivos que no puedo dar á conocer.

—Perdonad.

—Y como en libertad completa me ha dejado el rey...

—No es posible que su majestad se mezcle en ese asunto, porque pertenece á la vida privada y es cuestión de vuestros derechos y los de doña Luz, derechos sobre los que los tribunales solamente pueden entender.

—Por de pronto mi sobrina ha cometido una grave falta.

—Sí.

—Tengo el derecho de exigir que vuelva á mi lado.

—Indudablemente.

—A vos os toca hacer justicia.

—Y la haré.

Hablando así, llegaron á la cuesta de Santo Domingo.

Entraron en la casa.

Supieron entonces que uno de los criados estaba herido, aunque levemente.

El escribano acudió.

Empezó el alcalde á cumplir escrupulosamente sus deberes.

No tenemos para qué escuchar las declaraciones de los criados, que ningún interés ofrecen.

Llamaron á la doncella, por si algunos antecedentes podía dar; pero había desaparecido, sin que nadie supiese en qué momento.

Hasta las doce permaneció allí don Diego de Pantoja.

CAPITULO XXI

CÓMO SE PREVINO EL HIDALGO

Según hemos dicho, á las doce terminó el alcalde y de don Fadrique se despidió, saliendo de la casa con el escribano y los corchetes.

Apenas puso el pie en la calle, vió que un hombre estaba parado frente al edificio y que parecía fijar en éste toda su atención.

Quiso el severo Pantoja averiguar quién era aquel hombre, y con un corchete de los que llevaban linterna se le acercó.

No tuvo que molestarse en preguntar, porque el otro descubrió el semblante y dijo:

—Que Dios os guarde, don Diego.

—¡Quirósl!—exclamó el alcalde con tono de profunda sorpresa.

—Aquí me tenéis y á Dios le doy gracias por haberme traído, pues así sabré lo que ha sucedido en la vivienda de doña Luz, y que grave debe ser para que con tanto aparato acuda la justicia. Si vuestros deberes os lo permiten, dadme explicaciones, porque en gran cuidado me ha puesto vuestra presencia en este sitio y á estas horas.

—¿Acaso ignoráis lo que pasa?

—Nada sé.

—Señor Antonio, no llevéis á mal que os responda con otra pregunta.

—Haced lo que bien os parezca; pero recordad que en esa casa habita la mujer á quien adoro.

—No lo olvido.

—Temo que una nueva desgracia...

—No puedo daros explicaciones sin que antes me contestéis.

—Preguntad.

—¿Dónde habéis pasado la noche?

—Al toque de oraciones salí de mi posada y fui á ver á Consuelo y al honrado Antón.

—¿Hasta qué hora habéis estado allí?

—Quizá no hace media que los dejé, pues sin detenerme en ninguna otra parte he venido.

—¿Y podrían probar que es exacto lo que acabáis de decir?

—¡Caballero!...

—Os advierto que ahora soy el alcalde, y, por consiguiente, mi pregunta no es una ofensa.

—Si como autoridad me interrogáis...

—Sí.

—Pues bien, con el testimonio de Consuelo, de Antón y de sus criados, puedo probar que en su casa he permanecido desde que anoche.

—Me alegraré que no os equivoquéis.

—¿Y puedo saber por qué me hacéis tan extraña pregunta?

—Porque se os acusa de haberos apoderado de doña Luz de Guzmán.

—¡Don Diegol!...

—Los detalles de este suceso los conoceréis oportunamente. Ahora tendréis que declarar con todas las solemnidades, y puesto que aquí nos encontramos, y para que la parte interesada vea que cumplo escrupulosamente mis deberes, entraremos en la que es ahora morada de don Fadrique.

—No acabo de comprender...

—Vuelvo á recordaros que ahora no puedo ser el amigo, sino el alcalde, y que, por consiguiente, no puedo encontrar en cierta clase de explicaciones.

—Vuestras órdenes espero.

—Venid.

Por segunda vez entraron en la casa.

Lo que entonces sucedió apenas puede explicarse.

¿Qué expresó la mirada de don Fadrique al ver al hidalgo?

Nadie hubiera acertado á decirlo.

Tampoco es posible comprender lo que sufría.

El señor Antonio estaba grave y tranquilo.

La cabeza levantaba con altivez y miró desdénosamente al que ya consideraba su rival.

Por algunos minutos quedó éste inmóvil.

Por fin exclamó:

—¡En mi casa el criminal!

—Caballero—interrumpió severamente el alcalde—, tened entendido que esa palabra no puede pronunciarla nadie más que yo. Domináos, porque si el señor Antonio de Quirós se considera ofendido y acude á los tribunales para que se os pida cuenta de la calumnia y de la injuria...

—No haré tal cosa—dijo el hidalgo.—Lo perdono y lo desprecio.

—En la calle y á esta casa mirando he encontrado al señor Antonio de Quirós, y le he mandado subir para que declare.

A impulsos de la ira temblaba don Fadrique.

Fulgor siniestro brillaba en el fondo de sus pupilas.

Su rostro estaba lívido y descompuesto.

Silencioso quedó, porque otra cosa no le era posible hacer.

Con todas las formalidades tomó el alcalde declaración al hidalgo.

Este ofreció probar que desde el anochecer no había salido de la vivienda de Antón y Consuelo.

Entonces Pantoja le dió cuenta del suceso según resultaba del sumario, y luego le dijo á don Fadrique:

—Ya habéis oído lo que declara este hidalgo.

—Pues yo afirmo y juro que fué uno de los que nos acometieron junto á San Martín, y para que no me quedase duda tuvo la audacia de decirme su nombre.

—¿Cómo explicáis eso, señor Antonio?

—No tengo que explicar lo que nada tiene que ver conmigo. Todo el mundo sabe que amo á doña Luz, y para extraviar á la justicia, es posible que los delincuentes hayan abusado de mi nombre, pues así parecía que se explicaba perfectamente el suceso. De todo esto resulta que en vez de criminal soy víctima en dos sentidos, pues han abusado de mi nombre y se han apoderado de la mujer á quien adoro.

Este razonamiento no tenía réplica sino presentando las pruebas de que Quirós había cometido el crimen de que se trataba.

¿Y qué pruebas podía presentar don Fadrique?

Ningunas, pues ni sus criados podían atestiguar que uno de los acometedores había dicho llamarse Quirós, porque cuando éste pronunció su nombre, aquéllos habían huido.

La presencia del hidalgo en la cuesta de Santo Domingo parecía ser una razón para creer que allí había ido, suponiendo que en su casa se encontraba doña Luz.

Todas las apariencias lo salvaban; es decir, que el golpe lo había dado con admirable habilidad.

No podía el alcalde hacer en aquellos momentos más de lo que había hecho, y, por consiguiente, dió por terminado el acto.

Entonces Quirós, con su inalterable calma, le dijo á don Fadrique:

—Vos sois responsable de todas las desgracias que le sucedan á doña Luz.

—¡Oh!

—Si á pesar de que víctimas somos del abuso que hacéis de vuestros pretendidos derechos, si á pesar de todos los antecedentes os consideráis ofendido, ya sabéis lo que en tales casos debe hacer un caballero; si me buscáis, me encontraréis; pero os conviene más alejaros de mí.

—Aún no habéis ganado la partida—respondió don Fadrique con voz reconcentrada.

—Pero la ganaré; porque Dios me ayudará y á vos no ha de valeros el auxilio del diablo, que debe ser vuestro protector.

Más no dijo el hidalgo.

¿Para qué había de molestarse en hablar inútilmente?

De don Diego se despidió y salió de la casa.

Entonces don Fadrique le dijo á Pantoja:

—Tengo que pedir os un favor.

—Estoy dispuesto á servirlos en cuanto no se oponga á mis deberes.

—Quisiera que por algunos minutos dejáseis de ser el alcalde y fuéseis solamente el amigo.

—Complacido estáis.

—¿No os indigna el descaro con que ha mentido ese hombre? ¿No os admira su serenidad? ¿No os repugna su cinismo?

—Don Fadrique, no acostumbro á fallar con ligereza, porque la experiencia me ha enseñado que las apariencias son muy engañosas.

—Pues qué, ¿la duda es posible en este caso?

—Sí.

—No, no es posible que nadie haya cometido el abuso de apoderarse de doña Luz, como no sea el hombre que la ama y que ha encontrado un inconveniente para unirse á ella, puesto que ningún otro tiene el mismo interés.

—¿Os atreverías á responder de que no hay uno y aun muchos hombres que trastornados estén por la hermosura de doña Luz?

—Pero atreverse á lo que han hecho...

—A todo se atreverá el que está impulsado por una pasión, y si es un hombre astuto y que sabe disimular, convencido de que nada había de conseguir con súplicas, puede haber apelado á ese medio, cometiendo el abuso de tomar el nombre del señor Antonio de Quirós. Recuerdo lo que sucedió con la hija de don Juan de Guevara, cuya historia no sé si conocéis.

—Sí.

—Debió creerse que don Juan era quien se había apoderado de su hija, y sin embargo otro fué el que cometió el abuso. Las apariencias son contrarias hasta cierto punto al señor Antonio de Quirós; pero hay otras apariencias que lo salvan. De todas maneras no puedo hacer más que lo que hago, pues el juez no debe guiarse por sus particulares opiniones.

—Por mi honor, por la salvación de mi alma os juro, que el señor Antonio de Quirós era uno de los que nos acometieron junto á San Martín.

—Todo eso está bien; pero...

—Hay otra circunstancia que debéis tener en cuenta.

—¿Cuál?

—El golpe debía estar preparado y de acuerdo con mi sobrina.

—Es posible.

—Recordad lo que ella os dijo.

—Sí, que deseaba una peripecia, un incidente

aunque fuese peligroso, porque le serviría de distracción.

—Lo cual prueba que el incidente esperaba, y aunque sabía que la sangre había de correr y que podía costarme la vida, alegrábase mucho.

—Vos tampoco tenéis en cuenta otras circunstancias y antecedentes.

—¿Cuáles?

—Para irse con su amante no tenía doña Luz necesidad de que se hiciese lo que se ha hecho, pues aprovechando las horas en que reposábais, ó cualquiera otra ocasión, pudo salir de esta casa.

—Os equivocáis, don Diego, pues tales precauciones adopté, que la realización de semejante propósito era imposible.

—Todas las precauciones son inútiles cuando una mujer se empeña.

—Veo que os inclináis á favor de...

—En favor de nadie —interrumpió vivamente Pantoja.—Lo que quiero es hacer justicia, y lo que siento mucho, muchísimo, es verme metido en negocios de esta especie, porque puedo comprometerme con la mayor facilidad y con la mejor buena fe.

—Lo positivo es.

—Lo positivo, don Fadrique, es que vuestra sobrina ha desaparecido.

—Ciertamente.

—Os negásteis á darla licencia para su casamiento.

—No me parecía conveniente.

—Adoptásteis medidas tan severas, que dejésteis muy atrás el rigor de su mismo padre, y al verse ella tratada con tanta dureza, no es extraño que en un momento de desesperación haya hecho lo que hasta su honra puede perjudicar. Os digo esto como amigo; pero como alcalde, ni eso ni otras cosas tomaré en consideración, porque me está prohibido meterme en asuntos que son exclusivamente de la vida privada. Si hacéis bien ó mal, con vuestra conciencia os entenderéis, y á Dios daréis cuenta de vuestro proceder.

—La dolencia de mi sobrina fué una farsa para conseguir que durante la noche la llevase al convento.

—¿No la vió ningún médico?

—Sí, el doctor Olivares, que ayer vino por casualidad; pero se equivocó ó quiso ayudar á mi sobrina.

—Es más probable lo primero.

—No me atrevo á creer lo segundo, porque...

—Dejemos en paz al doctor.
 —Sí, sí.
 —Don Fadrique, es muy tarde, debéis estar fatigado, y yo también.
 —Desesperado es lo que estoy.
 —Descanso necesitáis.
 —No podré tenerlo mientras no se satisfaga mi ansiedad.
 —Dominaos, porque los arrebatos de la cólera no sirven más que para ofuscar nuestro entendimiento.
 —En el camino de los abusos y de todas las maldades se coloca ese hombre, y por consiguiente me autoriza...
 —Cuidado, don Fadrique, mucho cuidado.
 —Lo que pasa es incomprensible.
 —¿Por qué?
 —Ese hidalgo, cuya presencia en Madrid constituye un delito...
 —No puedo escucharos—interrumpió el alcalde.
 —¿Que no podéis escucharme!
 —Cuanto tiene relación con el señor Antonio, es un misterio, y me parece que si en lo de su destierro y otras cosas por el estilo no hay un secreto de estado...
 —¿Don Diego!...
 —Y basta por hoy, don Fadrique.
 —¡Oh!...
 —Que Dios os guarde.
 No quiso decir ni escuchar más el buen Pantoja.
 Por segunda vez salió con su acompañamiento de corchetes.
 —A casa—dijo.
 Y mientras se alejaban cuesta abajo, se preguntaba:
 —¿He acertado?... No me tranquilizaré hasta que hable con el doctor.

CAPITULO XXII

TAMBIÉN EL DOCTOR HACE ALGO

A su vivienda fué Pantoja, despidiendo á los corchetes y al escribano.
 Cuando entró en su despacho, encontráse con otro personaje que allí había: era el doctor Olivares, que, sentado junto á la mesa, entreteníase en leer.

—¡Ah!—exclamó el alcade mientras dejaba el bastón, la capa y el sombrero, y se pasaba las manos por la frente.
 —Parece que venís muy fatigado—le dijo el médico.
 —Y trastornado, y aburrido, y temblando además, pues es de tal naturaleza la situación, que no puedo estar tranquilo, aunque mi conciencia me dice que he cumplido mi deber.
 —Os tranquilizaréis muy pronto.
 —No acabo de entender este asunto; las órdenes de su majestad, es decir, sr. palabras oscuras, sus indicaciones vagas...
 —¿No las habéis entendido?
 —¿Acaso puedo asegurarlo? Amigo Olivares, Dios os libre de encontraros en una situación como la mía.
 —¿Os parece apurada?
 —Me parece horrible, y lo es.
 El médico desplegó una sonrisa irónica.
 —Verdad es—añadió don Diego—, que vos también os encontráis con frecuencia en grandes apuros, pues el rey nunca se explica con claridad; y como es preciso adivinar sus pensamientos, hay gran peligro de equivocarse, y una equivocación puede costar demasiado cara.
 —Sí.
 —Todos os envidian vuestra posición, vuestra influencia.
 —¿Para qué me sirve?
 —Para nada, como no sea para tener á todas horas la intranquilidad del temor; pero á lo menos habéis conseguido conocer y entender al rey, mientras que yo, mientras estoy en su presencia, me encuentro como quien cae en un abismo tenebroso.
 —No es fácil penetrar en su alma.
 —En la ocasión presente ha sucedido...
 —Amigo Pantoja, os olvidáis de que en este aposento me dejásteis al salir, y aquí me habéis encontrado, es decir, que una y otra hora estoy esperando para saber lo que ha sucedido, y no me lo referís.
 —Perdonad.
 —Si á bien tenéis explicaros...
 —Es mi obligación.
 —Os escucho.
 —En las cercanías de San Martín me encontré con el señor Antonio.
 —¿Nadie le acompañaba?
 —Nadie, y sin embargo me dijo que no estaba solo. Supuse que ocultos andaban por allí.

los que debían ayudarle; pero á nadie puede descubrir.

—Lo cual parece probar que se habíad escondido en alguna casa.

—Tal vez.

—Continuad.

—Me alejé hacia Santo Domingo y encontré á don Fadrique con doña Luz, que iba en una silla de manos.

—¿Llevaban mucho acompañamiento?

—Cuatro criados entre todos.

—Pocos eran.

—Doña Luz parecía muy alegre, y me dijo que le complacería tener algún mal encuentro, porque le serviría de distracción.

—Mujer al fin.

—Los dejé, rondé por la calle de Convalecientes y de la Inquisición, y cuando otra vez volví á Santo Domingo, me encontré con don Fadrique, sin aliento, desesperado, trastornado, loco.

—Se había dado el golpe.

—Os due lo que me contó.

—Debe ser interesante.

—Al llegar á San Martín salieron dos hombres, no sabe de dónde, y acometieron á los dos criados que iban delante. Apenas trabada la pelea, aparecieron por distinto lado otros dos que emprendieron á cuchilladas con los que llevaban la silla.

—¿Y qué hizo don Fadrique?

—Cuando pensaba acudir en ayuda de los unos ó de los otros, un nuevo enemigo se presentó, descargándole un cintarazo que le hizo rodar, dejándolo que se levantase, acometiéndole furiosamente, haciéndole retroceder, y... entre tanto uno de sus criados fué herido, aunque levemente, y desarmado el otro, y los cuatro huyeron.

—¿Y doña Luz?

—Esperaba en la silla; pero se presentó un fraile y se la llevó, no sin antes haber abierto una linterna para que ella lo reconociese.

—¡Un fraile!—murmuró el médico.

—Supongo que el hábito era un disfraz.

—Proseguid.

—El que acuchillaba á don Fadrique le dijo que era Quirós, lo desarmó luego, y...

—Todo había concluido.

—Fuimos á San Martín.

—¿Y la silla de manos?

—Allí se encontraba.

—¿Qué hicisteis?

—Recorrer los alrededores y preguntar á los vecinos.

—Nada conseguíais.

—Nada.

—¿Y luego?

—A casa de don Fadrique nos fuimos; exigí declaración á los criados, haciendo constar cuanto se me dijo, y al salir de la casa me encontré al señor Antonio, que contemplaba el edificio como si allí estuviese el objeto de su amor.

—Ese hombre no se parece á ninguno.

—Le mandé entrar, lo interrogué, y serenamente dijo que desde el amanecer había estado en la vivienda de Consuelo y Antón, y que así lo probaría. Lo que debió sufrir don Fadrique...

—Digno es de lástima.

—He tenido que dejarlo, pues contra él no hay más pruebas que lo que dice don Fadrique, y aquí me tenéis dispuesto á continuar cumpliendo mi deber. Ahora decidme si he acertado.

—El rey lo dirá.

—Pero...

—Ignoro lo que su majestad se propone, pues á mí no me ha dado más explicaciones que á vos.

—Con tal que adivinéis...

—Tampoco adivino.

—Entonces...

—Me parece que debéis continuar como habéis principiado; pero esto no pasa de ser mi opinión. Verdad es que por orden de su majestad me encuentro aquí; pero no manifiesta intenciones de mezclarse en este asunto, sino solamente conocer los sucesos para satisfacer su curiosidad.

A este punto llegaban de la conversación, cuando resonaron fuertes golpes dados en la puerta de la casa.

—¿Quién me busca á estas horas?—dijo el alcalde.

Pronto salió de dudas, porque un criado se presentó diciéndole que acababa de llegar el señor Antonio de Quirós.

—¡Quirós!—exclamó don Diego con tono de profunda sorpresa.

—Recibidlo—le dijo Olivares—; pero cuidado de que no sepa que he venido. Llevadle adonde yo pueda estar escuchando mientras habla con vos, y luego me irá sin que me vea.

—Entrad en ese aposento, que otra puerta tiene.

Así lo hizo el doctor.

Poco después se presentó el hidalgo.

—¿Qué sucede?—le preguntó el alcalde.

—Nada de particular—respondió sencillamente el hidalgo.

—Esta visita...

—He de pedir os un favor.

—No adivino...

—Hasta este momento no soy para vos un delincuente.

—No.

—Es decir, que puedo estar en vuestra casa sin comprometeros.

—Sí.

—Y seríais bondadoso hasta el punto de permitirme pasar aquí la noche.

—¡Señor Antonio!

—Quizá me convenga algún día hacer constar que esta noche la he pasado aquí.

—No comprendo.

—Pues es muy sencillo: mientras estoy en vuestra casa no puedo estar en otra parte.

—Es cosa clara.

—Y así nadie podrá decir que la noche he pasado cerca de doña Luz.

El alcalde no acertó á responder.

—¿Aún no me habéis entendido?—preguntó el hidalgo.

—Demasiado bien.

—Entonces...

—Es que pienso...

—Si fuese más temprano iría á pedir hospitalidad al doctor Olivares, porque estoy seguro de que no me la negaría.

—Yo tampoco.

—No os molestéis en mandar que me preparen lecho, porque...

—Señor de Quirós, yo mismo me ofendería si permitiese que pasáseis la noche sentado en un rincón.

—Haced lo que bien os parezca.

—¿Queréis tomar algún alimento?

—Nada.

—Pues voy á mandar que cama os preparen, y entretanto, como ahora no soy el alcalde, sino el amigo...

—Por eso os diré que doña Luz se encuentra al lado de Consuelo, y bien guardada por el honrado Antón.

—Bien me parece.

—¿Deseáis saber más?

—Hay una circunstancia que me ha llamado mucho la atención.

—Decid, y si puedo satisfacer vuestra curiosidad...

—Sí pode's,

—Os escucho.

—Doña Luz se fué con un fraile.

—Sí.

—¿Era el hábito un disfraz?

—No.

—¡Oh!...

—Seguid preguntando.

—Recuerdo que el día que en vuestra posada estuve, al salir me encontré con un religioso.

—El mismo de esta noche.

—Su mirada me produjo un efecto inexplicable.

—¿Por qué?

—No lo sé, mi buen amigo; pero si os aseguro que desde entonces no he podido olvidar al reverendo.

—Cosa extraña—dijo con sencillez el señor Antonio.

—Y cuando esta noche me habló don Fadrique de un fraile...

—Recordásteis al otro, ¿no es verdad?

—Natural era que sucediese así.

—¿Y queréis saber quién es ese religioso?

—La pícara curiosidad...

—Don Diego, lo siento mucho; pero no puedo deciros quién es ese hombre, porque he prometido guardar el secreto.

—Debo respetar vuestra reserva.

—Os lo agradeceré mucho.

El alcalde dió las órdenes para que preparasen habitación y cama al hidalgo.

Entretanto el doctor salía de la casa y decía para sí:

—Un fraile... y el golpe se ha dado junto á San Martín... y los que se apoderaron de doña Luz aparecieron y desaparecieron sin que se supiese cómo... ¿Quién es ese fraile que también visita al señor Antonio, y que le favorece hasta el punto de meterse en esta clase de intrigas?... Preciso será averiguarlo, porque Felipe II no se contenta con saber las cosas á medias.

Ignoramos si el doctor hizo muchas deducciones, ni de qué clase fueron.

Al alcázar real se volvió.

Entregóse al reposo.

Apenas amaneció, dejó el lecho.

Algún alimento tomó, y en seguida fué á la cámara del rey.

Este acababa de levantarse.

Saludó á Olivares y le preguntó:

—¿Qué noticias me traéis?

—Las que debe esperar vuestra majestad.

—Sí, preciso será convencerse de que Quirós es un hombre extraordinario.

—No hay duda, señor.

—Referid el suceso con todos sus detalles.

Obedeció el médico.

Escuchó muy atentamente Felipe II.

Luego desplegó una leve sonrisa.

—Todo eso me complace—dijo—, porque es justo.

—El buen Pantoja está sin sosiego.

—Es muy honrado y muy leal.

—Teme no haber acertado.

—Premiaré sus servicios.

—Bien lo merece, porque este asunto le hace sufrir tanto como el otro.

—¿Y qué opináis de ese fraile?

—Nada, señor.

—¿A qué comunidad debe pertenecer?

—Sospecho que es un monje de San Martín.

—Y esa intimidación con el hidalgo tiene mucha importancia.

—Soy de la misma opinión.

—Doctor, más que doña Luz, mucho más nos interesa el fraile.

—Haré cuanto pueda.

—Averiguaréis quién es.

—Y en cuanto al señor Antonio...

—Dejadlo, porque quiero ver cómo termina su empresa. En cuanto á mi hijo, es preciso también que hagáis averiguaciones.

—Sigo creyendo que continúa en Guadalajara.

—Podéis equivocaros.

—Sí; pero...

—¿Quien ha ayudado á Quirós?

—No se habrá estado quieto el veterano.

—Pero además del fraile y de Antón, le acompañaban otros tres.

—Quizás gente pagada para el caso.

—En esa clase de gente no puede fiar Quirós lo que tanto le interesa.

—Pues no tiene otros amigos de bastante confianza para acudir en caso semejante.

—Por eso pienso en Leandro.

—Aún quedarían otros dos.

—No olvido tampoco á Maldonado.

—Faltaría uno.

—En cuanto á ése, no adivino quién puede ser.

—Señor, trabajaré sin descanso; pero suplico

á vuestra majestad que presente tenga que á nadie puedo acudir para que me ayude, y por consiguiente habré de emplear más tiempo del que deseo.

—Nada olvido.

—Pues si vuestra majestad me lo permite...

—Retiráos, y que Dios os acompañe.

Olivares salió de la cámara.

Estaba muy preocupado.

Lo que tenía que hacer era muy difícil, tratándose de un hombre que tanto valía como el señor Antonio de Quirós.

¿Se equivocaba el rey al suponer que Leandro y el señor Felipe habían ayudado aquella noche al señor Antonio?

Pronto hemos de salir de dudas.

Lo que no averiguaremos tan fácilmente es lo que se proponía Felipe II.

CAPITULO XXIII

EL REY SE EMPEÑA EN HACER JUSTICIA

Antes de continuar ni de ocuparnos de lo que hizo el doctor, debemos buscar al señor Antolín, pues suponemos que no dejaría que el tiempo pasase sin adelantar nada en su empresa.

Había creído firmemente que el primer resultado de su delación sería la prisión del señor Antonio, y muy desagradablemente sorprendióse al ver que el hidalgo continuaba libre, y lo que es más, sin reparo alguno salía de su vivienda á todas las horas del día y de la noche, visitaba á Consuelo y á Olivares, y se paseaba en la Cuesta de Santo Domingo.

Cualquiera que fuese el propósito de Felipe II, el resultado sería lo que por de pronto le importaba al criminal, y por consiguiente al resultado se atuvo.

Observó y discurrió con la habilidad y el acierto que siempre lo hacía, convenciéndose de que el señor Antonio no estaba en buenas relaciones con don Fadrique, pues así lo probaba el hecho de no haber entrado en la vivienda de doña Luz más que una sola vez á media noche y por la puerta falsa.

¿No era posible explotar esta situación?

Sí, pero antes era preciso conocerla bien.

El señor Antolín observó además que don Fadrique había cambiado de sirvientes, y con al-

gunos escudos y su astucia consiguió entablar relaciones con uno de los nuevos criados, con el llamado Mateo, consiguiendo así saber que el tío se oponía tenazmente al casamiento de su sobrina.

—Bien—dijo entonces el criminal en uno de sus momentos de meditación—: el señor Antonio tiene un enemigo más; y como ha de entablarse la lucha, algo podré hacer, y conseguiré mucho si mis servicios ofrezco á don Fadrique y le doy pruebas de que mi ayuda no es despreciable. Sin olvidarme de Consuelo, porque esto me sería imposible, me ocuparé también constantemente del señor Antonio, y unas veces andaré por Platerías y otras por Puerta de Moros, ó por la Cuesta de Santo Domingo. De todas maneras nada perderé, porque no tengo que ocuparme en otra cosa, y porque me conviene todo lo que sea enredar y poner en compromisos á Quiros.

Con tanto disimulo hizo sus observaciones el señor Antolín, que ni una sola vez fué visto por el hidalgo.

Bien pronto se regocijó al ver cosas que mucho interés tenían.

Una tarde, cuando el sol se ocultaba, un jinete, cubierto de polvo, llegó á la que había sido vivienda de Consuelo.

Desde lejos observaba el señor Antolín.

No pudo ver el rostro del viajero, pero sí conoció que era joven y de clase distinguida, pues esto último lo indicaba su ropa.

Uno de los criados de Consuelo se hizo cargo de la cabalgadura, y el viajero entró en la casa.

No volvió á salir en toda la noche.

—¿Quién es?—se preguntaba el criminal.

Y al amanecer del día siguiente volvió á Puerta de Moros y en acecho se puso donde podía ver sin ser visto.

Esperaba que saliese el que había llegado la tarde anterior; pero no sucedió así, sino que, por el contrario, llegó otro jinete, que pie á tierra echó.

—¡Por el infierno!—exclamó el señor Antolín.

Y se restregó los ojos y miró con ansiedad.

Había reconocido al señor Felipe de Maldonado.

También éste entró en la casa sin que volviese á salir en más de dos horas que allí permaneció el asesino.

Caviló éste, empeñándose en adivinar, y al fin

sospechó que el otro viajero podía ser Leandro.

Sintió lo que era consiguiente.

¡En Madrid su afortunado rival!

Y no solamente en Madrid, sino al lado de Consuelo.

Esta circunstancia echaba por tierra los bien combinados planes del señor Antolín.

Mientras la infeliz joven no tuviese más defensa que la de Antón y los criados, muchos abusos eran posibles; pero la situación cambiaba completamente mientras se encontrasen allí dos hombres tan valerosos como el hijo de doña Juana y Maldonado.

Temió el criminal que la espalda le volviese la fortuna; pero no se declaró vencido.

No se le ocultaba que los peligros eran mayores que nunca; pero lo impulsaba su pasión y estaba resuelto á todo.

Siguió observando.

Vió que un fraile entraba en la hostería.

Esperó y lo siguió cuando hubo salido, y así pudo saber que pertenecía á la comunidad de San Martín.

El que fraile parecía entró en el monasterio.

Lo mismo hizo el criminal.

El primero echó atrás la capucha cuando atravesaba el claustro, y así el segundo pudo ver una cabeza intensa y cubierta de rubios cabellos.

No era, pues, un fraile, sino simplemente un novicio.

El mayor sacrificio hubiera hecho el señor Antolín por verle el rostro como le vió la cabeza; pero no lo consiguió.

Dos días después supo por Mateo que don Fadrique había determinado llevar á doña Luz á un convento.

Entonces fijó exclusivamente su atención en el hidalgo, y á todas horas lo espió.

—No—decía—, no es posible que Quiros se resigne á perder de vista á la mujer á quien tanto ama; no es posible que acepte esta situación. Algo hará, alguna diablura, porque le sobra atrevimiento para todo, y entonces yo también podré hacer algo.

No se equivocaba.

Llegó el día.

No pasó para él desapercibido lo de ir la doncella á la hostería.

Llegó la noche.

Quiros salía, y á Puerta de Moros fué.

Su visita no fué larga, pues antes de que una

hora transcurriese, se abrió la puerta de la casa de Consuelo y salieron cuatro hombres.

No llevaban luz y era imposible conocerlos.

Sin embargo, el señor Antolín tuvo la seguridad de que uno de ellos era el hidalgo, y otro Antón, y con mucho acierto supuso que los otros dos eran el señor Felipe y Leandro.

—¿Adónde van?—preguntó el miserable.—Indudablemente preparan algún golpe.

Aunque á larga distancia, los siguió.

Atravesaron muchas calles.

Llegaron al monasterio de San Martín.

Detuviéronse junto á una puertecilla que había por el lado de las bodegas.

El criminal quedó oculto tras una esquina en el arroyo del Arenal, y aunque confusamente, pudo ver que de aquellos cuatro hombres, tres desaparecieron como si fuesen fantasmas y se filtraron por las paredes.

—Han entrado—murmuró Antolín—; ¿por qué se queda el otro?... Se aleja hacia el templo... Veamos.

Muy cautelosamente avanzó el asesino.

Pudo ver que se paseaba el que no había entrado en el convento.

Media hora después asomó una ronda.

El alcalde se detuvo y habló con el embozado que por allí vagaba.

Entre tanto el señor Antolín fué á situarse entre las miserables casas del Arrabal.

La ronda se alejó y desapareció.

El otro se acercó nuevamente al monasterio.

No tenemos para qué decir más sobre las observaciones que entonces hizo el criminal.

Testigo fué de la lucha, y como á él no le amenazaba ningún peligro, pudo fijar su atención en todos los detalles, extrañándole que cuatro fuesen los que ayudaron al señor Antonio, y que, además, el fraile se llevara á doña Luz.

Ésta era el objeto más interesante en aquellos momentos; y dejando que el hidalgo acuchillase á don Fadrique, el asesino siguió al fraile y á la joven, y también á los demás, pues todos se alejaron por el mismo camino.

Media hora después vió que entraron en la casa de Puerta de Moros, y que el fraile volvió á salir.

Luego llegó el señor Antonio, que también salió antes de que transcurriesen diez minutos, y lentamente se encaminó á la Cuesta de Santo Domingo.

Paso á paso lo siguió el señor Antolín, y, como esperó últimamente en las cercanías de la vivienda del alcalde, pudo ver que de ésta salió otro embozado, al que también siguió, no quedándole duda de que era Olivares, porque lo vió entrar en palacio.

La noche había sido fecunda en sucesos.

Mucho sufría el criminal porque en Madrid se encontraba Leandro; pero regocijóse con los descubrimientos que acababa de hacer.

Tenía el hilo de una intriga de muchísima importancia: conocía el lugar donde se ocultaba doña Luz, y este secreto era un tesoro.

Cuando á los hombres ruines no les queda ningún recurso para conseguir lo que desean, se complacen en hacer mal á los que les han puesto estorbo para consumir sus abusos, y este goce criminal es un consuelo que les hace soportable su desesperación.

Comprometiendo más y más al hidalgo, comprometería también á sus amigos, y era muy probable que en tales apuros se vieses, que quedasen inutilizados ó tuvieran que aprovechar el recurso de huir, en cuyo caso la infeliz Consuelo volvería á quedar sin más defensa ni amparo que la de Antón, que al fin era un anciano y que nada de astuto ni de previsor tenía.

Los sucesos de aquella noche habían sido tan ruidosos que no había medio de ocultarlos, y al día siguiente hablábase en Madrid de la desaparición de doña Luz y se hacían los comentarios que eran consiguientes; á su gusto se despa-charon los murmuradores.

Todo el mundo estaba convencido de que el señor Antonio de Quirós era quien se había apoderado de la infeliz joven, pues no se tenían noticias de que otro estuviese enamorado de ella.

Don Fadrique se encontró en una situación muy crítica, pues todo el mundo lo acusó por haberse opuesto al casamiento de su sobrina.

Cuando el lecho dejó después de un sueño agitado que no reparó sus fuerzas, el tío de doña Luz meditó muy detenidamente.

Lo que había visto era bastante para que se convenciese de que don Diego de Pantoja deseaba favorecer cuanto le fuese posible al señor Antonio de Quirós, y siendo así, no era fácil, ni mucho menos probable, que la justicia descubriese el paradero de la joven.

¿Qué le convenía hacer en semejante caso?

¿A quién acudiría?

Al rey, porque otra persona no podía favorecerlo en ningún sentido.

¿No se envanecía Felipe II. con ser ante todo justiciero?

Pues para hacer justicia tendría que escuchar las quejas de don Fadrique.

Mucho vaciló éste antes de dar un solo paso; pero al fin se decidió, pues no había de permanecer inactivo.

Después de almorzar, si es que almuerzo puede llamarse al escaso alimento que tomó aquella mañana, encaminóse al alcázar real.

Ya eran muchos los cortesanos que había en los salones.

Solicitó don Fadrique ver al rey, diciendo que se trataba de un asunto tan urgente como interesante.

No tuvo que esperar más que algunos minutos, y recibido fué por el impasible monarca.

El semblante de éste, como siempre sucedía, no expresaba nada.

Miró al caballero y le dijo:

—Me parece que estáis pálido... ¿Se ha quebrantado vuestra salud?

—Señor, sufro mucho, he pasado una noche horrible, y si Dios no se apiada de mí, no sé lo que me sucederá. Mi situación no se comprende sino encontrándose en mi lugar.

—Me ponéis en cuidado.

—De vuestra majestad depende mi honra, la honra de mi noble familia.

—Explicaos.

—¡Justicia, justicia! —exclamó don Fadrique arrebatadamente.

—Recobrad la calma, que nada se consigue con la desesperación.

—¡Ahl...

—Venís á pedir justicia.. se hará.

—Nunca lo he dudado, y por eso acudo á vuestra majestad.

—Sepamos.

—Señor, no sabiendo cómo cumplir mis deberes y quedar á cubierto de toda responsabilidad, determiné que mi sobrina fuese á un convento, donde estaría bien guardada y donde viviría santamente mientras yo reflexionaba y decidía lo que para todos fuese más conveniente.

—Entendido.

—Debíó ir ayer por la mañana; pero se fingió indispuerta y tuvimos que esperar á la noche.

—Si la indisposición era fingida, debísteis conocerlo acudiendo al médico.

—La vió Olivares.

—¿Y qué dijo?

—Que no podía salir de casa, ni apenas dejar el lecho.

—Pues ante ese fallo no es posible la duda.

—Señor, los sucesos han probado que la enfermedad era una farsa, pues lo que quería doña Luz era ir al convento de noche para que las tinieblas favoreciesen á su amante.

—¿En qué sentido habían de favorecerlo?

—Cerca de las Descalzas Reales nos encontramos cuando nos acometieron cinco hombres. Uno de mis criados fué herido, los demás huyeron y solo me quedé. Entonces se presentó un fraile y se llevó á mi sobrina. El criminal que conmigo se batía consiguió desarmarme, y descaradamente me dijo que era el señor Antonio de Quirós.

—¿No lo habíais conocido? —preguntó tranquilamente el rey.

—Sí, señor.

—¿Teníais luz?

—No; pero...

—Entonces no podíais decir con seguridad quién era, y ha podido suceder, qué otro cualquiera abuse de su nombre.

—Señor, poco es menester discurrir para convencerse de que nadie más que ese hombre ha podido cometer el abuso.

—Decid lo que bien os parezca.

Don Fadrique volvió á referir el suceso con todos sus detalles.

Luego hizo las reflexiones que conocemos ya. Muy atentamente escuchó el monarca.

Parecíale al caballero que sus razonamientos no tenían réplica.

Esperaba con ansiedad y temía la respuesta de Felipe II.

Este dijo con la frialdad que lo caracterizaba:

—Se ha cometido un abuso y la justicia entiende ya en el negocio. Don Diego de Pantoja es severo y su rectitud no se tuerce por nada del mundo. Busca al delincuente y también á vuestra sobrina. Me parece que por ahora no es posible hacer más. Vos aseguráis que uno de aquellos cinco hombres era el señor Antonio de Quirós.

—Y lo juraré mil veces.

—Quirós á su vez asegura lo contrario.

—No dice la verdad.

—Para los tribunales de justicia, vuestra palabra tiene el mismo valor que la del hidalgo, y

por vuestra parte hay una desventaja, pues mientras que vos no presentáis testigos, Quirós los presenta para probar que la noche pasó en la vivienda de Consuelo. No se me oculta que los que esto declaran pueden mentir; pero ¿qué ha de hacer el alcalde? Presentad la prueba de que esos hombres mienten, y serán castigados. Esto me parece lo regular y lo justo. En cuanto a doña Luz, no es posible hacer más que buscarla, y si no la encuentran, no podéis quejaros de una injusticia, pues no siempre conseguimos todo lo que deseamos. Ayudad en cuanto os sea posible á los tribunales, y si sois afortunado y averiguáis dónde se oculta vuestra sobrina, se lo diréis á Pantoja y veréis cómo inmediatamente la pone otra vez bajo vuestra autoridad.

Inmóvil y silencioso quedó don Fadrique.

Convencióse de que tampoco el rey quería hacer nada en su favor.

¿Podía pedirle más de lo que le concedía?

No había motivo para acusar al alcalde, y, por consiguiente, toda queja hubiera sido inútil.

—¿Comprendéis?—preguntó el monarca después de algunos minutos.

—Comprendo.

—¿Ha olvidado sus deberes don Diego de Pantoja?

—No.

—¿Hace cuanto puede hacer?

—Parece que sí.

—Entonces, si no consigue lo que todos deseamos, la culpa no es suya, sino de las circunstancias.

—Yo trabajaré, yo averiguaré.

—Hacedlo, sí.

—Y si descubro el paradero de mi sobrina...

—Todo lo demás será fácil.

—En ese caso, si don Diego de Pantoja no se muestra diligente, tendré derecho para decir que comete una injusticia.

—Y entonces también yo haré justicia sin consideración á nadie; os lo prometo.

—Señor...

—Siento vuestra desgracia. Os lo advertí y no me hicisteis caso. Es muy peligroso luchar con Quirós, porque vale mucho, muchísimo.

—Lo que vuestra majestad acaba de decir prueba...

—Sí, que sospecho que es Quirós quien ha cometido el abuso; pero mis sospechas no tienen ni pueden tener ningún valor para los tribunales, y porque yo así lo crea no ha de cometer la

justicia otro abuso encerrando en un calabozo á Quirós, porque luego habría que recoger su inocencia, y cuando á mí acudiesen pidiendo reparación, pidiendo justicia, me sería preciso imponer un castigo muy duro á don Diego de Pantoja. Pruebas, caballero, pruebas y veréis entonces lo que yo sé hacer. Aparte de esto, no lo dudéis, vos habéis provocado la desgracia con vuestra determinación, pues no era posible que se resignasen ni vuestra sobrina ni Quirós. Se aman; su amor fué autorizado por el difunto don Luis y no han de reconocer en el tutor más autoridad que en el padre; no han de respetar vuestras determinaciones los que lucharon tenazmente con vuestro noble primo á quien Dios haya dado gloria.

—Me he concretado á hacer uso de los derechos que me conceden las leyes.

—Pero las consecuencias debían ser las peores.

—Señor...

—Hay otra circunstancia que en cuenta debéis tener.

—No adivino...

—Vuestra negativa tendría mucha fuerza si la fundáseis en alguna razón; pero no lo hacéis así y tiene todas las apariencias de un capricho, y aun da ocasión á que se sospeche que no deben ser respetables los motivos de vuestra conducta.

—Deseo el bien de mi sobrina.

—Y el mundo pregunta si es un mal que se case con Quirós.

—Puedo equivocarme; pero creo que sí.

—¿Y en qué os fundáis?... He ahí el punto grave de la cuestión: si lo diérais á conocer, podríamos apreciarlo, y si justo y razonable parecía, en todas partes encontraríais apoyo. Mientras se dude, á vuestra sobrina y á Quirós los considerará el mundo como víctimas.

—Y yo, que soy la víctima verdadera...

—Don Fadrique, decidme si os parece que no es bastante noble el linaje de Quirós.

—Lo es.

—En cuanto á bienes de fortuna, posee más que doña Luz.

—Eso es indudable.

—Su honradez y la nobleza de sus sentimientos son cosas probadas.

—No lo he negado.

—Pues si es honrado, noble y rico; si tiene condiciones para hacer feliz á una mujer y ama verdaderamente á vuestra sobrina, ¿por qué os oponéis á ese casamiento?

Más densa se hizo la palidez de don Fadrique. Tenía forzosamente que responder con claridad porque era el rey, era Felipe II quien le preguntaba.

¿Cómo saldría del apuro sin decir la verdad?

El monarca fijó en él una mirada escudriñadora y le dijo:

—No me deis á conocer el motivo de vuestra conducta extraña, guardad el secreto; pero os haré un beneficio al haceros una advertencia.

—Señor...

—Os hacéis la ilusión de que nadie adivina ese motivo, y os equivocáis.

—¡Que se adivina! — exclamó don Fadrique.

—Escuchad.

—Así lo hago con el respeto que merece vuestra majestad.

—Acercaos.

Dió algunos pasos el caballero.

Temblaba como en otro tiempo había temblado don Juan.

La cabeza inclinó, porque no pudo sostener la mirada penetrante y dominadora del rey.

Éste dijo después de algunos momentos y con pausado tono:

—Vos pretendéis casaros con doña Luz.

—Señor!...

—Cuidado, caballero, porque cuando se habla con el rey es muy peligroso mentir. Doña Luz no os ama, y queréis violentar sus sentimientos, obligarla á que consume el más espantoso sacrificio.

No acertó á replicar don Fadrique.

Frío sudor corría por su frente.

Felipe II añadió:

—No sé si os mueve una pasión que repentinamente se haya encendido en vuestro pecho, ó si es la codicia el sentimiento que os impulsa; pero en ambos casos, intentáis un abuso. ¿Por qué me pedís justicia? ¿A quién corresponde hacerla? ¿Quién amparará á vuestra sobrina, quién la protegerá mientras vos os escudéis con vuestros derechos de tutor? Ni yo mismo puedo protegerla.

Ni una palabra se atrevió á pronunciar don Fadrique.

—A pesar de todo esto—añadió Felipe II—, la justicia cumplirá sus deberes y hará cuanto es imaginable para poner bajo vuestra autoridad á doña Luz. Así no tendréis motivos para quejaros; pero guardaos, don Fadrique, guardaos, y no de mí, sino del hidalgo, porque más ó menos

tarde, si él comete una falta, la expiará. Ya sabéis que no hay deuda que no se pague, y os conviene no olvidar esto. Al hablaros así os hago un beneficio; pero tened entendido que os dejo en libertad completa, y que ningún estorbo os pondré.

—¡Ah!...

—Estáis haciendo lo posible para que todo el mundo se interese por Quirós.

—Señor, vuestra majestad...

—Basta, caballero... Justicia pedís, y justicia se hará... Que Dios os ilumine y os proteja mientras seáis honrado.

Ya no le estaba permitido á don Fadrique decir nada.

De la cámara salió.

Su trastorno era profundo.

En su semblante, lívido y descompuesto, pintábanse su agitación y sus temores.

Inseguros eran sus pasos.

Los salones atravesó por entre la multitud de cortesanos que en aquellos momentos se ocupaban de los sucesos de la noche anterior.

Todos miraron á don Fadrique con curiosidad la más importuna.

También se encontró con Olivares en una habitación donde no había más que otras dos ó tres personas.

No sabemos si allí se encontraba por casualidad el célebre médico.

Don Fadrique no lo vió; pero sintió que lo detentan, y volvió la cabeza.

—¡Ah!—exclamó.

—He tenido noticias de vuestra desgracia—le dijo Olivares con tono de compasión.

—¿Y quién hará justicia?

—¿No habéis visto á su majestad?

—¡Oh!...

—¿No os ha prometido hacer justicia sin miramiento alguno?

—Sí; pero...

—Entonces debéis estar tranquilo. Por lo demás, si habéis cometido la torpeza de poner os en abierta lucha con el señor Antonio de Quirós, vuestra es la culpa y tendréis que sufrir las consecuencias.

—El rey me ha prometido hacer justicia; pero también me acusa.

—No me deis explicaciones, porque es un asunto muy delicado.

—Doctor...

—Vuelvo á deciros que siento la desgracia; pero nada puedo hacer en vuestro favor.

—A mi sobrina sí pudisteis favorecerla.

—¡Yol...

—Cuando enferma se fingió para no ir de día al convento...

—Don Fadrique, os trastorna el dolor.

—La ira.

—No es buena consejera.

—Si todo el mundo me vuelve la espalda...

—No os la volverá la justicia, os lo aseguro.

—Lo veremos.

—Que Dios os guarde y fuerzas os dé, pues han de haceros mucha falta si la lucha habéis de continuar.

A su casa volvió don Fadrique.

Grandes esfuerzos hizo para recobrar la calma.

¿De qué medios se valdría para averiguar dónde su sobrina se encontraba?

Difícil era que lo consiguiese, y, sin embargo, debió sospechar que estaba al lado de Consuelo.

Lo dejaremos cavilar, porque hemos de ver lo que el doctor hacía para cumplir las terminantes órdenes del rey. Ya conocemos al astuto Olivares, y casi puede decirse que lo que no consiguiese, nadie lo conseguiría. Además, era posible que lo favoreciese la fortuna con algunas de las coincidencias de que tanto partío había sabido sacar en otras ocasiones.

Pronto lo veremos.

CAPITULO XXIV

DESCUBRIMIENTOS

El doctor no había hecho más que vagar por los alrededores de la portería y del monasterio de San Martín, convenciéndose de que nada conseguiría mientras á medios extraordinarios no apelase.

Al alcázar se volvió como hemos visto, y después que hubo hablado con don Fadrique, fué á su aposento y dió á su fiel criado algunas órdenes.

Dos horas después nadie hubiera conocido al célebre médico, pues su negro y modesto ropaje lo había cambiado por otro de riquísimas telas de vivos y variados colores, y por un procedimiento que para él era muy fácil, su barba y su pelo gris habíanse convertido en negros.

La espada ciñó; un ferreruelo se bufo de terciopelo con forro de seda color de naranja, y su cabeza cubrió con un sombrero á la última moda, y en el que relumbraba un joyel probablemente falso.

¿Quién había de creer que aquel hombre fuese el doctor Olivares?

Con el cambio de color de la barba, hubiera bastado para que no lo conociesen ni los amigos que con más frecuencia lo trataban.

Así salió.

Levantando la cabeza con el aire de un gran señor, pasó junto á muchos caballeros que lo miraron con indiferencia.

A Platerías fué.

Sin vacilar entró en la hostería.

Maese Bonifacio le salió al encuentro, haciendo profundas reverencias, y diciéndole:

—Espero vuestras órdenes, caballero.

Olivares miró á todos lados como si examinase el local, y luego dijo con grave tono:

—Por de pronto me daréis de comer, si hay en vuestra casa lo que corresponde á personas de mi clase.

—Me parece que sí, y sobre todo, cuando hay buena voluntad, como yo la tengo para servir á las personas que honran mi casa, puede hacerse mucho.

—No ignoro que tenéis buena reputación, y si además de la comida pudiérais disponer de aposento que me conviniese, tal vez en vuestra casa me quedaría.

—Dos son las habitaciones que puedo poner á vuestra disposición, y si queréis molestaros en verlas...

—Vamos, porque si alguna me conviene, en ella comeré.

Maese Bonifacio, muy contento porque veía un buen negocio, llevó al fingido caballero á las dos habitaciones que desocupadas tenía.

Una de ellas era la que en otro tiempo se aposentó don Juan de Guevara.

Con un si es no es de desdén miró Olivares los aposentos y los muebles.

Luego dijo:

—Algo mejor me agradaría; pero la falta de lujo está compensada con la limpieza, que para mí tiene mucha importancia. Además, me conviene vivir en esta calle más que en otra, y por consiguiente me quedaré.

—Si muebles de más valor deseais los traeré, pues todo depende...

—Comprendo.

—Mi deseo es quedéis complacido.

—Pues hoy mismo, y cuanto antes mejor, cambiareis no todos, sino algunos de estos muebles; en la inteligencia de que estoy dispuesto a pagar con largueza. Luego traerán mi equipaje, y ahora me serviréis aquí la comida.

—Al momento.

—Vuelvo á recordaros que habéis de traerme lo mejor que tengáis.

—Descuidad.

—¿Y se aposenta mucha gente en vuestra casa?

—No más que un caballero.

—Me alegro mucho, porque el sosiego me gusta.

—A todas horas tendréis este silencio y la tranquilidad más completa.

—Decididamente me quedaré en vuestra casa.

—Gracias, mi noble señor.

—La comida.

El hostelero corrió.

Acababa de hacer un buen negocio.

No quiso fiar á su criado el servicio de la comida, y él mismo llevó los platos, cuidando mucho de que todo fuese de lo mejor.

Olivares apenas hacia más que probar los manjares que le servían; pero aseguró que todos le parecían bien.

Bebió poco.

Cuando terminó la comida, sacó una bolsa y echó sobre la mesa unas cuantas monedas de oro, diciendo:

—Tomad, y después ó mañana ajustaremos cuentas.

—Me dais cien ducados.

—¿Es poco?

—Por el contrario, no necesito tanta exactitud.

—Guardadla, que nada se pierde, y es igual que esté en vuestra bolsa ó en la mía.

—¿Deseais algo más?

—Nada por ahora, pues voy á reposar un poco la comida, y luego saldré.

—¿He de avisaros á alguna hora?

—Me dejareis.

—Pues hasta luego.

El hostelero salió.

Olivares cerró la puerta y dió vuelta á la llave, y la quitó.

Sentóse luego y acercó un ojo al de la cerradura, quedando inmóvil.

Ya sabemos que desde allí veía la puerta de aposento que Quirós ocupaba.

De gran paciencia debía estar doctado el doctor, pues transcurrió cerca de una hora sin que hiciesen ni el más leve movimiento.

Al fin oyó ruido de pasos.

Bien pronto distinguió la sombría figura de un fraile.

Sus labios se entreabrieron para desplegar una sonrisa.

El fraile dió algunos golpecitos en la puerta del aposento del hidalgo.

Luego se oyó la voz de éste, que decía:

—Adelante.

Y el religioso empujó la puerta y entró, volviendo á cerrar.

—No puedo quejarme de la fortuna—murmuró Olivares—, y sin embargo...

Se interrumpió.

Arrugó el entrecejo.

Hizo un gesto de disgusto.

—Tengo miedo—murmuró.

¿Qué era lo que temía?

Gran peligro amenazaba á don Pedro de Carvajal.

El doctor, sin producir el más leve ruido, se puso en pie.

Volvió á introducir la llave en la cerradura.

Abrió silenciosamente.

Salió y fué hasta la puerta del aposento del hidalgo.

Se inclinó.

Miró por el ojo de la cerradura.

A nadie vió; pero sí oyó las voces del señor Antonio y del fraile.

El primero decía:

—Bien sé que todavía no he triunfado y que es lo más difícil lo que me falta que hacer.

—Sí—le respondió el fraile.

—Espero que Dios me proteja.

—Yo también.

Continuaron hablando; pero bajaron la voz y Olivares no pudo entender una palabra.

Así pasó un cuarto de hora.

El médico se enderezó porque oyó ruido como si los otros se pusiesen en pie y se acercasen á la puerta.

Volvió á su aposento.

Cerró, quitó la llave y miró por el ojo de la cerradura.

En aquel momento se abrió la puerta de la habitación del hidalgo.

Muy claramente pudo ver Olivares al señor Antonio y al fraile, que entonces tenía descubierta la cabeza y la luz daba de lleno en su rostro.

Lo que sintió el médico no es posible explicarlo.

Se estremeció violentamente.

Su mirada se tornó sombría.

Su frente se contrajo.

Había reconocido á don Pedro de Carvajal.

Indudablemente la situación del médico era muy crítica.

Decirle al rey que el supuesto fraile no era más que un novicio, y que el novicio era don Pedro de Carvajal, equivalía á ponerlo á éste en manos del verdugo.

Por mucha que fuese la indiferencia con que el doctor mirase la suerte del desdichado caballero, le repugnaba descubrirlo, casi delatarlo.

¿Y le era posible hacer otra cosa?

Podía salvar á don Pedro; pero él se perdería.

La abnegación de Olivares no era tanta que estuviese dispuesto á sacrificar su vida por la de don Pedro de Carvajal.

Dudaba, luchaba, sufría mucho.

Miraba ansiosamente al caballero.

Empeñábase en creer que se había equivocado.

La evidencia lo convencía.

Don Pedro cubrió su cabeza con la capucha.

Estrechó la diestra del hidalgo y le dijo:

—Hasta después.

—Guárdeos Dios.

Salió, se alejó y desapareció Carvajal.

Otra vez cerró la puerta Quirós.

Olivares se pasó las manos por la frente.

Se sentó.

Cruzó los brazos.

Inclinó la cabeza sobre el pecho.

Cerró los ojos.

Quedó inmóvil como una estatua.

¿Qué decidiría?

Pocas veces, muy pocas se había encontrado en apuro igual y tan perplejo.

Nunca había vacilado; pero entonces no se atrevía á decidir.

Se necesitaba toda la ruindad, toda la maldad del señor Antolín para entregar fríamente al desdichado caballero, cuya suerte no era dudosa.

Empero el doctor tenía la seguridad de que más ó menos tarde había de descubrirse que don Pedro de Carvajal pasaba su vida en el monas-

terio de San Martín, y entonces el rey no se contentaría con castigar al caballero, sino también á quien más ó menos directamente lo había protegido.

Además, ¿qué le diría á Felipe II?

Tenta forzosamente que averiguar quién era el religioso y pronunciar su nombre, y si mentía, muy pronto quedaría en descubierto, sin contar con que, al designar á cualquiera otro fraile, le haría pagar culpas que no había cometido, pues aparecería cómplice del señor Antonio en el grave asunto del rapto de doña Luz.

Pensó también si le sería posible dar un aviso á Carvajal para que huyese y al mismo tiempo llevar la noticia al monarca; pero esto ofrecía también muchos inconvenientes y por de pronto no podría ocultar Olivares que en aquella intriga tomaba una parte muy directa y trabajaba contra los protegidos del hidalgo.

Inútiles fueron todos los esfuerzos de su imaginación.

Cuando una cosa no existe, no puede encontrarse, y esto sucedía con el medio que el doctor buscaba.

Después de una hora de meditación tuvo que declararse vencido.

Levantó la cabeza y abrió los ojos.

—Dios conoce mis intenciones —dijo— y me perdonará. Sufro; pero mi conciencia está tranquila, porque no sería justo exigir que nadie hiciese lo que es imposible.

Salió del aposento y bajó.

—¿Habéis de darme alguna orden? —le preguntó al hostelero..

—Ninguna.

—Cuando volváis estará hecho todo el cambio de los muebles.

—He pensado otra cosa.

—Vos diréis.

—Dejad el aposento como está.

—Muy bien.

—Que Dios os guarde.

—El fingido caballero salió muy despacio y así se alejó hacia la calle de la Almudena

—Varias veces se detuvo.

No podía disimular su preocupación.

—Llegó al alcázar real.

Subió á su aposento.

Volvió á cambiar de ropa y se lavó la cabeza y la barba, quitando el unto negro que se había puesto.

—Concluyamos—dijo.—He hecho por esos

hombres cuanto me ha sido posible y á riesgo de comprometerme; he querido salvarlos; pero se empeñan en perderse, y la culpa no es mía.

Ya no vaciló el médico.

Fué á la cámara real.

Solo y trabajando estaba Felipe II, que levantó la cabeza, miró á Olivares y le dijo:

—Algo habéis conseguido, pues si así no fuese no vendrías.

—Algo, sí, mucho tal vez; pero...

Se interrumpió Olivares, hizo un gesto de disgusto, y añadió:

—No sé.

Volvió á mirarlo el rey.

Los dos quedaron silenciosos.

Quizás así se entendieron mejor que hablando.

Después de algunos momentos dijo el monarca:

—Podéis continuar.

—Señor, ante todo deseo hacer una súplica á vuestra majestad.

—Escucharé.

—Si fuese posible que las cosas se arreglasen de modo que mi conciencia quedase tranquila, me consideraría el más afortunado de los hombres.

—¿Depende de mí?

—Sí, señor.

—Haré cuanto me sea posible y no se oponga á la justicia.

—Señor, no hay nada tan elástico como la justicia, cuyos principios están muchas veces sujetos á las circunstancias.

—Es verdad.

—Me he disfrazado y me instalé en un aposento de lo hostería de maese Bonifacio.

—Debéis haber visto algo de muchísima importancia.

—Al fraile.

—¿Y lo habéis conocido?

—Desgraciadamente.

—Eso es incomprensible.

—Seguro estoy de que vuestra majestad ha de desagradarle también el resultado de mis averiguaciones, pues la situación toma un giro muy extraño y que exige cavilar mucho para no cometer ligerezas que más tarde fuesen causa de penosos arrepentimientos.

—Es muy grave lo que decís.

—Ese fraile es un desdichado, que después de cometer muchas culpas y agobiado y atormentado por su conciencia, buscó refugio en la soledad del claustro con la esperanza de que

Dios le perdone lo que perdonar no puede la justicia humana.

Por un instante arrugó el entrecejo Felipe II.

Tal vez adivinaba; pero guardó silencio.

Olivares añadió:

—Sentiré ser yo la causa, aunque indirecta, de que á ese desdichado se le pongan estorbos en el espinoso camino de su vida, y lo sentiré, siquiera porque al dejarlo vivir se le facilita la salvación del alma.

—Comprendo.

—Una sentencia de muerte se pronunció contra ese hombre.

—¡Una sentencia de muerte!...

—Es de don Pedro de Carvajal.

Ni el más leve gesto hizo el rey.

No manifestó sorpresa, ni disgusto, ni alegría.

Siguió mirando al doctor.

Pasó largo rato.

La existencia de don Pedro de Carvajal dependía de la circunstancia más leve.

El médico esperaba con ansiedad, si bien su exterior revelaba la tranquilidad más perfecta.

Por fin el monarca rompió el silencio para decir:

—Veo que Carvajal ha cambiado mucho.

—Así lo demostró al determinar encerrarse en un convento.

—Es agradecido y procura pagar lo que á Quirós le debe.

—Si no fuese para hacerlo así, creo que de su celda no saldría.

—Eso es lo que falta saber.

—¿Qué otra cosa puede intentar quien voluntariamente se separa del mundo?

—Si hay un deseo de venganza...

—Vuestra majestad habrá de perdonarme si mi opinión es distinta.

—Yo lo perdono todo menos la deslealtad y la traición.

—Si un deseo de venganza impulsase á don Pedro de Carvajal no estaría en Madrid, sino en Flandes, y no se hubiera desprendido de sus riquezas, pues ya no hay duda de que cuanto posea fué á parar á manos de la viuda y de la hija de Vargas. ¿Qué ha de hacer qu? En Alemania tiene anchísimo campo para trabajar y gozar haciendo el mal posible á la causa que vuestra majestad representa.

—Bien discurrís, pero faltan seguridades.

No sería imposible poner en claro la verdad.

—Para eso tendríamos que concederle tam-

bién un plazo y esperar á que termine la lucha que ha entablado Quirós.

—Me parece que nada se perdería.

—¿Y ha profesado ya?

—Lo ignoro—respondió Olivares, á pesar de que había visto que no estaba tonsurada la cabeza de don Pedro; pero sobre este punto podía mentir impunemente.

—Poco habéis fijado la atención en él.

—Mucho; pero ocultaba la cabeza con la capucha.

—Si hubiese profesado, variaría la cuestión en todos sentidos, porque quizás podríamos considerarlo como fuera del mundo, como un cadáver.

—Sí, porque un convento no es más que una sepultura, y esto sin contar con el respeto que se debe al carácter sagrado del sacerdote. Además hay que tener en cuenta los conflictos que produciría el intentar apoderarse de un individuo de la comunidad de San Martín, cuyo superior invocaría sus privilegios y reclamaría el derecho de juzgar libremente al supuesto criminal.

—Siempre habéis sido previsora, buen Olivares; pero ahora lo sois más que nunca.

—Si mis previsiones desagradan á vuestra majestad...

—No, no.

—Me tranquilizo.

—Doctor, no quiero escándalos, y por consiguiente será preciso que nadie más que vos entienda en este asunto.

—Espero las órdenes de vuestra majestad.

—Averiguaréis dos cosas.

—Una es si ha profesado don Pedro.

—La otra consiste en averiguar sus intenciones, en penetrar en su alma, entendedlo bien, y esto es preciso que vos lo hagáis.

—Si vuestra majestad me autoriza para ir al monasterio de San Martín y ver á don Pedro de Carvajal sin que él espere mi visita...

—Estáis autorizado.

—Hoy mismo lo veré.

—No olvidéis que quiero saber la verdad.

—Podré equivocarme; pero mentir...

—Es preciso que no os equivoquéis como os equivocásteis con la dolencia de doña Luz de Guzmán.

—¡Oh! la criatura no es infalible...

—Repito que no habéis de equivocaros—interrumpió Felipe II.

Olivares lo conocía demasiado bien y sabía que hacer nuevas observaciones hubiera sido cometer una torpeza.

No pronunció más palabras que las absolutamente precisas para despedirse.

Salió de la cámara y del alcázar real mientras decía:

—Esta vez no he conseguido adivinar lo que piensa el rey. ¿Está inclinado á dejar en paz á don Pedro? ¿Quiere hacer algo más terrible? Lo mismo puede ser lo uno que lo otro. Por de pronto pondré á cubierto mi responsabilidad, pues el asunto toma un carácter más peligroso cada día.

Olivares no adivinaba lo que se proponía Felipe II. ¿Quién había de adivinarlo?

No debía perder un instante.

Pocas veces se había visto precisado á desempeñar comisión más delicada.

Al monasterio se encaminó.

CAPITULO XXV

DE CÓMO QUERIENDO HACER UN BIEN, HICIERON UN MAL Á DON PEDRO

La primera dificultad que encontró Olivares no la había previsto, y consistió en que por su verdadero nombre nadie conocía en el convento á Carvajal.

El portero se encogió de hombros, y respondió:

—Aquí no se encuentra semejante persona.

—Es un novicio.

—Hay varios.

—Quizás en punto á su nombre me han informado equivocadamente; pero os daré sus señas. Tiene más de treinta años, los ojos azules y rubio el pelo, y su continente es muy distinguido. Hace poco tiempo que vino á esta santa casa.

—Sí, poco más de un mes.

—¿Y cómo se llama?

—Lo ignoro, aunque os parezca mentira.

—¿Que lo ignoráis!...

—Sí.

—De todas maneras necesito verlo.

—A ninguno de los novicios puede verse sin autorización previa del muy reverendo superior.

—Pues al superior veré.

—Entrad, que en su celda lo tenéis, y por allí encontraréis algún lego le dé el aviso.

Olivares subió.

Para dar el aviso le preguntaron su nombre; pero respondió:

—No me conoce su reverencia, y podéis decirle que quiero pedirle licencia para hablar con un novicio.

El superior, aunque nunca había tenido ninguna clase de relaciones con Olivares, lo conocía perfectamente, y al verlo se sorprendió mucho, pues no ignoraba el gran papel que en la corte representaba el célebre médico.

Lo recibió con toda clase de atenciones, y le pregunto lo que deseaba.

—Para un santo de muchísimo interés necesito hablar con un novicio, cuyo nombre he olvidado; pero cuyas señas os daré.

—Cosa extraña es en vos un olvido—respondió el religioso, que no dejaba de ser astuto y que empieza á sospechar que se trataba de alguna intriga muy grave.

—¿Y por qué os sorprende la flaqueza de mi memoria?

—Porque es fama que buena la tenéis.

—¿Me conocéis, reverendo padre?

—Sí, y no quiero negarlo.

—Pues por más que os parezca inverosímil, ignoro cómo se llama el novicio.

—Y sin embargo lo conocéis.

—Y él me conoce.

—¿Venís por orden de su majestad?

—No.

—Os haré una advertencia.

—Decid.

—Nadie, absolutamente nadie puede hablar con ningún novicio sino en presencia mía, porque así lo disponen las reglas de la comunidad, reglas que no pueden quebrantarse. A pesar de que vuestra petición tiene algo de misteriosa, al novicio veréis; pero repito que ha de ser aquí.

—¿Y si el rey dispusiese otra cosa?

—¿Para qué hemos de perder el tiempo en suponer lo que no es posible que suceda?

—¿Que no es posible!...

—No, doctor, porque su majestad es muy amante de la justicia y muy escrupuloso para respetar los derechos de todo el mundo, y no creo que intente nada contrario á los privilegios de la comunidad de San Martín.

—No; pero... en fin, como no pienso acudir

al rey, estoy de acuerdo con vos en que es inútil hacer esta suposición.

—Pues si las señas me dais de ese novicio...

—Ojos azules, rubios cabellos, continente noble y altivo...

—No necesito más.

—Poco tiempo hace que aquí se encuentra.

—Sí.

—En cuanto á lo de hablar en vuestra presencia...

—No puedo concederos lo que he negado á todo el mundo, porque á mí me sucede lo mismo que á su majestad, que soy amante de la justicia, y aun más que amante, esclavo.

—Justa es la fama de rectitud que tenéis.

—Recto debe ser el que aspira á la eterna salvación. Esperad un momento.

Llamó el religioso, diciéndole á un lego que se presentó:

—Llamad al hermano José, ese novicio que últimamente vino al convento.

Con prontitud fué cumplida esta orden.

A los pocos minutos se presentó el novicio llamado José.

No era don Pedro de Carvajal, ni se le parecía, aunque tenía cabellos rubios y los ojos azules.

Entró con aire humilde y se detuvo junto á la puerta.

Olivares lo miró, volvióse al reverendo y le dijo:

—No es este.

—¿Que no es!...

—Ni se le parece siquiera.

—Pues no hay otro que tenga los ojos azules?

—Sí—replicó enérgicamente el médico.

—He dicho que no.

—Reverendo padre...

—Aquí tenéis al único novicio que entró en esta santa casa hace poco más de un mes, pues los otros están muy cerca del día de su profesión, y sobre todo ninguno más que éste tiene los ojos azules y rubios los cabellos.

—Al que busco lo he visto y me consta que aquí está.

—Pues cuando yo, colocado en este sitio, aseguro una cosa, es preciso creerla. Y no hablemos más de este asunto, doctor. Vuestra memoria es flaca según habéis dicho antes, y no es ese el único error en que habéis incurrido. Puesto que buscáis á quien no se encuentra en esta santa mansión, ha terminado el asunto.

—Con tanta aspereza me tratáis...

—No es aspereza.

—Parece que...

—Si os parece que conozco mis derechos, no os equivocáis. Poned en duda mis palabras ó haced lo que bien os parezca, y si creéis que cometo un abuso, acudid á la autoridad que cuentas puede pedirme; pero tened entendido que esa autoridad no es la del rey.

Era inútil continuar aquella conversación.

No le quedó duda á Olivares de que el religioso conocía los antecedentes de don Pedro de Carvajal, y estaba decidido á protegerlo.

La protección de un fraile, y particularmente la del superior de San Martín, tenía muchísima importancia.

Despidióse Olivares y salió del convento.

—Mal giro toma este negocio—dijo—, y temo que por hacerle bien á don Pedro le haga mucho mal, pues Dios sabe lo que es capaz de hacer Felipe II si llega á creer que el superior de San Martín ha orendido su autoridad.

A palacio volvió.

Entró en la cámara real.

—Muy pronto venís—le dijo el monarca.

—Y disgustado, preocupado y temeroso de graves complicaciones.

—¡Complicaciones cuando se trata de un vasallo, de un criminal que no tiene ninguna clase de derechos!

—A ese criminal no lo he visto, y en esto consiste las complicaciones.

—Explicaos.

—Fuí al convento y me encontré con que á Carvajal no se le conoce allí por su nombre; pero cuando las señas, me respondió el portero que el tal novicio se encontraba allí desde hace un mes ó poco más.

—El nombre no tiene importancia.

—Me advirtieron también que á los novicios no se les podía ver sino con licencia del superior.

—Habéis debido pedirle licencia.

—Así lo hice.

—¿Y se os ha negado?

—No; pero el reverendo superior me dijo que solo en su presencia estaba permitido que las personas extrañas hablasen con los novicios.

—¿Os conoce ese religioso?

—Me conoció sin que yo le dijese quién era.

—¿Aceptásteis la condición que os impuso?

—La acepté, di las señas de don Pedro y se

presentó un novicio que, aunque rubio y con los ojos azules, no se le parece. Le dije al superior que aquél no era; me respondió que otro no había con ojos azules; le repliqué, y entonces se revistió de toda su autoridad, y aunque muy cortésmente, me despidió.

Algo se alteró el rostro del monarca.

—Continuad—dijo.

—Añadió el reverendo padre, que si yo me creía con derecho á exigirle otra cosa, que acudiese en queja á una autoridad superior á la suya; pero que esa autoridad no era la del rey.

—¡Oh!...

—Habló de sus derechos, de los privilegios de la comunidad...

—¡Sus derechos!...

—Los señoriales.

—En esta tierra no hay más señor que el rey, no hay ninguna autoridad que no esté sometida á la del monarca. ¡Sus derechos!... ¿Y de ellos hace uso para proteger criminales?

—Señor...

—No necesito más explicaciones.

Olivares guardó silencio.

El rey llamó, y le dijo á su gentilhombre:

—Que busquen á don Diego de Pantoja y que venga inmediatamente.

No se había equivocado el médico: Felipe II era capaz de todo para sostener los fueros de su autoridad.

Como si allí no estuviese Olivares, el rey se puso á examinar unos papeles que sobre la mesa tenía.

Media hora pasó.

Hubiérase dicho que el doctor se había petrificado.

Por fin se presentó don Diego de Pantoja, que apenas podía respirar, porque había ido corriendo.

—Acercaos y escuchadme—le dijo el rey.

—Señor...

—Sin que nadie se aperciba, con el mayor disimulo, colocaréis gente de vuestra confianza alrededor del monasterio de San Martín, y allí estarán con la atención fija en cuantos religiosos profesos ó novicios salgan ó entren.

—Entiendo.

—Si ven á alguno que tiene los ojos azules y rubia la barba, se apoderarán de él sin ninguna consideración, y aunque toda la comunidad se presente queriendo hacer valer sus privilegios. Más aún; si á la violencia acudiesen para evitar

que mis órdenes se cumplan, con la violencia y en nombre del rey rechazará vuestra gente la agresión.

—Grave es el caso.

—Y más grave os parecerá cuando sepáis que ese novicio de los azules ojos es don Pedro de Carvajal.

—¡Misericordia divina!

—¿Tembláis?

—Señor, lá sorpresa...

—Don Diego, me responderéis del cumplimiento de esta orden.

—Nunca olvidé mis deberes.

—Podrá suceder que algún traidor os engañase.

—En ese caso...

—A nadie más que á vos he de exlgir la responsabilidad.

—Pero...

—Mirad lo que hacéis, porque es mucho lo que podéis perder

Palidez cadavérica cubrió el rostro del alcalde.

Frío sudor corrió por su frente.

Sentíase poseído de terror.

Si cometía una torpeza, si sus dependientes lo engañaban, era seguro que el infeliz, á pesar de todos sus servicios, de toda su honradez y de toda su lealtad, terminaría su existencia en una prisión de Estado.

¡Infeliz!

Siempre le tocaba la peor parte en aquellas intrigas.

—Yo mismo vigilaré—dijo.

—Haced lo que mejor os parezca, pues vos sois el único responsable.

—¿Y esperaré nuevas órdenes?

—Pronto las daré.

—Señor, á Dios le pido...

—No perdáis un instante, don Diego.

Temblando se fué el desdichado alcalde.

Entonces le dijo Felipe II al doctor:

—Ya habéis oído.

—Sí, señor.

—Preciso es que el reverendo superior de San Martín se convenza de que los privilegios que le concedió la autoridad real puede anularlos el rey.

—Y don Pedro de Carvajal...

—No es mta la culpa, sino de las circunstancias. Quieren protegerlo y lo han perdido. Es un reo de Estado, ha cometido un crimen de alta traición, á muerte lo han sentenciado y nada

puedo hacer para que se salve, pues yo tengo más obligación que nadie de respetar la justicia.

—Si algo más he de hacer ahora...

—Ocupaos de mi hijo y de Maldonado.

Mientras estas escenas tenían lugar, el superior de San Martín hablaba con don Pedro y le decía:

—Lo que yo prometo, lo cumplo, y con tanta más exactitud cuando me dice mi conciencia que favorezco la justicia, que hago un beneficio ó que contribuyo á la salvación de un alma.

—¿Y por qué me decís eso?

—No saldréis del convento á ninguna hora ni por ningún motivo; entendedlo bien, por ninguno.

—¿Puede saberse en qué se funda esa prohibición?

—Estáis descubierto.

Se contrajo la frente de Carvajal.

Quedó inmóvil y mudo.

El religioso añadió:

—Ha venido á buscaros el doctor Olivares.

—¡Ah!—exclamó al fin don Pedro.

—He negado terminantemente que aquí os encontráseis, y cuando ha intentado contradecirme, le he recordado los privilegios de la comunidad, haciéndole entender que mi autoridad es independiente de la del rey.

—¡Eso habéis hecho!...

—¿Qué os sorprende?

—No conocéis á Felipe II.

—Más que vos.

—Ahora mi perdición es segura.

—¿Creéis que Olivares había de mentir para protegeros?...

—No lo sé; pero si habéis herido la autoridad del rey...

—Tranquilizáos.

—La muerte no me espanta.

—Ya lo sé; pero quiero que os salvéis.

—Si el monarca se empeña...

—Aún no sabéis lo que es una comunidad de frailes. He hablado de mis derechos, de los privilegios que se nos tienen concedidos; pero no cometeré la torpeza de ponerme en abierta lucha con el rey.

—Entonces...

—Tened por seguro que á estas horas vigilan en los alrededores del monasterio.

—No lo dudo.

—Si os encuentran, iréis á un calabozo, de donde no podríais salir, como salísteis de vues-

tra casa, porque esas cosas no se hacen más que una vez.

—Invadirán esta santa mansión.

—Temo que suceda así.

—Pues en ese caso...

—No os encontrarán.

—Reverendo padre...

—Dejadme, que bien sé lo que ha de hacerse. No salgáis y esperad los sucesos con tranquilidad.

Aunque así no se lo mandase el superior, otra cosa no le era posible hacer á don Pedro.

No condeguiría, por de pronto, apoderarse de él don Diego de Pantoja; pero tampoco el rey dejaría que muchas horas pasasen para adoptar muchas determinaciones.

Ya no se trataba del castigo de un criminal, pues para el monarca la cuestión era puramente de su dignidad, de su autoridad.

Como para don Pedro no tenía la existencia ningún atractivo, no temblaba, si bien le desagradaba mucho morir á manos del verdugo.

El alcalde hizo que se esparciesen algunos corchetes alrededor del monasterio de San Martín, y él mismo vagó por allí para que todos cumpliesen su deber.

La situación se complicaba más y más.

Las desgracias que sufría don Pedro serían desgracias también para el señor Antonio de Quirós.

¿Y qué peligros amenazaban á Leandro y al señor Felipe?

No lo sabemos.

Dejaremos á la comunidad de San Martín, y otra vez buscaremos al doctor para saber lo que conseguía con su astucia.

CAPITULO XXVI

DE LA NOBLE RESOLUCIÓN DEL SEÑOR ANTONIO Y DE SUS AMIGOS

Lo que acababa de suceder fué suficiente para que el doctor Olivares se convenciese más y más de que no le convenía guardar ninguna clase de consideraciones, pues en aquella situación era muy fácil que se comprometiese.

Decidió, pues, hacer cuanto le fuese posible para cumplir las órdenes del monarca y con este propósito llegó á la vivienda de Consuelo y Antón.

Subió, llamó, y apenas abrió un criado, entró diciendo:

—Buenos días... Ya sé que no hay novedad... ¿Están por aquí?

Y así hablando, avanzó por un pasillo hacia donde creía que debían estar Leandro y el señor Felipe. El sirviente se sintió aturdido.

No conocía al doctor; pero debía creer que autorizado estaba para hacer lo que hacía.

Sin embargo, quiso detenerlo, y le dijo:

—Esperad, caballero, esperad... ¿A quién buscáis?... Si es á mi señor...

—No puede ser a otra persona—interrumpió el médico en tanto que avanzaba.

Pero como el sirviente no consideró bastante aquella respuesta y nuevamente interpelló casi gritando, sucedió que sus voces fueron oídas y así los otros pudieron prevenirse.

No contaba con esto Olivares.

El honrado Antón se dejó ver, preguntando:

—¿Qué sucede?

Y luego exclamó:

—¡Tripas de Satanás!... ¿Quién había de creer que nos honráseis con vuestra visita?... Perdonad, doctor... ¡Mil rayos! Venid que aquí tenéis á Consuelo.

El criado se alejó.

Con palabras muy agradables respondió el médico al saludo del veterano.

Entraron en un aposento donde se encontraba la hija de don Juan.

Era indudable que se habían ocultado las personas que se encontraban antes allí.

Mientras saludaba á la joven, fijó Olivares una mirada escudriñadora en direcciones distintas.

Consuelo, que no sabía mentir, estaba turbada.

¿Cómo dar principio á la conversación?

¿Cómo justificar la visita?

Los inconvenientes que esto presentaba no fueron bastantes para detener al doctor.

Con la tranquilidad que lo caracterizaba, y después de mirar al veterano y á la hija de don Juan, dijo.

—No os alegréis, porque es muy desagradable el objeto de mi visita.

Consuelo se estremeció.

Se contrajo la frente del veterano.

El médico, siempre con la misma calma, añadió:

—Y dadle á Dios gracias porque esta visita os hago, es decir, que tenéis motivos para alegraros y para sufrir, porque á la desgracia viene unida la fortuna.

—No entiendo—dijo Antón.

—Supongo que no ignoráis que algunos consejos he dado al señor Antonio, así como también se los di á Leandro para su bien.

—Sí, lo sabemos.

—Vuestra situación no la conocéis.

—Doctor—replicó el veterano—, no se nos oculta que son muchos y muy grandes los peligros que nos amenazan.

—Si los conociéseis podríais defenderos.

Las palabras del doctor eran poco menos que enigmas; y como para que más y más se aturdiessen Consuelo y su protector, prosiguió diciendo:

—Me explicaré con claridad; pero no puedo hacerlo si nadie más que vosotros me escucha. Decidle á Leandro que venga, y no estará de más que haga lo mismo el señor Felipe de Maldonado. En cuanto á Quirós, me alegraría que también se encontrase aquí; pero si no, hablaré con doña Luz.

Palideció Consuelo.

No sabía qué responder.

El veterano se movió como si la silla estuviera erizada de alfileres.

Miraba á todos lados, menos al médico.

Cambiaba de postura y cavilaba; pero cada momento se sentía más aturdido.

—¿No me habéis entendido?—preguntó Olivares después de algunos momentos.

—Sí—respondió la joven.

—¡Truenos y rayos!... Habláis de personas que ni siquiera en Madrid están, y, por consiguiente... ¡Fuego de Lucifer!... Ya sabéis que Dios no me dado más que corazón.

—He venido en la inteligencia de que aquí estaban Leandro y el señor Felipe; pero si me equivoqué, figuráos que nada he dicho. Os deseo felicidades, y otra visita os haré cuando me lo permitan mis ocupaciones.

Al pronunciar estas palabras desplegó Olivares una leve sonrisa.

En pie se puso.

—¿Os vais?—le preguntó Consuelo con tono de extrañeza.

—Si no me necesitáis...

—Necesitamos las explicaciones que habéis ofrecido.

—Pero si Leandro no está ni Maldonado tampoco, las explicaciones no tienen objeto, y los peligros de que hablé quedan desvanecidos. Si hubiera cometido la locura de quebrantar el des-

tiempo, la cuestión variaría, y mis advertencias podrían ser muy útiles; pero afortunadamente me equivoqué, y lo único que puedo deciros, es que roguéis á Dios por don Pedro de Carvajal, pues ya se sabe que como novicio se encuentra en el monasterio de San Martín.

—¡Rayos!—gritó Cañamero, de cuyos ojos se escaparon centellas.

—¿Qué os sucede?

—¡Que el infierno me trague!

—Comprendo que os disguste la desgracia de don Pedro; pero como al fin no es vuestro amigo...

—Doctor, la paciencia me apuráis.

—Os he dicho lo que sucede.

—Pero el señor Antonio...

—Creo que por ahora nada tiene que temer.

—Y Leandro...

—Tranquilo debe de estar mientras no salga de Guadalajara.

—Pero si saliese...

—Entonces hablaríamos.

No podía el veterano sostener aquella conversación.

Consuelo dudaba.

¿Se les tendía un lazo?

Todo era posible.

Dispúsose á salir el doctor; pero se abrió una puerta y se presentó el hijo de doña Juana.

No hay que decir que había escuchado.

Dejándose arrebatado por un impulso noble y con la audacia de que había dado tantas pruebas, decidió jugar el todo por el todo.

—Que Dios os guarde—le dijo sencillamente el médico.

—Aquí me tenéis—respondió el mancebo.—No quiero ocultarme, porque no he cometido ningún crimen.

—Crimen no; pero sí una falta, una locura, cuyas consecuencias pueden ser muy graves. ¿Os hartáis la ilusión de que el rey no sabía que estáis en Madrid? No me sorprende, porque sois muy joven y tenéis poca experiencia; pero el señor Antonio...

—Perdonad.

—¿Qué queréis?

—Habéis hablado de peligros.

—Hace algunas horas no lo sabía; pero el enojo de su majestad es como el combustible de una hoguera, y basta una chispa para que se encienda todo. Lo que piensa, lo que proyecta Felipe II nadie lo sabe, ni yo he podido adivinarlo.

Habéis visto que á Quirós ha dejado en paz, lo cual es incomprensible. De vos tampoco se ha ocupado; pero desde que tiene las pruebas de que don Pedro de Carvajal se encuentra en Madrid, la situación ha cambiado completamente. Para evitaros desgracias muy horribles, he tenido que hacer lo que ha podido costarme muy caro, y por quien soy os juro que me he salvado milagrosamente. A pesar de esto, ya que he principiado, quiero concluir; pero no esperéis de mí más de lo que estoy haciendo, pues al salir de esta casa piensa é que mi vida es antes que todo, y por más que me disguste me desentenderé de vuestra suerte y me concretaré á deplorar vuestras desdichas.

—Habláis con un tono, con una frialdad...

—Con la calma que requiere la misma gravedad del asunto.

—Me parece, doctor, que debírais principiar por darnos explicaciones de lo que pasa, pues de otro modo será imposible que apreciemos la situación.

—He dicho cuanto sé, cuanto sucede.

—Habéis venido...

—Para haceros una pregunta.

—Decid.

—¿Me prometéis salir ahora mismo de la corte y volver á Guadalajara?

—¡Doctor!

—Si así lo hacéis, me atreveré á mentir, y sostendré en presencia del rey que á Madrid no habéis venido. En cuanto al señor Felipe, le haré la misma pregunta. Responded terminantemente.

—¿Pero qué clase de peligro me amenaza?

—Todos.

—Si es que el rey...

—Señor Leandro, tenéis la desgracia de entregaros á ilusiones con mucha facilidad.

—¿Habéis creído que por ser quien sois ha de detenerse Felipe II?... No lo conocéis.

—Lo conozco; pero...

—Responded.

—No puedo adoptar con ligereza tan grave determinación.

—Ya habéis ayudado al señor Antonio.

—He cumplido mi deber.

—¿Tenéis algo más que hacer en la corte?... Me parece que no.

—Os equivocáis.

—Pues quedaos, y que Dios os proteja.

—Doctor—dijo arrebatadamente el mancebo—, quiero explicaciones.

—¿He de deciros lo que ignoro?

—¿Qué ha determinado el rey?

—No he conseguido adivinarlo.

—¿Y habéis venido para cumplir sus órdenes?

—Si aquí estuviese Quirós, no me haría esa pregunta.

—Lo reconozco—dijo Leandro—, acabo de cometer una torpeza; pero en estos momentos de trastorno, y cuando se me presenta el porvenir tan obscuro...

—Sentaos—interrumpió Olivares.—Conviene que hablemos con calma. Supongo que lo mismo que vos escuchábais antes, ahora me escucha el señor Felipe de Maldonado.

—El disímulo es inútil.

—Completamente, puesto que no ignoro quién ayudó anoche al buen Quirós. El golpe fué terrible, y don Fadrique está desesperado.

—Doctor, cualquiera que sea la intención que os guía, obedezcáis ó no las órdenes de su majestad, quiero proceder con vos noblemente, porque os debo mucho. El señor Felipe os debe la existencia y la salvación de la mujer á quien ama, y también á doña Luz habéis hecho más de un beneficio. Nos perderemos; pero nuestra conciencia estará tranquila.

—Tenéis un alma muy noble.

—Bajo mi responsabilidad adoptaré una resolución.

—Acabaréis por obligarme á ir más allá de donde debo y me permiten mis conveniencias. No solamente vuestro porvenir, sino también el mío se juega quizás en estos momentos; pero en último caso, si yo me pierdo también, tendré la satisfacción de haber hecho algo en favor de vuestra pobre madre, cuya suerte me interesa más que la de todos vosotros, porque es mucho más desgraciada, porque ha sufrido lo que ni siquiera podéis concebir.

—¡Madre de mi alma!—murmuró el mancebo con voz que revelaba su dolorosa emoción.

Los ojos de Consuelo humedecieronse, dejando escapar dos lágrimas.

—¡Mil rayos!—exclamó Antón.—Pues si así continuáis... ¡fuego de Satanás!... ¿Por qué no hemos de acabar de una vez este negocio con cuatro cuchilladas?

Otra vez se abrió la puerta, entrando el señor Felipe, que se acercó á Olivares, y en vez de sa-

ludarlo más ó menos cortesmente, le cogió la diestra, se la estrechó y la besó con tanto respeto como cariño.

—Algo es algo—murmuró el médico como si hablase para sí.—He aquí unos momentos que tienen mucho valor... soy un esclavo y no puedo dejarme llevar de los impulsos de mi corazón... verdad es que dicen que corazón no tengo.

Se interrumpió Olivares, desplegó una sonrisa tan irónica como amarga, se encogió de hombros y luego dijo:

—Perdemos el tiempo lastimosamente... dejad para otra ocasión estas expansiones de ternura, que por muy agradables que sean, no han de sacarnos del apuro en que nos vemos.

Otra vez fué la conversación interrumpida, porque se presentaron doña Luz y el señor Antonio.

Por algunos minutos la conversación no tuvo importancia, pues las frases que cruzaron no fueron más que saludos y demostraciones de cariño ó de gratitud.

Volvió á recordar Olivares lo que convenía recobrar la calma y ocuparse detenidamente de la situación.

No pensaba decir la verdad con toda exactitud; pero sí que por orden del rey había ido al Monasterio de San Martín, dando luego á conocer la última determinación del monarca.

La perdición de don Pedro parecía inevitable.

Leandro y Antón se dejaron arrebatar por la cólera, y poniéndose en pie, dijo el primero con voz reconvertida:

—Que me sigan los que quieran cumplir con sus deberes.

—Yo—respondió el veterano sin vacilar.

—¿Y adónde vais?

—Al convento de San Martín.

—¿Para qué?

—Acuchillaremos á los corchetes, sacaremos á Carvajal, y aprovechando los momentos de confusión, podrá alejarse y ocultarse en otro sitio. Por de pronto se habrá salvado, y...

—La razón perdéis—interrumpió el médico.

—¿Hemos de dejarlo perecer?

—Haréis cuanto vuestra situación os permita; sacrificaréis vuestra existencia; pero por salvar á ese desdichado no habéis de dejar que se pierda doña Luz. Aún no habéis comprendido la situación, aún...

—¡Vive el cielo!

—Siempre las ilusiones... ¿Creéis que el mo-

narca ignora dónde se encuentra doña Luz de Guzmán?

—¡Dios mío!...

—¿Creéis que le faltan recursos para hacer mal á la pobre Consuelo?

—¡Oh!...

—Por acometer una empresa que es un delirio, por salvar á uno, que en último caso sufre lo que merece, porque ha cometido graves crímenes, os perderéis todos, y los más inocentes pagarán las culpas de don Pedro de Carvajal.

Leandro inclinó tristemente la cabeza.

El señor Antonio permaneció inmóvil y mudo.

—¿Qué opináis?—le preguntó el médico.

—Os lo diré cuando hayáis concluido.

—Nada más tengo que decir, como no sea manifestar mi opinión, que dudosa no es, y debéis adivinarla.

—Os daré á conocer la mía.

—Os escuchamos.

—La lucha ha llegado á su término, y es preciso hacer el último esfuerzo, descargar el último golpe.

—No os equivocáis.

—Declarar la guerra al rey, sería una locura.

—Sí.

—¿Qué debemos hacer? Mirando la cuestión bajo el punto de vista de nuestra conveniencia, no nos queda más que un recurso: salir de la corte por distintos lados y volver cada cual al punto que se le designó como destierro. Luego dejaríamos pasar algunos días, y cuando satisfecho estuviera el rey, sigilosamente irían á buscarnos estas dos infelices, huyendo todos y saliendo de España para aguardar que las circunstancias nos fuesen favorables.

—Así os salvaríais todos.

—Pero hay de por medio una cuestión de dignidad y de conciencia.

—Supongo—dijo Olivares—que os referís á don Pedro de Carvajal.

—Si lo abandonásemos en estos instantes supremos, seríamos las criaturas más miserables, seríamos indignos de la dicha á que aspiramos.

—¿Acaso podéis hacer algo en su favor?

—No lo sé, porque las circunstancias han de decidir; pero en último caso podremos morir, y así cumpliremos nuestro deber.

—Cuando un sacrificio ha de ser estéril...

—Doctor, cuando es preciso cumplir un deber, se cumple sin vacilar y sin mirar los resultados. ¿Por qué se encuentra comprometido don Pedro?



Precisamente por habernos ayudado. Si nos hubiera vuelto la espalda tranquilo estaría en su celda, y ni el mundo ni el rey pensarían en él.

—Es verdad; pero...

—Si la vida arriesgó, y aún más que la vida para ayudarme, todo, absolutamente todo debo arriesgarlo por él. Espero que Dios nos favorezca, pues la causa de la justicia defendemos. Y no habléis de los grandes crímenes de Carvajal, porque no fué por esos crímenes por lo que se le condenó a morir.

—Todo eso está muy bien, mi amigo Quirós; pero falta saber lo que hacéis al colocaros en el terreno de la práctica. Queréis sacrificarlo todo para salvar a don Pedro. ¿Y cómo lo intentaréis? ¿Hareis lo que ha propuesto el señor Leandro? ¿Saldréis a la calle y en medio del día y en presencia de todo el mundo emprenderéis a cuchilladas con los agentes de la justicia? Si os parece que eso practicable, si no lo consideráis como un verdadero delirio, hacedlo.

—Lo haré; pero no de esa manera.

—Entonces...

—Bien sé que colocado el rey en la pendiente resbaladiza de los abusos, ira hasta el fin, y mientras dispone que el convento sea invadido, porque lo dispondrá, a esta casa vendrá también la justicia para apoderarse, no solamente de doña Luz sino de nosotros. En paz me ha dejado hasta hoy, no adivino por qué; pero la situación ha cambiado desde el momento en que torpe ó soberbiamente el superior de San Martín ha herido a Felipe II.

—Vos sí apreciáis la situación.

—Me perderé; pero no será por haberme entregado a ilusiones.

—Pues si la situación apreciáis con exactitud, si los peligros no se ocultan y meditáis con calma, preciso será dejaros, cualquiera que sea vuestra resolución.

—No retrocederé.

—Lo siento.

—Me alejaré de la corte con la mujer a quien amo, pero será después de haber cumplido mis deberes. En cuanto a lo que he de hacer, depende de las circunstancias, y por consiguiente, en estos momentos no puedo trazar detalladamente ningún plan.

—Entiendo.

Probablemente los sucesos nos cogerán desprevenidos.

—Casi es seguro que suceda así, pues por

mucho que os apresureis para adoptar precauciones, no os dará el rey tiempo para ponerlas en práctica.

—Tendré paciencia.

—Me parece que ha terminado esta conversación.

—Una sola cosa os diré, por si acaso dudais de que aprecio con toda exactitud la situación.

—No lo he dudado.

—Habeis venido por orden de su majestad para saber positivamente si en Madrid se encuentran mis amigos, y como teneis que cumplir forzosamente vuestro deber, como vuestra posición es muy delicada, hareis lo que haría cualquiera en vuestro lugar, y yo no me quejaré, no os acusaré, no cometeré la locura de exigir de vos otra cosa, porque sé que no habeis de abusar de lo que os hemos dicho, sino que os concretareis a dar la noticia de que en Madrid se encuentran el señor Leandro y el señor Felipe.

—No es poco.

—Es mucho, pues al venir a la corte han desobedecido las órdenes de su majestad.

—Puesto que todo eso adivinais...

—¿Me equivoco?

—No.

—Os agradezco la franqueza.

—Este es el último servicio que puedo prestaros.

—Que Dios nos ayude.

—Os recordaré que vivo está el miserable Antolín.

—Supongo que me espía.

—No lo dudeis.

—Algo intentará, y entonces sufrirá el castigo que merece.

En realidad la conversación había terminado.

Las dos mujeres guardaban silencio.

¿Qué habían de decir?

Olivares, cuya calma no se había alterado ni un solo momento, se despidió y salió.

Volvió inmediatamente a palacio.

El rey lo esperaba y le preguntó:

—¿Qué habeis conseguido?

—Saber la verdad.

—Supongo que es desagradable.

—Sí, señor.

—Es decir, que mi hijo...

—Ha creído que cumplía un deber, acudiendo en socorro del hombre a quien debe tanto.

—¿Y el deber de obedecerme?

—Señor, tiene pocos años y su juicio...

—Sí, le falta experiencia.

—Perdón merece, porque al fin...

—Lo perdonaré; pero también castigaré su desobediencia.

—Ha sufrido tanto el infeliz, tan desgraciado ha sido...

—No lo olvido, doctor.

—Si mis súplicas...

—Haré justicia—interrumpió el monarca.

—Olivares inclinó la cabeza.

—¿Y doña Luz?—preguntó el rey después de algunos momentos.

—Bajo el amparo de Antón y en compañía de la hija de don Juan.

—Que la busque don Fadrique, y si la encuentra, bajo su autoridad quedará otra vez; pero yo no he de ayudarle.

—Una duda me ocurre, señor.

—¿En qué consiste?

—Al proceder contra el señor Antonio de Quirós, se favorecerá más ó menos directamente á don Fadrique, y como vuestra majestad quiere dejarlos que luchen, concretándose á ser mero espectador...

—No, no ayudaré á don Fadrique al proceder contra Quirós, pues la situación será la misma para el tío mientras no encuentre á su sobrina.

—Creo que en todas sus partes he cumplido las órdenes de vuestra majestad.

—Y á satisfacción mía.

—Me felicito, señor.

—Podéis descansar, pues ya no es menester que os ocupéis de este asunto.

Hacer nuevas súplicas hubiera sido manifestar un interés sospechoso.

Olivares volvió á su aposento para meditar.

El rey se entregó también á reflexiones que muy desagradables eran y que debían producir los más tristes resultados para nuestros amigos. ¿Qué determinaría?

Nada bueno.

Conocemos ya su sistema para hacer justicia.

También aquel día fué fecundo en sucesos de mucha importancia.

Otros debían tener lugar, complicando la situación.

Antes de decir lo que hicieron el señor Antonio y sus amigos tenemos que ocuparnos del señor Antolín.

Lo dejamos trazando planes para descargar el más terrible golpe contra el señor Antonio, y á

la posada volveremos y sabremos cómo puso al fin en práctica su resolución.

Luego iremos en busca de don Fadrique, que también cavilaba sin cesar y sufría lo que apenas puede comprenderse.

CAPITULO XXVII

LA ALIANZA

El sol descendía y á su ocaso tocaba.

Sus últimos rayos penetraban en la habitación del asesino.

El semblante de éste revelaba la satisfacción más completa.

Después de haber meditado mucho tenía la seguridad de que haría sufrir horriblemente al señor Antonio, y que tal vez comprometería á Leandro y al señor Felipe.

Calculaba con mucho acierto, pues si la justicia intentaba apoderarse de doña Luz, era seguro que el señor Antonio la defendiese por todos los medios, sin excluir el de las violencias, y Leandro, el señor Felipe y Antón le ayudarían, comprometiéndose así todos muy gravemente.

Después le sería más fácil al criminal hacer lo que deseaba y tenía proyectado para satisfacer su impura pasión.

Todo lo había previsto; no se le ocultaban los inconvenientes ni los peligros; pero también apreciaba las ventajas, que debían ser de gran consideración.

—Manos á la obra—dijo.

En pie se puso.

Se pasó las manos por la frente.

Desplegó un sonrisa de alegría diabólica.

Se acercó á la ventana.

—Aún es muy temprano—dijo—, y no quiero cometer una imprudencia más, pues ahora debo ser más cauto que nunca.

Llamó al posadero, entablado con él conversación sobre los últimos sucesos, y así esperó á que el astro del día acabara de ocultarse.

Cuando ya no había más luz que el resplandor crepuscular, el señor Antolín tomó su capa y su sombrero, se embozó recatando el semblante, y le dijo al huésped:

—Me esperaréis á todas horas y á ninguna, porque ignoro el giro que tomará este endiablado asunto.

—Mucho cuidado, señor Antolín, porque el

diablo está siempre dispuesto para enredar y divertirse á costa de las pobres criaturas.

—Olvidáis que Satanás es mi mejor amigo.

—Sin embargo, puede suceder que al fin de la jornada tropecéis, y si á caer llegáis en esta ocasión, no podréis levantaros.

—Prudente seré.

—Por mi parte considero terminado ya el negocio, pues me parece que el señor Antonio de Quirós no ha de venir para regalarme más escudos.

—Y es posible que no venga ni aun para llevarse su caballo.

—Si la justicia se lo lleva, lo mismo será para mí.

—Probablemente se quedará en vuestra casa, y así hareis un buen negocio.

—Dios os escuche.

—El golpe que voy á dar ha de contribuir para ese resultado.

—Os deseo fortuna.

—Hasta después ó hasta mañana.

—Que os acompañe Dios.

—O Satanás.

—De la posada salió el asesino.

Una y otra calle atravesó sin apresurarse.

Veinte minutos después llegó á la cuesta de Santo Domingo.

Se desvanecían los últimos resplandores del crepúsculo.

Entró el criminal en la que había sido vivienda de doña Luz y le dijo al portero:

—Para un asunto de interés necesito hablar con don Fadrique.

—Dudo que os reciba.

—¿Está enfermo?

—Creo que sí.

—El grave disgusto que ha sufrido puede alterar su salud; pero á pesar de que no estará de humor de recibir visitas, es de tal naturaleza el asunto que me trae, que no me iré sin verlo.

—Subid y los criados os contestarán.

Así lo hizo el señor Antolín; pero la respuesta fué negativa.

Entonces apeló al último recurso y dijo:

—Advertid á vuestro noble señor que quiero hablarle de su desgracia y darle noticias de mucho interés.

Estas palabras produjeron el efecto que era consiguiente, y recibido fué el criminal.

De pies á cabeza lo miró el caballero y no se le ocultó que aquel desconocido era uno de los

muchos bribones que había en Madrid y que vivían con el crimen.

—¿Qué quereis?—le preguntó con la altivez del grande que trata al pequeño.

Sabemos ya que el señor Antolín no se consideraba ofendido por tales desdenes.

Una dulce sonrisa desplegó; acercóse más al caballero, y respondió dulcemente:

—Deben haberos dicho que deseaba hablaros de vuestra desgracia y daros noticias de interés, y por consiguiente os conviene escucharme y olvidar por algunos minutos la distancia que hay entre nosotros, pues de este asunto hemos de tratar como si fuésemos los mejores amigos de mundo.

—No os conozco.

—Me conoceréis.

—¿Quién sois?

—Un desdichado que vive como puede y que no tiene la conciencia limpia. Entre nosotros hay la diferencia de que vos sois rico y yo pobre; á vos os considera el mundo como á un hombre honrado, y á mí me persigue como á un criminal; pero nuestros intereses son los mismos, y vos no podéis ganar sin que yo gane, no podéis triunfar sin que yo triunfe.

Una mirada de extrañeza fijó don Fadrique en el asesino.

Este añadió:

—No vengo á ofreceros mis servicios para que me recompenséis con un puñado de oro, sino á proponeros una alianza para que los dos triunfemos en vez de sufrir la derrota que nos espera si luchamos separadamente. La unión multiplica las fuerzas hasta donde no es posible calcular, y dos hombres como nosotros, astutos, y que no nos detenemos ante escrúpulos de ninguna clase, pueden hacer mucho, muchísimo.

Se contrajo la frente del caballero.

Una tercera sonrisa desplegó el señor Antolín y dijo:

—Os desagrada este exordio... no me sorprende vuestro disgusto; pero la seguridad tengo de que ha de convertirse en alegría. Ahora me miráis con desprecio, quizás con repugnancia; pero muy pronto habéis de considerarme vuestro mejor amigo.

—No acabo de entenderos.

—Si conocéis sucesos ruidosos que hace unos cuantos meses tuvieron lugar en Madrid y en los que representó el principal papel don Juan

de Guevara, que hoy llora sus desdichas en el alcázar de Segovia...

—Sí, conozco esos sucesos.

—¿Con detalles?

—Todos me los han referido.

—Entonces sabréis que el miserable que servía á don Juan...

—Se enamoró de su hija.

—Veo que estáis bien enterado de todo.

—Os he dicho que sí.

—¿Recordáis el nombre del desdichado que se enamoró de Consuelo y que no pudo satisfacer su pasión porque en el asunto tomó parte el señor Antonio de Quirós?

—Si mal no recuerdo se llama Antolín.

—A un calabozo fué, lo sentenciaron á muerte y se salvó por casualidad.

—¿Y qué me importa ese hombre?

—Mucho, puesto que con toda su alma odia al hidalgo.

—Su odio...

—Puede seros muy útil.

—No he pensado vengarme, y me concretaré á pedir justicia para que á Quirós se le castigue.

—¿Y os olvidaréis de vuestra sobrina?

—¿Y qué os importa lo que pienso hacer?

—Don Fadrique, el desdichado que ayudó á don Juan de Guevara, soy yo.

—¡Vos!...

—Y puedo averiguar dónde se oculta doña Luz, y como esto os interesa mucho y yo no he renunciado á satisfacer mi pasión, resultará que de muy buena gana me ayudaréis para pagar mi ayuda, lo cual no es ni más ni menos que una alianza, según antes os indiqué.

Lo que sintió don Fadrique no tiene explicación.

Le ofrecían decirle dónde se encontraba doña Luz.

¿Qué más podía desear?

Y aquél miserable no exigía por tan gran servicio otra recompensa que la de un auxilio que don Fadrique podría prestar hasta el punto que le conviniese, pues como su conciencia no era muy escrupulosa, cumplirla sus compromisos ó haría lo que le pareciese mejor.

Repentinamente cambió la expresión de su semblante.

Ya no miró con desdén ni repugnancia al asesino.

—Acercaos y sentaos—le dijo.

—Gracias, caballero.

—Lo que acabáis de decir...

—Tiene mucha importancia, ya lo sé.

—Aseguráis que medios tenéis para averiguar dónde se encuentra mi sobrina.

—Don Fadrique, entre amigos como nosotros, debo deciros la verdad.

—Sí, porque de otro modo sería imposible que nos entendiésemos.

—Yo no tengo que molestarme en averiguar dónde se oculta doña Luz, porque lo sé.

—¡Que lo sabéis!—exclamó el caballero.

Y sus ojos se iluminaron con el fuego de un júbilo sin igual.

—Sí.

—Dudo...

—No dudaríais si supiérais que presencié el ruidoso lance, porque oculto me encontraba entre las casas del Arrabal; y como desde el momento en que se presentó el fraile lo demás no tenía ningún interés, á vuestra sobrina y al fraile seguí, y á vos os dejé para que os entendiérais con el hidalgo.

—¿Y adónde fueron—preguntó ansiosamente don Fadrique.

—A una casa—respondió el señor Antolín con tono de sencillez.

—¿Os burláis?

—Libreme Dios, caballero.

—Pues entonces...

—A esas preguntas no puede contestarse de repente: ¿Olvidáis que he venido para hacer una alianza? Pues si esto ha de realizarse, ante todo hemos de saber lo que vos ofrecéis y lo que yo ofrezco, lo que exigís y lo que yo exijo, y si de acuerdo estamos en las condiciones...

—Pues decid lo que queréis.

—Habéis de hacer al señor Antonio de Quirós todo el mal posible.

—Ese es precisamente mi deseo.

—Y unas veces con vuestro auxilio, otras con vuestras relaciones y vuestra influencia y también con vuestra persona, si fuese necesario, me protegeréis y me ayudaréis hasta conseguir apoderarme de la hija de don Juan de Guevara.

—Concedido.

—Supongo que vos os contentáis con saber dónde se oculta vuestra sobrina, pues más no necesitáis para triunfar.

—Nada más quiero.

—Vos tenéis una garantía segura, porque si yo os engaño, para tomar venganza no tendríais que hacer más que entregarme á la justi-

cia, y muy pronto podríais gozar viéndome bailar en la horca.

—No necesito ni esa garantía ni ninguna.

—Porque nada arriesgáis; pero yo me encuentro en situación muy distinta, y puede sucederme que después de prestaros el servicio me volváis a espalda.

—¡Miserable!...

—Si os consideráis ofendido, peor para vos— repuso el señor Antolín, cuya calma no se alteraba entonces, porque nada tenía que temer.— Sois un caballero; pero yo también puedo probar que desciendo de abuelos hidalgos, y sin embargo, mis promesas no tienen ningún valor. Los hombres como yo no se dejan deslumbrar fácilmente. ¡La palabra de un caballero!... El mismo valor tiene para mí que la del último villano, y por consiguiente, nuestra alianza será imposible si no me ofrecéis alguna garantía.

—Vos intentáis cometer un abuso.

—No lo niego.

—Y para eso queréis mi auxilio.

—Sí.

—Tendré que ser vuestro cómplice.

—Ese es el calificativo que expresa con exactitud el papel que habríais de representar.

—Yo no exijo tanto de vos, ni lo necesito, porque no intento cometer ningún crimen.

—Un abuso y nada más.

—Mis derechos como tutor...

—Sí, ante los tribunales tienen esos derechos gran fuerza; pero moralmente varía la cuestión, y en realidad para llegar á los fines que os habéis propuesto, abusáis de esos derechos, y así condenáis á la mayor desdicha á una víctima noble y que nunca os hizo mal. Una cosa son las leyes, y otra es la conciencia. La justicia de los hombres no puede condenaros; pero la justicia divina sí, y no solamente Dios, sino la conciencia del mundo os condenará también. Por más que os desagrade, os lo diré claramente: somos dos desalmados sin corazón ni conciencia, y para conseguir lo que deseamos, capaces somos de todo. Si yo me encontrara en vuestro lugar, no cumpliría lo prometido y creo firmemente que vos haréis lo mismo. Cuando tengais en vuestro poder á doña Luz, ¿para qué habéis de meteros en un mal negocio y arrostrar grandes peligros? Habéis tenido mucha habilidad para fingir y engañar al mundo, adquiriendo así una reputación envidiable, y para complacerme no habéis de exponeros á destruir en una hora, qui-

zás en un minuto, la obra de toda vuestra vida.

No tenían réplica los razonamientos del astuto criminal.

Sin embargo, como algo había de responder don Fadrique, dijo:

—Con la medida de vuestra ruindad juzgáis á todo el mundo.

—Ruinmente ha de pensar el que ruin es y esto no debiera sorprenderos. Decidme una cosa, don Fadrique.

—¿Qué?

—¿Fiaréis en mis promesas?

—No.

—¿Y por qué he de fiar yo en las vuestras?

—La diferencia que hay entre nosotros...

—Es aparente farsa, porque en el fondo somos enteramente iguales. Vos habéis tenido más habilidad ó más fortuna que yo y por eso no habéis caído en manos de la justicia; por eso el mundo cree que sois honrado; pero si no lo sois, ¿qué importa que el mundo lo crea?

—Viendo estáis que con calma escucho vuestras injurias.

—Porque os conviene.

—No veo la necesidad de que continuemos la conversación como la habéis principiado.

—Pues me concretaré á deciros terminantemente que, si no me dáis una garantía, no sabréis dónde se encuentra doña Luz.

—¿Y qué garantía puedo dar?

—Una cualquiera.

—No sé...

—Por ejemplo: me escribiréis una carta diciéndome que cuente con vos para ayudarme á realizar mi intento en cuanto á lo que se refiere á la hija de don Juan de Guevara, ó que me ofrecéis dinero para llevar á cabo la empresa, ó vuestra casa para encerrar á Consuelo, ó cualquiera otra cosa por el estilo.

—¿Y quién me responde de que no abusaréis de mi carta?

—Si hay garantía posible, os la daré.

—No.

—La culpa no es mía.

—Semejante papel en vuestras manos...

—Sería un arma terrible y precisamente por eso lo pido.

—Imposible.

—¿Es esa vuestra última resolución?

—Sí.

—Lo sienro—dijo el señor Antolín.

Y en pie se puso.

—¿Ya os vais?

—Nada tengo que hacer aquí.

—No habéis pensado una cosa.

—Nadie está libre de cometer torpezas y quizás he cometido alguna.

—Muy grande.

—¿En qué consiste?

—Puedo hacer que os detengan.

—Bastaría que pronunciáseis mi nombre.

—Iríais á un calabozo.

—Y en seguida á la horca, ya lo sé; pero entretanto doña Luz continuaría en brazos del señor Antonio de Quirós y vos tendríais que contentaros con ueplorar vuestras desgracias y sufriríais lo que se sufre con una derrota de esta clase. Hasta hoy representais el más triste papel, caballero, porque de vos se ha burlado vuestra sobrina, y goza mientras vos os desesperais, y Quirós se ríe mientras vos gritais para pedir justicia sin conseguir que nadie tome en consideración vuestras quejas; y si me delatais y me ahorcan, os juro que el último gesto que yo haga ha de ser para reirme también de vos.

—Si con tanto desprecio mirais la existencia...

—No, don Fadrique, porque precisamente me sucede lo mismo que á vos; la muerte me espanta, me parece muy horrible, soy cobarde como una liebre.

—Entonces...

—Pero tengo la seguridad de que más ó menos tarde he de bailar en la horca, como dicen mis camaradas, y si esto ha de suceder al fin, ¿qué importa unos días más ó menos? Quizás suceda que después de haberos servido y cuando me disponga á dar el golpe que tengo preparado, se pongan sobre mí las terribles manos de los corchetes.

—Si á la justicia os entrego, conseguiré una cosa.

—Por de pronto—replicó irónicamente el señor Antolín—representaríais el muy noble, el muy sublime y honroso papel de delator, lo cual sería un título de gloria para un caballero tan ilustre como vos, para un Guzmán.

—Os vería sufrir.

—Y gozaríais, ya lo sé, porque yo también gozaría si os viese hacer gestos y contorsiones en la horca; pero siempre resultaría lo mismo; y como después de la risa no debe esperarse más que el llanto, como es forzoso que el sufrimiento venga después del goce, sin doña Luz os queda-

ríais y ella se casaría y la veríais feliz con el hombre á quien tanto odiais.

—Eso es cuenta mía.

—Pues si habéis determinado delatarme, no dejéis pasar muchos minutos, porque la naturaleza, para compensar mi falta de valor, me ha concedido gran ligereza de pies y apenas me separe de vos habré desaparecido. La advertencia no puede ser más leal.

Y esto diciendo el señor Antolín, desplegó otra sonrisa, dió media vuelta y hacia la puerta se dirigió.

—¡Por Dios vivol... Esperad.

El asesino se detuvo y otra vez giró sobre sus talones.

—Espero—dijo.

—La garantía que pedís no la daré. Contentaos con otra y con...

—¿Cuál?

—Os entregaré mil ducados, cinco mil, diez mil si os empeñáis, y si el caso llega de que yo no cumpla lo prometido, no me devolveréis el dinero.

—Ya os dije que á esta casa no he venido á buscar oro.

—Pero...

—Además, cuando tengo en la bolsa algunos escudos, me considero rico, y el dinero no me halaga. Aún no hace un mes que conseguí realizar un buen negocio, y todavía soy dueño de más de trescientos ducados.

—¿Y á esa mísera cantidad llamais riqueza?

—Y lo es, porque me sobra; pero de todas maneras no acepto la garantía que me ofrecéis.

—Buscad otra.

—No la encuentro.

—Sois ingenioso.

—Gracias por la lisonja.

—Concluyamos.

—He concluido, y me voy.

Don Fadrique hizo un gesto de desesperación.

Habíase convencido ya de que nada conseguiría.

Nadie ni por nada hubiera satisfecho la exigencia del señor Antolín; pero tan ciego estaba don Fadrique, tanto era su afán de apoderarse de su sobrina, que decidió arriesgarlo todo sin calcular las consecuencias espantosas que podía tener su ligereza.

Esto apenas se concibe; pero preciso es tener en cuenta el trastorno del caballero.

—Sentaos—dijo.

Y á una mesa se acercó, tomó la pluma y escribió lo siguiente:

“Señor Antolín, el gran servicio que acabáis de prestarme dándome á conocer el lugar donde se oculta mi desgraciada sobrina, me impone el deber de recompensaros; y como dinero no habeis querido aceptar, os ofrezco mi ayuda para conseguir que os hagáis dueño de la hija de don Juan de Guevara; por supuesto, en la inteligencia de que luego seréis su esposo, para legitimar vuestra unión y que sea perdonable el abuso.”

Firmó el caballero.

—La carta estaba escrita con bastante habilidad; pero aun así podía ser un arma terrible.

—Leed —dijo.

Leyó el señor Antolín con la atención que el caso requería.

—No habéis escrito de buena fe —dijo—, pero por satisfecho me doy.

Y mientras el papel doblaba y en su bolsillo lo metía, añadió:

—A doña Luz la tenéis en la que es hoy vivienda de Consuelo.

—¡Ahl...

—Y con ella encontrará la justicia á dos manebos que están en el mismo caso que el señor Antonio de Quirós, es decir, que fueron desterrados por el rey y á Madrid han vuelto sin licencia, y para ocuparse de este gravísimo asunto que en realidad constituye un delito.

No pudo continuar el señor Antolín, porque don Fadrique se puso en pie y exclamó:

—¡Será mál!

Su trastorno llegó al último punto.

Aquella misma noche podía quedar en su poder la infeliz joven, víctima de sus abusos.

El rey no quería favorecerle; pero había prometido hacer justicia y cumpliría su promesa.

¿Cómo antes no le había ocurrido que doña Luz debía estar al lado de Consuelo?

Esto debió adivinarlo; pero no había sucedido así, y le costó el inmenso sacrificio que acababa de hacer.

Las últimas palabras que había pronunciado fueron para el señor Antolín un rayo de luz, pues le hicieron adivinar el motivo por qué se oponía don Fadrique al casamiento de su sobrina con el hidalgo.

Una muy maliciosa sonrisa desplegó el asesino; pero no quiso hacer ninguna observación sobre este punto y se concretó á decir:

—¿No necesitáis más ahora?

—No.

—Pues mientras vais en busca de don Diego de Pantoja para pedirle que cumpla sus deberes, iré á situarme en Puerta de Moros y observaré lo que pasa. No olvidéis...

—Nada olvido... dejadme —interrumpió el caballero—, porque es un siglo cada minuto que pasa.

—Preciso es que me escuchéis, porque de otro modo no podríais cumplir lo que habéis prometido.

—¿Qué queréis?

—Vuestra sobrina ha cometido una falta muy grave.

—Lo sé.

—Los que se la han llevado han cometido un delito.

—Tampoco lo ignoro.

—Delincuentes son también los que han ayudado en todos sentidos al raptor, y ayuda es, y muy directa, dar abrigo á la fugitiva, ocultarla y proporcionarle medios para burlarse de la justicia.

—¿Y para qué me recordais todo eso?

—Para que no se os olvide decirle á don Diego de Pantoja que Antón Cañamero, siquiera como encubridor, es delincuente, y que debe proceder contra él lo mismo que contra todos. Si así se hace ganaré mucho, porque Consuelo se encontrará sin más protección y defensa que la de sus criados, y con mayor facilidad y tal vez muy pronto podré dar el golpe.

—Entendido.

—Pues os dejo, y hasta después ó hasta mañana.

Salió el señor Antolín.

Ni un solo instante perdió don Fadrique.

Acompañado por uno de sus sirvientes, fué á la morada del alcalde.

CAPITULO XXVIII

CÓMO DOÑA LUZ VOLVIÓ Á QUEDAR Á MERCED DE SU TIO

Don Diego de Pantoja había recibido aquella tarde órdenes del rey; pero no debía ponerlas en práctica sino después que cerrase la noche y hubiesen dado las ocho.

Hizo todos los preparativos necesarios para cumplir sus deberes y quedar fuera de toda responsabilidad.

Obedecía muy á disgusto; pero era esclavo de su deber.

Las órdenes consistían en ir á la vivienda de Consuelo y prender á Leandro, al señor Felipe, al veterano y á Quirós, llevándose también á doña Luz para entregarla á su tío.

Luego, á media noche, debía ir el alcalde con suficiente acompañamiento al monasterio de San Martín, exigiendo la entrega de don Pedro de Carvajal, y registrando sin miramiento alguno hasta el último rincón del edificio, en caso de negativa, y haciendo uso de la fuerza, si resistencia se oponía.

Todo esto le pareció muy mal al alcalde, porque en ello veía, más que el deseo de hacer justicia, un espíritu de venganza.

Empero nada le era posible hacer al honrado Pantoja para evitar los tremendos males que había de producir el cumplimiento de aquellas órdenes. En su vivienda se encontraba muy preocupado y de muy mal humor.

Había querido ver al doctor Olivares para pedirle consejo, para tener un desahogo al decirle lo que sufría; pero ni en su aposento ni en ninguna otra parte consiguió encontrar al médico.

Nuevo disgusto fué la visita de don Fadrique.

Este se presentó en un estado de agitación muy violenta.

—Ahora veremos—dijo apenas entró en la habitación donde se encontraba el alcalde.

—¿Y qué hemos de ver?

—Lo que es la justicia.

—Caballero...

—Señor alcalde, os recuerdo que mi sobrina desapareció, que se la llevaron...

—No lo olvido.

—Para hacer justicia no necesitábais más que averiguar dónde se encontraba doña Luz.

—¿Y lo sabéis?

—Sí.

—Tal vez.

—Conste que os doy la noticia, y si antes de una hora no se encuentra otra vez bajo mi autoridad mi sobrina, tendré el derecho de decir...

—Poco á poco, don Fadrique.

—Los minutos son preciosos.

—Tened entendido que la justicia no se duerme, y os lo probaré con hechos. Sabéis dónde se oculta doña Luz, y yo lo sospecho también.

—¿Entonces qué hacéis sin hacer nada?

—Caballero, no estoy de humor de sufrir vuestras reconvenções. Repetiré lo que os he

dicho muchas veces, que cuando se trata de este asunto, no soy el amigo sino el juez. Hablad ahora como hablar debe quien pide justicia y reconoce mi rectitud.

—Está bien, señor alcalde.

—Os escucho.

—Doña Luz de Guzmán se oculta en la que es ahora vivienda de la hija de don Juan de Guevara. Los que de ella se apoderaron, cometieron un delito; Antón Cañamero, que en su casa la tiene, es cómplice del raptor, es también delincuente y cuantas personas se encuentren allí...

—Todo eso ha de apreciarlo la justicia.

—¿Tengo el derecho de acompañaros cuando vayáis por mi sobrina?

—Derecho no; pero como sois parte interesada, puedo permitir que seáis testigo de lo que se hace.

—Pues aquí me tenéis.

—Sentaos y esperad—dijo gravemente don Diego.

—Permitidme recordar que quizás todo depende de que lleguemos un minuto antes ó después.

—No necesito esos recuerdos.

—Haced lo que bien os parezca.

—Bajo mi responsabilidad.

Don Diego parecía complacerse en mortificar á don Fadrique, pues éste era el único desahogo que le estaba permitido.

Dejó que transcurriese una hora, durante la que ni siquiera miró al caballero.

Este sufría horriblemente.

Grandes esfuerzos tenía que hacer para dominarse.

Cada minuto era para él un siglo de agonía. Por fin don Diego le dijo:

—Vamos.

Bajaron.

En el portal de la casa había reunidos hasta doce corchetes, fuerza sobrada para proceder contra tres ó cuatro hombres.

Ya se les había dicho que tenían que acometer una empresa de mucha importancia y prevenidos estaban todos, y también muy disgustados, porque tenían que el asunto se convirtiese en función de cuchilladas.

Algunos de ellos tenían valor; pero otros eran cobardes, y ninguno había que quisiese arriesgar la existencia por la mezquina retribución que se les daba.

En sus semblantes revelaban su disgusto.

El alcalde los miró y les dijo severamente:

—No olvidéis las instrucciones que os he dado, porque á la horca irá el que flojamente cumpliera su deber. Abrid las linternas y en marcha. Mucho silencio y mucha atención.

Y en marcha se pusieron.

Resonaban sus pasos en las calles, ya casi completamente solitarias, porque eran las nueve.

Un cuarto de hora después llegaron á Puerta de Moros.

Detuviéronse frente á la casa que iba á ser teatro de escenas sangrientas quizás.

—Seis de vosotros —dijo el alcalde—, os quedaréis á la puerta y detendréis á cuantas personas intenten salir ó entrar. Asimismo, si observáseis que alguien vaga por aquí con muestras de algún interés ó queriendo observar más de lo que á nadie le importa, lo detendréis también. Y tened entendido que para nadie ha de haber compasión, ni siquiera consideraciones de ninguna clase, aunque sea el personaje más encumbrado.

—Vuestra señoría designará los que han de quedarse.

Así lo hizo don Diego.

Los que debían entrar en la casa temblaron.

Algunos se pusieron pálidos como difuntos.

El alcalde le preguntó á don Fadrique:

—¿Es así como se cumple el deber?

—Estoy satisfecho.

—Pues si no se consigue lo que deseáis, no tendréis derecho para quejaros.

—Lo reconozco.

—Llamad —dijo don Diego á los corchetes.

Y fuertes golpes resonaron al caer el aldabón sobre la puerta.

Pocos momentos después abrióse uno de los balcones.

—¿Quié es? —preguntaron.

—Abrid á la justicia —respondió Pantoja.

—¡La justicia!...

—Sí, en nombre del rey.

—¡Rayos y truenos!... ¿Y qué tiene que hacer la justicia en mi casa?

—Lo sabréis después.

—Pero...

—Abrid ó echaremos la puerta abajo.

Era muy crítica la situación de los que se encontraban en el interior del edificio, y sobre este punto hemos de dar algunas explicaciones.

El señor Antonio Maldonado, y el amante de

doña Luz habían salido una hora antes para ir al monasterio de San Martín y averiguar lo que pasaba ó defender á don Pedro de Carvajal, si defensa necesitaba.

No creyeron que doña Luz corriese ningún peligro aquella noche, y, por consiguiente, les pareció que bastante era que allí quedase Antón.

¿Qué había de hacer éste contra el alcalde y los doce alguaciles?

La resistencia hubiera servido solamente para hacer más crítica la situación.

El veterano, con su valor sin límites, hubiera luchado hasta morir; pero su muerte no mejoraba la situación de las personas á quienes quería favorecer.

Para comprender la situación no necesitaba explicaciones, pues le bastaba el hecho de presentarse la justicia.

El primer impulso de Antón fué el de hacer resistencia, y con este fin, jurando y maldiciendo, tomó su espada.

Empero doña Luz y la hija de don Juan lo detuvieron, diciendo la primera:

—Vienen á buscarme.

—Y de vos se apoderarán; pero antes dejaré de existir.

—Así mi muerte sería doblemente horrible. Puesto que de mí se trata, yo tengo el derecho de determinar lo que mejor me parezca. Abrid, dejad el paso libre á la justicia, que todo el mal que puede suceder es que me obliguen á volver á mi casa, y allí, lo mismo que en un convento, lucharé y triunfaré al fin, no lo dudéis.

—¿Y he de sufrir la mengua de permitir?...

—Buen Antón, reflexionad y os convenceréis de que motivos tenemos para dar gracias á Dios y considerarnos afortunados. Si una hora antes hubiese llegado la justicia, la perdición de todos sería cierta, mientras que ahora se quedan libres nuestros amigos, y mientras libres estén nada temo.

El veterano no acertó á responder.

Dudaba; pero al fin tuvo que ceder á los razonamientos y súplicas de doña Luz y de Consuelo.

Tomó una luz, bajó y abrió.

—¿Qué queréis? —le preguntó al alcalde.

—Entrar para ver las personas que hay en esta casa. Siento mucho, buen Antón, que las circunstancias me obliguen á cumplir este deber.

—No os miraré por eso con rencor.

—Mucho me alegro que tan razonable os mos-

tréis, porque así evitaremos conflictos, cuyas consecuencias podrían ser las peores.

—Entrad; pero os agradeceré que aquí se queden esos hombres que os acompañan. Os prometo respetaros; os aseguro que aquí nadie hará resistencia, y, por consiguiente, es inútil que adoptéis precauciones.

—Vuestra palabra es para mí la mejor garantía.

—Gracias, señor alcalde.

—Aquí quedaréis todos, y en cuanto á este caballero, como es parte interesada...

—¿Quién es?—preguntó el veterano.

—Don Fadrique de Guzmán.

—¡Vive Dios!... ahora calló; pero algún día le pediré cuenta de su ruindad... puede entrar también, aunque no merece el honor de pisar esta casa; pero que se concrete á mirar, porque si pronuncia una palabra que ofenda á las personas que están bajo mi amparo... ¡tripas de Lucifer!...

—Descuidad, que seré mero espectador.

Empezó el alcalde á creer que allí no se encontraba doña Luz y que por eso se les franqueaba la entrada desde luego.

Lo mismo temió don Fadrique, pues tanta facilidad era sospechosa. Entraron y subieron.

Llegaron al aposento donde se encontraban las dos jóvenes.

Doña Luz levantaba la cabeza con altivez.

Miró á su tío con desdén profundo, saludó al alcalde y le dijo:

—Supongo que á buscarme venís, don Diego.

—Con gran disgusto.

—Cumplís vuestro deber y no me quejo. Mi amigo leal fuisteis siempre, y aún lo sois. De vuestros nobles sentimientos no me habléis, porque los conozco bien.

—Sois una mujer extraordinaria.

—Aquí me tenéis... ¿Qué he de hacer?

—Tengo la obligación de llevaros á vuestra casa y dejaros bajo la autoridad de vuestro tutor y tío don Fadrique, aquí presente.

—Estoy dispuesta á seguirlos.

—Antes he de ver á las demás personas que en esta casa se encuentran.

—Los criados de mi noble amiga.

—¿Nadie más?

—Si queréis ver al señor Antonio de Quirós, habréis de buscarlo en otra parte; y si habéis creído encontrar aquí á sus amigos, os equivocásteis.

—Vuestra palabra...

—Debe ser bastante para mi amigo don Diego de Pantoja, pero no para el alcalde, y por consiguiente registrad la casa, pues me parece que no ha de oponerse el señor Antón.

—Ya lo veis—le dijo el alcalde á don Fadrique.

—¿Qué haceis?

—Registraré para que no os quede duda de que mis deberes cumplo escrupulosamente; pero...

—Será inútil.

—Si esa es vuestra opinión...

—Me doy por satisfecho, pues tengo la seguridad de que aquí no se encuentran los delinquentes.

—Entonces...

—Perderíais el tiempo que quizás necesitáis para otros asuntos de interés, ó para seguir averiguando.

—Pues disponeos, doña Luz—dijo el alcalde—, y vos, señor Antón Cañamero, venid también.

—¿Adónde?

—En vuestra casa se encuentra la sobrina de don Fadrique, vos la habéis amparado, sois encubridor, cómplice...

—No—interrumpió Consuelo, que hasta entonces había permanecido silenciosa.

—Me parece...

—Señor de Pantoja, estáis equivocado, y os lo probaré con mucha facilidad.

—Y yo os escucharé con mucho gusto.

—¿Procederéis también contra mis criados?

—No, porque ellos no son responsables de lo que hagan sus señores, porque no son ellos los que han dado asilo á doña Luz.

—Pues si el dueño de la casa es el único responsable, proceded contra mí.

—¿Señoral

—Antón Cañamero no es aquí el amo, no es el señor, sino una persona que tengo á mi lado para que me acompañe y me defienda en caso de necesidad; pero yo soy la única responsable de cuantas órdenes se dan en esta casa, y si mucho apurais la cuestión, resultará que yo á mi vez cumplo las órdenes de otra persona, que es en realidad la dueña, y á esa persona la conocéis muy bien, y suyos son los criados y no míos, pues ella les paga, y por ella está mantenido el buen Antón, y para obedecerla se encuentra aquí.

—En verdad que me dejais perplejo.

—En esta casa se hace lo que dispone la noble doña Juana, y aunque accidentalmente se encuentra fuera de Madrid, da las órdenes que bien le parecen.

Con asombro miró el alcalde á Consuelo.

La niña inocente discurría mejor que nadie.

Para ser justos era preciso proceder contra ella ó contra doña Juana, pues en realidad el veterano no representaba allí más papel que el de un criado distinguido, un guardián ó casa parecida; pero aquella no era su casa, ni suyos eran los criados.

Perplejo estaba el alcalde.

Se le había mandado proceder contra el autor y sus cómplices; pero en realidad la cómplice era Consuelo.

¿Cómo había de llevarse presa á la joven?

A tanto no se atrevería sin una orden terminante del rey.

—¡Fuego de Satanás!—exclamó el veterano—No se me había ocurrido semejante cosa, porque Dios no ha querido darme entendimiento... ¡Rayos!... Lo que acaba de decir Consuelo es la verdad; pero declaró con franqueza que para sacarla de aquí será preciso que me maten.

Don Fadrique no tenía gran interés en que sufriese Antón, y por consiguiente no quiso tomar parte en la conversación.

Muy pensativo quedó don Diego. Dudaba.

Recto siempre, determinó al fin dejar al veterano, pues llevarlo preso hubiera sido una injusticia.

—Os quedaréis—le dijo.

—Gracias, señor alcalde.

—Pero en cuanto á doña Luz...

—Ya os dicho que me tenéis dispuesta.

—Vamos, pues.

La sobrina de don Fadrique se cobijó con un manto.

Abrazó á Consuelo, dirigiéndola las palabras más cariñosas.

Separáronse, mientras el llanto corría por sus mejillas.

Las dos eran igualmente desgraciadas.

De la casa salieron.

Entonces don Fadrique le dijo á Pantoja:

—Si aquí no están los delincuentes, pueden venir, y convendría que algunos corchetes quedasen para vigilar.

—Bien me parece.

El alcalde designó á cuatro de sus dependientes, diciéndoles:

—Os quedaréis, andaréis por aquí, observando á los que se acerquen, y si cualquiera quisiera entrar en esta casa, lo defendréis y lo llevaréis á mi presencia. Dos de vosotros pueden estar constantemente en este mismo sitio, y los otros dos recorriendo estos alrededores, porque puede ser que los delincuentes anden por aquí y no se atrevan á acercarse.

—Entendido.

—Y mucho cuidado, porque el asunto es grave.

—Completamente satisfecho podía estar don Fadrique.

—Alejáronse.

Doña Luz se apoyaba en un brazo de don Diego.

Todos iban silenciosos.

Media hora después llegaron á la Cuesta de Santo Domingo.

Entraron en la vivienda de Guzmán.

—Caballero—le dijo Pantoja á don Fadrique—, os hago entrega de vuestra sobrina. ¿Tenéis algo más que pedir?

—El castigo de los delincuentes.

—Se les castigará; pero antes es preciso saber quiénes son.

—Me parece que no hay dudas.

—Mañana vendré para interrogar á vuestra sobrina, y su declaración es la que ha de darnos á conocer la verdad.

—¿Y por qué no lo hacéis ahora?

—Porque no está el escribano.

—Podría venir.

—Tengo que ocuparme, ante todo, en cumplir órdenes de su majestad.

—Esperaré hasta mañana.

—Que Dios os guarde y os ilumine para que no deis ocasión á nuevas desgracias.

Así pusieron término á la conversación.

El buen Pantoja se encaminó á su casa con los corchetes para aguardar á que llegase el momento terrible de ir al monasterio de San Martín.

Entre tanto, don Fadrique adoptaba las precauciones que hiciesen imposible que otra vez desapareciese su sobrina.

Seguiremos al alcalde.

CAPITULO XXIX

JUSTICIA VERDADERA

Aún no había media hora que don Diego se encontraba en su casa, cuando se le presentó uno de los corchetes que habían quedado en Puerta de Moros.

Sorprendido lo miró el alcalde y le preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Señor, Dios ha querido proporcionarnos la ocasión de hacer una gran cosa, de prestar un gran servicio.

—¿Y en qué consiste?

—Cumpliendo las órdenes de vuestra señoría, Blas y yo rondamos por aquellos alrededores.

El alcalde se estremeció y arrugó el entrecejo, pues empezó á temer que el señor Antonio ó cualquiera de sus amigos hubiesen caído en poder de los corchetes, aunque no comprendía cómo se habían entregado sin hacer resistencia.

—¿Qué habéis visto?—preguntó temerosamente.

—Nada vemos; pero una de las veces que pasábamos á poca distancia de la iglesia de San Andrés, resonó un estornudo. No necesitamos más para comprender que una persona se ocultaba por allí. Nos volvimos, nos acercamos al pórtico y al mismo tiempo un hombre salió de entre las columnas echando á correr.

—Algún curioso...

—Algo más.

—¿Cómo lo sabéis?

—Lo seguimos, y como Dios le ha dado á Blas esa ligereza en los pies, consiguió llegar muy cerca del que huía.

—Si alcance no le daba...

—No se lo hubiera dado, porque el otro corría también con pasmosa ligereza.

—¿Le intimásteis la rendición?

—Sí; en nombre de la justicia le mandamos que se detuviese; pero esto fué un motivo más para que de nosotros se alejase.

No tendría limpia la conciencia.

—Muy sucia.

—Continuad.

—Quiso meterse en las calles de la Morería; pero así como antes y contra su voluntad había estornudado, después encontró en el camino una piedra bastante grande; tropezó y cayó, dando tiempo á que nos echásemos sobre él. Lo que entonces sucedió no acierto á explicarlo. El

criminal se revolvió desesperadamente; consiguió levantarse y quiso sacar la espada; pero le di tan fuerte cintarazo, que volvió á caer y quedó medio aturdido. Aún nos hubiéramos visto apurados, si nuestros dos compañeros no acudiesen al oír nuestras voces, resultando que el fugitivo se encontrase entre cuatro espadas que amenazaban pasarlo de parte á parte. Ya era imposible la resistencia. Lo sujetamos y desarmamos y acercando á su rostro la luz pudimos reconocerlo.

—¿Quién era?—preguntó el alcalde, con tanta ansiedad como temor.

—El señor Antolín, aquel desalmado...

—¡Ahl...

—Me parece que hemos hecho buena presa. Sentenciado á morir estaba, y...

—Basta, que no necesito más explicaciones... ¡En nuestro poder ese miserable!—exclamó don Diego, respirando como quien libre se siente de de una mano que lo ahoga.—Habéis prestado un gran servicio, que recompensado será muy largamente... mal principió la noche; pero lleva trazas de concluir muy bien... y qué habéis hecho con el criminal?... si se os escapa, contad por seguro que iréis á la horca.

—¡Escaparse!...

—¿Dónde está?

—Atado codo con codo y entre mis compañeros lo he dejado en el portal.

—Traedlo.

El corchete salió del despacho.

Pocos minutos después se presentaba entre cuatro alguaciles el señor Antolín.

Su rostro estaba lívido.

Temblaba convulsivamente.

Su abatimiento era tan profundo, que apenas podía sostenerse.

No le quedaba esperanza de salvación y ya se figuraba encontrarse entre las manos del verdugo.

Sufría lo que no puede concebirse.

Digno era de compasión en aquellos momentos.

Una mirada de terror fijó en el alcalde.

—¡Ahl!—exclamó este.—Por fin has caído en poder de la justicia y pagarás lo que debes. Te aseguro que esta vez no has de burlarte de mí.

Un gemido exhaló el criminal.

Quiso hablar y no pudo.

—Registradlo—le dijo el alcalde á los corchetes.

Así lo hicieron.

Bien pronto pusieron sobre la mesa la bolsa que contenía todo el caudal del señor Antolín, y sonrieron con satisfacción al ver que estaba llena de monedas de oro y de plata.

—¿Cómo habrá ganado esto?—dijo uno de los corchetes.

—No es difícil adivinarlo—respondió otro.

—Con esto podrá cubrirse siquiera una parte de las costas.

—¿Y qué es esto?

—Un papel.

—¡Bah!...

—Quizás tenga importancia.

—Veamos—dijo el alcalde.

Y el papel tomó y lo desdobló mirándolo con indiferencia, pues no creía que fuese ningún documento de valor.

De repente cambió la expresión de su semblante.

—¿Qué significa esto?—murmuró.

Se arrugó su entrecejo.

—¡Que Dios nos asista!—exclamó.

Se restregó los ojos.

Volvió á mirar.

—No hay duda...

Leyó.

—Esto es imposible... ¡Oh!... Aún dudo... ¡Don Fadrique!

—Sí—dijo entonces con débil voz el criminal.

—¡Una carta de don Fadrique!... ¿Qué quiere decir esto?

—Ya lo veis—respondió el señor Antolín, que tenía que hacer grandes esfuerzos para hablar: —una carta de mi cómplice... yo iré á la horca, mientras que á él...

—Haré justicia ó dejaré de ser quien soy... Explicad cómo ha podido escribiros esta carta don Fadrique de Guzmán.

—Lo he servido averiguando dónde se ocultaba su sobrina, y él debió pagarme, ayudándome á satisfacer mi pasión... ¡Ah!... Mi pasión desdichada, que me ha perdido... ¡no puedo más!... si habéis de quitarme la vida no me mortifiquéis... dejadme.

Menguaban rápidamente las fuerzas del asesino. En una silla se dejó caer.

La luz huía de sus ojos.

Respiraba con dificultad.

Otras dos veces leyó la carta el alcalde.

Apoyó los codos en la mesa y la frente en las manos.

—¿Y qué debo hacer?—murmuró.

El caso era grave.

Al adoptar una resolución aceptaría una responsabilidad tremenda.

Don Fadrique era un criminal; pero también un caballero y el pariente más cercano de doña Luz.

En grandísimo apuro se encontraba don Diego. Largo rato pasó.

Levantó la cabeza y les dijo á los corchetes:

—No os moveréis de aquí, y con vuestra vida me respondéis de este hombre.

Pidió luego su sombrero y su capa, y acompañado por cuatro alguaciles salió de su casa y se encaminó presurosamente hacia el alcázar real.

No debía encontrar dificultades para ver al rey, pues éste había dispuesto que á cualquiera hora de aquella noche fuese recibido el alcalde.

No debía ir sino después de registrar el convento de San Martín, y por consiguiente Félix II debía sorprenderse al verlo antes de la media noche.

Introducido fué en la cámara real.

—¿Qué ha sucedido?—le preguntó el monarca.—¿Qué clase de dificultad habéis encontrado?

—Señor, en este asunto sucede todo lo contrario de lo que se espera. La situación cambia, toma el giro más extraño, y no me atrevo á determinar sin recibir nuevas instrucciones de vuestra majestad.

—Explicaos, porque no adivino.

—Fuimos á Puerta de Moros; pero allí no encontramos más que á doña Luz, á la hija de don Juan y al veterano.

—Eso no me sorprende.

—Debo advertir que antes se me había presentado don Fadrique, diciéndome que había conseguido averiguar dónde se ocultaba su sobrina, y efectivamente, no estaba equivocado. Quiso acompañarme, y se lo permití para que no le quedase duda de que yo cumplía mi deber.

—Muy bien.

—Antón me recibió respetuosamente.

—¿Y doña Luz?

—Es una gran mujer, una criatura extraordinaria. Se me presentó digna y serena, y me dijo que dispuesta estaba á seguirme.

—¿Procedisteis también contra el veterano por haber dado abrigo en su casa á la fugitiva?

—Quise hacerlo; pero la hija de don Juan me advirtió que allí Antón Cañamero no representaba más papel que el de un criado distinguido,

una persona que la acompañaba y debía defenderla en caso de necesidad, y que por consiguiente no era responsable de lo que se hiciese allí.

—Entonces la responsabilidad...

—La aceptó por completo la hija de Guevara, fundándose en que ella era la que había dado asilo y protección á su amiga doña Luz.

—También esa niña vale mucho.

—No me atreví á llevarla presa, sino solamente á dejar vigilantes á la puerta de la casa.

—Hicisteis bien.

—A la una volví para esperar la hora de ir al convento, y antes dejé en la suya á doña Luz y don Fadrique.

—Es decir, que Quirós tiene todavía que hacer mucho para triunfar.

—Me parece que muy poco, porque el tutor, si en justicia ha de procederse, no podrá poner muchos estorbos al casamiento.

El rey fijó una mirada de extrañeza en el alcalde.

Este prosiguió diciendo:

—Esperando me encontraba, cuando dos de los corchetes que dejé en Puerta de Moros se me presentaron con el miserable Antolín.

—¡El asesino en poder de la justicia!—exclamó el rey.

—Y ahora no se escapará.

—Debemos felicitarnos, porque se hará justicia.

—Es lo que deseo, señor, y si me estuviera permitido decir á vuestra majestad con franqueza lo que siento...

—No solamente os está permitido, sino que os mando que así lo hagáis.

—Señor, persiguiendo estoy criminales que no lo son, mientras que los criminales más odiosos quedan impunes.

—Parece que dudáis de mi deseo de hacer justicia.

—No dudo, señor; pero me parece que mi opinión es distinta de la de vuestra majestad, y lo siento mucho.

—Estáis equivocado, y pronto os convenceréis.

—Don Fadrique, amparándose en sus derechos de tutor...

—Don Fadrique es un miserable, tan ruin como don Juan de Guevara; pero es preciso dejarle como á don Juan se le dejó, pues sólo así conseguiremos que sea castigado como merece. ¿Aún no habéis adivinado lo que me propongo?

—Lo que puedo decir es...

—Que habéis sufrido mucho, ya lo sé.

—Tanto que...

—Alguna vez habéis pensado en renunciar vuestro empleo.

—Sí, señor.

—No me desprendo con facilidad de hombres tan leales como vos.

—Señor...

—Continuad, buen Pantoja, que pronto os convenceréis de que sé hacer justicia.

—Al asesino se le ha encontrado una carta escrita por don Fadrique.

—¡Una carta de don Fadrique!

—Si vuestra majestad se digna leerla, comprenderá bien la situación.

El rey desplegó una leve sonrisa.

—Viéndolo estáis—dijo—, esos dos miserables estaban en relaciones, lo cual no me sorprende. Si yo hubiera violentado la voluntad del tutor, razón habría sobrada para decir que yo abusaba de mi autoridad, y ese hombre aparecería como una víctima. Dejándolo había de concluir por comprometerse, pues los criminales se alientan con la impunidad y cometen todas las torpezas. Al mismo tiempo hemos conseguido ver lo que hacía Quirós para que no nos quedase duda de que era honrado aun en esos momentos de trastorno y desesperación por que ha debido pasar. Mis órdenes ha desobedecido al venir á la corte; pero nobles eran sus impulsos. Sin embargo, lo castigaré, si bien el castigo será menor, porque su falta la atenúa su noble proceder. Muchos beneficios ha hecho; ha luchado siempre en favor de la justicia, y algunas veces ha tenido que arriesgar la vida para proteger á los inocentes. Como esto merece un premio, lo tendrá en la misma disminución del castigo.

—¡Ahora comprendo!...

—Habéis debido tener más confianza en mis propósitos de ser justiciero.

—Señor...

—Dadme esa carta.

El alcalde entregó el papel al monarca.

Este leyó.

Volvió á sonreír.

Ya sabemos que su sonrisa era un síntoma terrible.

Miró al alcalde.

Después de algunos momentos le preguntó:

—¿Y qué habéis hecho en vista de esta carta?

—Nada, señor, porque no me atreví...

—Don Diego, antes que todo es la justicia. ¿Por qué no habéis procedido contra don Fadrique? ¿Pudisteis creer que yo protegiese á un criminal?

—No, señor, pero...

—El juez sois... cumplid vuestros deberes.

—¡Ah!...

—Supongo que don Fadrique quedará incapacitado.

—Completamente.

—¿Y cuál debe ser la situación de doña Luz?

—Será preciso que la justicia la nombre un tutor, pues ya su tío no puede serlo.

—Y ese tutor, que tendrá todas las facultades y derechos que hoy tiene don Fadrique, será el que disponga en cuanto al casamiento.

—Así debe ser.

—La lucha ha terminado, y ahora veremos lo que hace Quirós, puesto que ninguna necesidad tiene de permanecer en Madrid. En cuanto á los otros, si han venido para ayudarle, tampoco tienen ya nada que hacer.

—Nos queda don Pedro de Carvajal.

—Dijeron que estaba en el monasterio de San Martín.

—El superior niega, asegurando que semejante hombre no se encuentra en su convento.

—¿Y os parece que es bastante la palabra del reverendo superior?

—Para mí lo es.

—Pues vos sois quien tiene que decidir en este asunto, porque yo no soy el alcalde.

—Pero mi responsabilidad...

—Vuestra obligación es aceptarla.

—Entonces, procediendo en justicia y respetando los privilegios de la comunidad de San Martín...

—¿Qué hareis?

—No seré yo quien invada el monasterio.

—¿Y si os lo mando contra justicia?

—Señor...

—Responded clara y terminantemente —dijo Felipe II con esa entonación que no da lugar á réplica

—Pues bien—contestó don Diego de Pantoja enérgicamente—, si eso me manda vuestra majestad, la vara de la justicia la entregaré, dejaré de ser alcalde, me retiraré á mi hogar, y allí, con la conciencia tranquila, esperaré, no la justicia de los hombres, sino la de Dios, que es infalible.

—Así, don Diego, así me agrada: cuando se

trata de la justicia no se transige ni aun con el rey. Os felicito y en libertad os dejo. Determinad, pues, lo que justo sea, pese á quien pese.

—¡Ah!...

—Llevaos esta carta, que de fundamento ha de servir para acusar á don Fadrique, y que no amanezca sin que justicia hayáis hecho.

Más aturdido que nunca se sintió don Diego.

Quiso responder; pero el rey lo impidió, diciéndole:

—Que Dios os guarde.

Se habían desvanecido todos los temores del buen alcalde.

Salió de la cámara y de palacio.

—¡Ah!—exclamó—, muchas gracias tengo que dar á la fortuna... Me parece mentira que he salido de este apuro. ¿Quién había de creer que tales determinaciones adoptase su majestad?

Presurosamente se encaminó al monasterio de San Martín.

Allí estaban los corchetes, cumpliendo las órdenes que se les habían dado.

CAPITULO XXX

EL GOLPE TERRIBLE

Don Diego llamó al que hacía de jefe y le preguntó:

—¿Hay novedad?

—Me parece que sí—respondió el corchete—; pero nada he querido determinar porque me pareció que debíamos ocuparnos sola y exclusivamente de las puertas del monasterio.

—¿Nadie ha salido?

—Nadie.

—¿Y entrar?

—Tampoco.

—¿Pues en qué consisten esas novedades de que habéis hecho mención?

—Algunos hombres van y vienen por estas cercanías, y aunque parecen transeuntes pacíficos, creo que nos observan.

—Todo es posible.

—Si á vuestra señoría le parece bien que los detengamos...

—No, no.

—Entonces...

—Lo que habéis de hacer es retiraros, quedando tres ó cuatro de vosotros para acompañarme con estos otros dos.

—¿Y luego?

—Descansaréis, dormireis á pierna suelta, porque á Dios gracias este asunto ha llegado á su fin.

Los corchetes, que esparcidos estaban alrededor del monasterio, reuniéronse y se alejaron con gran contento, pues temían que aquella noche fuese de conmoción, de borrasca y aun de sangre.

Con seis de ellos quedó el honrado Pantoja, porque le pareció que eran más que suficiente para lo que tenían que hacer. Reflexionó.

Luego empezó á vagar por aquellos alrededores y al fin consiguió descubrir á alguno de los hombres de quienes el corchete había hecho mención.

No hay que decir que eran nuestros amigos, pues ya sabemos que resueltos estaban á todo para salvar á don Pedro.

Habían visto que los alguaciles abandonaban sus puestos, se reunían y se alejaban.

No comprendían esto ni era posible que advinasen lo que había determinado el monarca, ni mucho menos pudieron imaginar que don Fadrique se hubiera comprometido hasta el punto de dar motivo suficiente para que lo llevasen á la cárcel como al último criminal.

—¿Entendéis esto? — le preguntó Leandro al señor Antonio.

—No es fácil entenderlo—respondió el hidalgo.

—Desconfío.

—Yo también, porque es posible que se nos tienda un lazo.

—Mira!...

—Sí, los corchetes que se han quedado y probablemente don Diego de Pantoja.

—Ahora nos sería muy fácil acabar con todos ellos.

—¿Y qué conseguiríamos?

—Es verdad...

—Veamos dónde están nuestros amigos.

Buscaron y encontraron bien pronto al señor Felipe y al honrado Antón, y luego á Roque.

Todos habían hecho las mismas observaciones; pero ninguno adivinó la verdad.

Perplejos estaban porque no sabían qué hacer en semejante situación.

Algunos minutos después los sacó del apuro el alcalde, porque tomó cuesta abajo, llegó al arroyo del Arenal, volvió á la derecha y desapareció con los corchetes que le seguían.

—Ahora lo entiendo menos—dijo el señor Antonio.

—Ello es que nos dejan en completa libertad.

—Tan completa que bien puede salir don Pedro y hacer cuanto se le antoje.

—¿Y nosotros?

—Nada perderemos por seguir vigilando, pues con la misma facilidad que se han ido, pueden volver.

—Nos quedaremos.

Hiciéronlo así.

Entretanto don Diego de Pantoja llegó á la cuesta de Santo Domingo, y se detuvo frente á la casa de Guzmán.

Dispuso que dos corchetes se situasen junto á la puerta falsa, para que nadie pudiera salir ni entrar por allí, y él llegó á la principal, diciendo:

—Dos de vosotros os quedareis aquí, y otros dos entraréis conmigo, y cuidado con lo que hacéis, porque es muy grave el asunto de que se trata.

No estaban tranquilos los corchetes.

Miraron á todos lados, porque temían que enemigos brotasen de la tierra.

—Llamad—dijo el alcalde.

Y resonaron inmediatamente muy fuertes golpes dados en la puerta.

No respondieron.

—Llamad otra vez,

Se repitieron los golpes, y al fin una ventana se entreabrió, asomando la cabeza de uno de los criados, que preguntó:

—¿Quién llama?

—¡Abrid á la justicial—respondió el alcalde con grave tono.

—¡La justicial

—Y abrid pronto, porque si así no lo hacéis romperemos la puerta.

Pocos momentos después sonaron pasos y voces en el interior de la casa.

Era natural que á todos sorprendiese la llegada de la justicia, y mayor debió ser la sorpresa, porque al mandar abrir amenazaba como si no tuviese que guardar ninguna consideración.

Se abrió la puerta, presentándose el criado con una luz y mirando recelosamente al señor de Pantoja, á quien demasiado bien conocía.

—¿Y vuestro señor?

—Se acostó y reposa.

—Nos conduciréis á su dormitorio.

—Entre vuestra señoría, lo despertaré y...

—He dicho que á su dormitorio me llevéis.

—Perdonad.

—Cuando en nombre del rey se manda, se obedece sin hacer ninguna observación.

Ya no se atrevió á replicar el criado.

En la casa entró don Diego con dos de los alguaciles, que principiaron por llevar la diestra á la empuñadura de la espada.

—No desnudéis los aceros sin necesidad—les dijo el alcalde.

—Como las precauciones...

—Las que tomáis se parecen al miedo.

—Perdonad.

Subieron.

Atravesaron algunas habitaciones.

—Ahí tenéis á mi noble señor—dijo el criado, señalando á una puerta.

Pantoja mandó que se situasen los dos corchetes en aquel aposento, y en el inmediato entró.

En el lecho se encontraba don Fadrique.

No dormía, ni era posible que durmiese.

Se incorporó en el lecho.

No solamente con sorpresa, sino con terror, miró al alcalde.

Como el criminal no tenía la conciencia tranquila, tembló todo, aunque no podía creer que se hubiera descubierto su crimen.

Pocas horas había gozado con su triunfo, y apenas lo saboreaba, cuando caía sobre él la más inmensa desdicha.

—¡Don Diego!—exclamó con acento indefinible.

—No esperabais mi visita.

—¿Qué ha sucedido?

—Levantáos y lo sabréis.

—Pero...

—Vestíos, don Fadrique, y no os detengáis mucho, porque tengo que hacer y también necesito descansar.

—Me vestiré; pero...

—Esa es vuestra obligación, porque os hablo en nombre del rey.

—¡En nombre del rey!

—Sí.

—No lo entiendo, mi buen amigo.

—Ahora no soy vuestro amigo ni de nadie.

—Esto no se concibe.

—Vestíos pronto, caballero, y así me evitaréis el disgusto de disponer que os saquen del lecho.

—Me tratáis como á la más desdichada de las criaturas, como al último criminal.

—Cumpla mi deber.

—No lo dudo; pero es el caso...

—Acabad—interrumpió ásperamente don Diego.

Nerviosa palidez cubrió el rostro de don Fadrique.

Inútiles debían ser todos sus esfuerzos para aparecer tranquilo.

¿Se había descubierto su complicidad con el miserable Antolín?

Pensó en la carta que con ligereza tan imprudente había escrito.

Pensó también que Antolín podía ser un agente pagado por el alcalde para representar una farsa.

Todo esto debió preverlo antes; pero ya sabemos que ciego estaba cuando se le presentó el asesino.

Se vistió con la ayuda de su criado.

Temblaba.

Cavilaba, buscando un medio de huir; pero esto era imposible.

—Me tenéis á vuestra disposición—dijo—, y espero que ahora os expliquéis.

—Poco tengo que deciros.

—Pero no os habéis sentado...

—Hemos de salir... Tomad vuestra capa y vuestro sombrero.

—¡Señor de Pantoja!...

—Acabad.

—¿Adónde he de ir?

El alcalde respondió con grave tono:

—A la cárcel.

—¡A la cárcel!—exclamó don Fadrique, cuyos ojos se abrieron como si á saltar fuesen de sus órbitas.

Y retrocedió un paso, quedando inmóvil y con la mirada fija en el alcalde.

—Sí—dijo éste.

—¡Yo á la cárcel!

—Vos.

—¡Imposible!

—Os convenceréis muy pronto, porque si resistís, os llevarán á viva fuerza.

—Don Diego, aunque yo hubiera cometido el mayor de los crímenes, por la nobleza de mi cuna y por otras razones que no podéis desconocer, me correspondería quedar en mi casa en calidad de preso.

—Según.

—Eso de ir á la cárcel como el último villano...

—Iréis, y luego, si creéis que á otra cosa tenéis derecho, reclamaréis en forma y se proveerá en justicia.

—Pero entretanto cometéis un abuso...

—Cuidado con lo que decís.

—Un caballero de mi clase...

—Para la justicia no sois más que un criminal.

—¡Un criminal!...

—Y desgraciadamente hay pruebas de vuestro crimen.

—¡Señor de Pantoja!...

—Salid á este otro aposento y mandad que despierten á vuestra noble sobrina, porque sola va á quedar y es preciso hacerle algunas advertencias.

—Mi sobrina duerme...

—Por eso he dicho que la despierten, y si no mandáis que así se haga, yo lo mandaré.

Empezó á convencerse don Fadrique de que su desgracia no tenía remedio.

Frió y copioso sudor corría por su frente.

Sentíase anonadado.

Para salir del dormitorio tuvo que apoyarse en un brazo de su criado.

Mandó que llamasen a su sobrina.

Los dos corchetes se pusieron á sus lados.

Don Diego se sentó, golpeó el pavimento con la vara y quedó inmóvil.

Su aspecto era grave, imponente, como convenía á la situación.

Don Fadrique inclinó sobre el pecho la cabeza.

Cavilaba para darse clara cuenta de lo que sucedía; pero sus ideas eran confusas; habíase apoderado de su espíritu el pavor.

Toda su audacia había desaparecido en un instante.

¿Cómo se defendería?

No había defensa posible si su carta había caído en poder de la justicia.

Un cuarto de hora transcurrió.

Doña Luz, pálida y revelando en el rostro la sorpresa, se presentó.

Gravemente saludó á don Diego.

Miró á su tío.

Su frente se contrajo.

Tampoco ella podía comprender la situación; tampoco era posible que imaginase que en pocas horas, en pocos minutos, su suerte había cambiado.

—Mis penosos deberes—le dijo don Diego—

me obligan á molestaros, y aunque vuestro reposo es muy respetable, la justicia está sobre todo.

—Si para hacer justicia, verdadera justicia, habéis interrumpido mi sueño, bien interrumpido está—respondió doña Luz.

—No esperaba de vos otra cosa.

—Sed de justicia me devora hace mucho tiempo, y las circunstancias me han hecho víctima de las injusticias más atroces.

—Pues ahora se apagará vuestra sed.

—Quizás con un nuevo sufrimiento—dijo doña Luz mientras que á su tío miraba.

—Todo es posible.

—No deseo el mal de nadie, ni aun el de aquellos que más me han hecho sufrir, y si justicia he pedido, nunca he anhelado la venganza; porque si Dios llega á concederme la dicha que deseo, no quiero que se turbe con dolores de nadie, ni aun de mis enemigos.

—Vuestras palabras no me sorprenden, porque conozco vuestro noble corazón.

—Si á bien lo tenéis, mi buen amigo, decidme lo que pasa, y... antes me permitiré haceros una advertencia, dirigiros una súplica.

—De vuestros labios todo lo escucharé con tanto agrado como respeto.

—Gracias, caballero.

—Decid, pues, porque os escucho.

—La justicia no se opone á la clemencia, y un juez puede ser recto sin olvidar cierta clase de consideraciones.

—Ciertamente.

—Supongamos que el día de la verdadera justicia ha llegado.

—No tenéis que suponer lo que ha sucedido.

—Pues bien en nombre de mis desgracias y...

—Perdonad, doña Luz; pero aún no hace una hora que su majestad me ha dicho estas palabras: "Cuando se trata de hacer justicia, no se transige con nadie, ni aun con el rey."

—Don Diego...

—Permitidme que os dé á conocer la situación en cuanto mis deberes me permitan entrar en esta clase de explicaciones.

—Como bien os parezca.

—Vais á quedar sola en vuestra casa, y digo sola, porque no tendréis más compañía que la de vuestros criados; por algunas horas, no más que algunas horas, seréis aquí la dueña absoluta, si bien estoy seguro de que no adoptaréis ninguna resolución de verdadera importancia.

Mañana mismo se os nombrará tutor, porque incapacitado queda vuestro tío, y luego... no sé, doña Luz, porque no puedo ir más allá de donde mis derechos y mis deberes me permiten.

—Pero mi tío...

—Conmigo ha de venir.

—¡Con vos!...

—Tendré el sentimiento de encerrarlo en un calabozo.

—¡Dios mío!...

—Sobre este punto no puedo deciros más.

—Pero...

—Basta, doña Luz, y perdonad si el alcalde no es tan galante como lo sería el caballero y el amigo.

—¡Preso mi tío!...

—Vuestra sorpresa es muy extraña, puesto que sabéis que eso y mucho más tiene merecido.

—¿Y por qué no le dejáis por cárcel su casa?

—Las circunstancias no lo permiten.

—Su noble clase...

—A pesar de todo eso.

—Me parece...

—Creed que no hago más que justicia, y si otra cosa me permitiese... No sé si conocéis á Felipe II.

—Me parece que sí.

—Entonces...

—Pero si aun dentro de la justicia se va hasta la exageración...

—Os equivocáis, y la prueba la tenéis en que á vuestro tío estoy guardando en estos momentos consideraciones que á otro criminal no guardaría. Codo con codo debiera estar atado y maltratado por groseros corchetes, y, sin embargo, viéndolo estáis mirado respetuosamente. Vuestra generosidad es digna de consideración; pero recordad que la pobre Consuelo sufre también y sufre mucho más porque su padre gime en un calabozo del alcázar de Segovia. Muy respetables son los dolores de la hija; pero no tanto que para aliviarlos quede impune un criminal.

—¿Y de qué crimen se acusa á mi tío?

—Lo sabréis cuando me esté permitido decirlo—respondió el alcalde.

Y en pie se puso; se acercó á don Fadrique y le dijo:

—Vamos, porque no puedo esperar.

El criminal se levantó.

Seguía temblando.

Apenas podía sostenerse.

Su criado le puso la capa y el sombrero.

Doña Luz quiso suplicar otra vez; pero no la escuchó el severo alcalde.

Aún no comprendía bien ella lo que estaba sucediendo.

Don Fadrique, entre los corchetes, salió de la casa.

Don Diego dispuso que libres se dejaran las puertas.

Todos los criados fueron á pedir órdenes á doña Luz; pero ésta se concretó á decirles que volviesen á sus aposentos y se entregaran al reposo.

No era posible que la infeliz joven conciliase ya el sueño.

Sola en su cámara se entregó á las reflexiones á que daba lugar aquella situación tan extraña como triste.

CAPITULO XXXI

VIAJES

El señor Antonio y sus amigos continuaron una y otra hora en los alrededores del monasterio, convenciéndose al fin de que aquella noche nada tenían que hacer allí y se fatigaban en vano.

Comprendieron que alguna nueva determinación había adoptado el monarca, y que, por consiguiente, debían ante todo hacer averiguaciones para poder apreciar con exactitud su crítica situación.

Después de conferenciar muy detenidamente, decidieron volver á su vivienda, y así lo hicieron cuando apenas faltaba una hora para que el alba desplegara sus dulces sonrisas.

Consuelo los esperaba con el afán que era consiguiente, pues temía todas las desgracias.

—¡Ahl!—exclamó al verlos y mientras que su honrado protector la abrazaba.

—Tranquilízate—le dijo Leandro—, pues por lo menos la lucha se aplaza y tiempo nos sobrará para adoptar determinaciones que nos pongan á cubierto de los peligros.

—¿Y don Pedro de Carvajal?

—Suponemos que tranquilamente reza en el coro, ó descansa en su lecho, pues ni lo hemos visto ni podíamos adquirir ninguna noticia.

—Lo que ha sucedido nadie lo entiende—dijo el veterano.—¡Cuernos de Lucifer!... La verdad es que nos hemos aburrido... Muchos corchetes

cercaban el monasterio; luego se presentó el alcalde y se reunieron, hablaron y se fueron. No ha pasado más.

—Eso es incomprensible.

—Hacemos muchas suposiciones; pero no sabemos la verdad.

—¿Y qué haréis ahora?—preguntó la joven.

—Ante todo necesito salir de dudas—respondió Quiros—, y en cuanto amanezca iré á visitar al doctor Olivares y después á don Diego de Pantoja.

Este plan no ofrecía un resultado cierto; pero otra cosa no podían hacer.

Continuaron la conversación sobre el mismo asunto, porque ninguno de ellos quería entregarse al reposo.

Por fin amaneció.

El noble hidalgo no quiso que nadie le acompañara.

Se encaminó al alcázar real.

El doctor Olivares era madrugador, ya se había levantado y tomado su frugal desayuno.

—No me sorprende vuestra visita—le dijo al señor Antonio apenas lo vió.

—¡Que no os sorprendel...

—No, porque sois uno de mis mejores amigos, y haciendo justicia á vuestros sentimientos he creído que no partiríais sin darme un abrazo.

El hidalgo fijó una mirada de profunda extrañeza en el médico.

El semblante de éste no expresaba nada de particular.

—No os comprendo—dijo el señor Antonio, después de algunos minutos.

—Pues me parece muy claro lo que he dicho.

—Habéis hablado de despedida...

—¿Acaso no pensáis salir hoy mismo de la corte?

—¡Yol

—Eso es otra cosa—replicó sencillamente Olivares.

Y se encogió de hombros y añadió:

—Me equivoqué, lo cual nada tiene de particular, porque soy una criatura como todas y estoy sujeto á errores.

—Doctor, vuestras palabras...

—¿Todavía no me entendéis?

—No.

—Pues confieso que no sé cómo explicarme.

—¿Por qué creíais que yo había de partir hoy mismo?

—Por aquello de que las cosas no se hacen

más que cuando hay una razón, un motivo para hacerlas.

—Ciertamente.

—¿Por qué vinisteis á Madrid? Me parece que no fué con el único objeto de molestaros en hacer el viaje, arriesgando hasta la vida, porque desobedecíais las órdenes de su majestad.

—Claro es que no, y conocéis demasiado bien el motivo de mi viaje.

—Doña Luz se encontraba en momentos verdaderamente horribles; su noble padre agonizaba, y quisisteis cumplir un sagrado deber, sin contar con que tenías que poner en claro la situación, porque vuestra suerte iba á decidirse. Os encontrásteis con grandes obstáculos, que os ponía el tutor de doña Luz, tuvisteis que entablar una lucha, y, además, visteis que peligraba la vida de don Pedro de Carvajal.

—Todo eso es exacto.

—Ante todo, quisisteis cumplir vuestros deberes, y sin escuchar más voz que la de vuestra conciencia, y despreciando todos los peligros, determinásteis permanecer en la corte hasta triunfar ó morir.

—Y mi propósito cumpliré.

—Pero al terminar la lucha, cuando vuestros enemigos estaban completamente inutilizados, cuando ningún peligro amenazaba á vuestros amigos y, por último, cuando asegurada teníais vuestra felicidad, entonces creí que no había razón para que permaneciésteis en la corte, contrariando al rey, provocando más y más su enojo, sino que me pareció que diríais: «Ya he cumplido mis deberes; ya no hay para mi dicha ningún estorbo, y ahora quiero cumplir otro deber, el de respetar las órdenes del rey.»

Pocas veces sucedía; pero entonces se sintió verdaderamente aturdido el hidalgo.

—¡Vive el cielo!—exclamó.—Cuanto más os explicais, menos entiendo.

—Lo siento mucho, señor Antonio.

—Decís que mis enemigos...

—No teníais más que dos verdaderamente temibles; el miserable Antolín, que en la cárcel se encuentra y morirá muy pronto en la horca, y don Fadrique, que encerrado está en un calabozo, y que si no muere á manos del verdugo, irá á consumir su existencia en una prisión de Estado.

—¡Preso don Fadrique!—exclamó el señor Antonio.

—Y en cuanto á don Pedro de Carvajal, aun-

que se había dicho que estaba en el monasterio de San Martín, como resulta que no es verdad, y es además preciso respetar los fueros de la comunidad...

—Basta, basta.

—Claro es que el tutor que para doña Luz nombre la justicia no ha de oponerse á vuestro casamiento, y, por consiguiente, la lucha ha terminado y vuestra presencia en la corte no la concibo.

Como carbunclos brillaban los ojos del señor Antonio.

Acababa de comprender la situación y no necesitaba más explicaciones.

Si tenía fuerza de voluntad para dominarse, realizaría su felicidad; pero en caso contrario, debía considerarse perdido.

En aquella ocasión, lo mismo que en todas, probaría que no era un hombre vulgar.

En pie se puso.

Miró profundamente á Olivares.

La calma de éste no se alteraba.

—Doctor—dijo el señor Antonio—, no estaré en Madrid más que el tiempo absolutamente preciso para ensillar mi caballo y partir. Ni siquiera me detendré para escribir á doña Luz; pero vos...

—Haré lo que debo.

—Nunca como ahora desearía verla.

—Pero hacéis el sacrificio...

—Que Dios sabe lo que me cuesta.

—No os arrepentiréis, señor Antonio.

—Decidle al rey...

—Le contestaré cuando me pregunte.

—Doctor, os debo la dicha.

—Dios os proteja.

Aquellos dos hombres que tanto valían se habían entendido perfectamente.

Ni una palabra más pronunciaron.

Abrazáronse.

CAPITULO XXXII

CÓMO SE DESPIDIÓ DE SUS AMIGOS EL SEÑOR ANTONIO

Del alcázar real salió el hidalgo.

Miró hacia la Cuesta de Santo Domingo; pero su voluntad hizo un esfuerzo inconcebible y se dominó.

Tomó hacia Santa María, bajó á la calle de

Segovia y pocos minutos después llegaba á Puerta de Moros y se presentaba á sus amigos.

Su pálido rostro revelaba la agitación de su espíritu.

—¿Qué sucede?—le preguntaron.

—La lucha ha concluido, y aunque sufro mucho en estos momentos, soy feliz.

—Explicaos.

—Don Fadrique está en un calabozo, y hoy se nombrará otro tutor á doña Luz. No la he visto, ni la veré hasta que llegue el día dichoso. Dadme un abrazo, porque voy á partir.

—¡A partir!...

—Hago un sacrificio inmenso; pero este es el castigo por la falta que cometi al desobedecer al rey. Si queréis imitar mi ejemplo, realizaréis vuestra dicha. Don Pedro de Carvajal no corre ningún peligro, y... Nada más, porque tengo contados los minutos.

Se comprende con cuánto asombro escucharían estas palabras los amigos del hidalgo.

No podía éste en realidad explicarse más claramente, ni quería tampoco detenerse mucho, porque sospechaba que lo espíasen para ver si cumplía con exactitud y firmeza lo prometido.

Alguna confusión se produjo.

—¡Que el infierno me trague!—gritó energicamente el veterano.

Y se colocó junto á la puerta, apretó los puños, miró al hidalgo y le dijo con tono de firme resolución:

—Tendréis que matarme para salir. ¿Creeis que puedo quedarme tranquilo sin saber lo que pasa? ¿Acaso no comprendéis que se trata de la suerte de Consuelo? ¿Qué haré cuando no estéis en Madrid? ¿Qué resoluciones podemos tomar?... ¡Mil rayos!...

Decís que sufrís mucho y que sois dichoso; aconsejáis á nuestros amigos que abandonen la corte, y además... En fin, no acierto á explicarme; pero vos debéis entenderme.

—Tranquilizáos, pues ya he dicho que ningún peligro nos amenaza, que hemos triunfado, que se han realizado todas nuestras esperanzas.

—Pues no lo entiendo.

—Yo tampoco veo muy claro; pero los sucesos me convencen.

—¿Y en qué consisten esos sucesos?

—Don Fadrique está en un calabozo.

—¡Preso ese miserable!...

—Muy grande debe ser su crimen, puesto que merece la más terrible pena, según asegura el doctor, y si la vida no le quitan, irá á consumir-

la en la soledad espantosa de un calabozo del alcázar de Segovia. ¿Qué nos importa el motivo? Pronto quedará satisfecha nuestra curiosidad; pero entretanto ningún mal puede hacernos, porque está inutilizado para todo, tan inutilizado, que hoy mismo se nombrará por la justicia otro tutor a doña Luz.

El veterano se pasó las manos por la frente y se sintió cada vez más aturdido.

Consuelo y Leandro miraban con asombro al hidalgo.

Este añadió:

—Según lo que he podido entender, el rey se da por satisfecho con la respuesta negativa del superior de San Martín, y ha desistido del intento de que la justicia invada el monasterio, pues quiere que se respeten los fueros de la comunidad.

—¿Y en cuanto á nosotros?—preguntó el señor Felipe.

—Nada, absolutamente nada, porque el rey no sabe ó no quiere saber que os encontrais en Madrid.

—No se concibe semejante cosa en Felipe II.

—Ya sabéis que ante todo quiere ser justiciero.

Maldonado desplegó una leve sonrisa irónica.

—Por eso os aconsejo que hagáis lo mismo que yo. Nuestros enemigos no existen; la lucha terminó, y por consiguiente no tenemos razones para justificar nuestra permanencia en Madrid. Ayer podíamos defendernos diciendo que desobedecíamos á su majestad para cumplir un deber sagrado, para defender á las inocentes víctimas del más criminal de los odios; pero si hoy nos preguntasen qué hacemos en Madrid, ¿qué responderíamos?

—¿Y no se nos tiende un lazo?

—¿Y quién ha de tenderlo?

—Quizás el rey...

—No necesita molestarse en preparar intrigas, porque le sobra poder para aniquilarnos.

—Señor Antonio...

—Nada más puedo decir, porque nada más sé. Dejadme, porque si me detenéis, todo se perderá. Advertidos estáis, y dueños sois de adoptar la resolución que mejor os parezca. De Madrid saldré inmediatamente y caminaré despacio por si vos, señor Felipe, queréis alcanzarme.

—No puedo hacer otra cosa.

Antón no acababa de entender; pero todos tu-

vieron que resignarse, porque el señor Antonio los abrazó y salió de la casa.

A buen paso fué á la calle de Segovia.

En la posada entró.

—¡Ah!—exclamó el huésped con tomo de profunda sorpresa.

—Ensillad inmediatamente mi caballo y en las alforjas poned algunas provisiones.

—Pero...

—¡Vive Dios!... ¿No comprendéis que tengo prisa?

—Perdonad.

Corrió el posadero.

Poco después el fogoso caballo se movía impaciente en el zaguán.

El señor Antonio dió algunas monedas de oro al huésped; cabalgó, salió de la posada y se alejó calle abajo.

Cuando estuvo al otro lado del puente de Segovia, volvió la cabeza para dirigir su última mirada á la coronada villa.

Exhaló un penoso suspiro.

Luego exclamó:

—¡Luz de mi alma!

Iba á herir los ijares de su fogoso corcel, pero oyó que le decían:

—Buen viaje, y que Dios nos proteja á todos.

Volvióse y vió que de entre la arboleda salía el doctor Olivares con un libro bajo el brazo izquierdo.

—¡Vos aquí!—exclamó el hidalgo.

—Me paseo y estudio.

—Habéis venido para espiarme...

—¡Bah!... ¿qué importancia tienen esos detalles en comparación con vuestra dicha?... Que Dios os acompañe, señor Antonio.

—Esperad.

—¿Qué queréis?

—¿No lo adivináis?

—No.

—En Madrid se queda doña Luz.

—Y hoy mismo la veré.

—Gracias, mi buen amigo.

—Nada me debéis—dijo el doctor.

El célebre médico desapareció otra vez en la arboleda.

El hidalgo se alejó.

Se había salvado y sería feliz.

CAPITULO XXXIII

CLEMENCIA DE FELIPE II

Mientras estas escenas tenían lugar, un gentil hombre entregaba al rey un pliego que acababan de llevar del alcaide del alcázar de Segovia, advirtiéndole que era urgente.

Cuando Felipe II quedó solo y en tanto que el sello rompió, murmuró:

—Veamos si he calculado bien.

Leyó con atención profunda.

Luego desplegó una sonrisa.

Indudablemente no se había equivocado.

—La coincidencia no puede ser más favorable—dijo.

Volvió á leer.

Meditó.

¿Qué noticias contenía el papel?

Las más tristes, porque don Juan de Guevara, cuya salud se había quebrantado desde que entró en su encierro, encontrábase peor, y el médico había declarado que era imposible salvarle la vida.

Por las pocas palabras que había pronunciado Felipe II se comprende que tenía conocimiento de la desgracia, y que guardó silencio quizás para dar una prueba más, no de su amor á la justicia, sino de crueldad.

¡Pobre Consuelo!

Cuando esperaba una situación más risueña, debía sufrir un nuevo golpe. Ya conocemos la nobleza de su corazón, y sabemos que la muerte de su ruin padre había de ser para ella una desgracia la más horrible. ¿Qué importaba que su padre la hubiera hecho sufrir, la hubiese perseguido y maltratado, exponiéndola á perder, no solamente la vida, sino la honra? ¿Qué importaba que aquel hombre ruin hubiese atentado contra la vida del generoso Antón, á quien la desgraciada joven debía el honor y la existencia, y la protección más desinteresada? ¿Qué importaba que hubiese intentado asesinar al noble mancebo á quien ella amaba y al no menos noble hidalgo á quien tantos beneficios debía?

Para Consuelo no era el criminal más que su padre, no podía ser otra cosa, y por consiguiente, con la muerte de éste debía sufrir la inocente niña tanto como doña Luz estaba sufriendo por igual desgracia.

¿No comprendía esto Felipe II?

Sí; pero no era posible que perdonara á don

Juan como no fuese cuando ya tuviese la seguridad completa de que el miserable no había de vivir sino algunas horas ó algunos días. Así parecería generoso, clemente, y su voluntad se cumpliría sin que le importase lo que pudiera sufrir la inocente Consuelo.

El alcaide daba las más minuciosas explicaciones con arreglo á lo que le había dicho el médico.

Largo rato pasó sin que se moviese el monarca.

Llamó al fin, diciéndole al gentil hombre que se presentó:

—Que venga Olivares.

No sabemos si ya había visto al rey y hablado de la determinación del señor Antonio, aunque debe suponerse que así había sucedido y que precisamente por esto permanecía en su habitación esperando nuevas órdenes.

Inmóvil y en actitud respetuosa quedó el médico.

Su mirada se fijó muy disimuladamente en la mesa, donde estaba el pliego del alcaide del alcázar de Segovia.

Quizás no necesitaba más explicaciones el astuto doctor.

—Tengo noticias de mucha importancia — le dijo el rey.

—Supongo que son de Segovia.

—Leed, doctor — repuso Felipe II, señalando al papel—, y luego me diréis lo que opináis con respecto á la vida del criminal.

—Pronosticar sin haberlo visto...

—Precisamente en eso consiste lo que habéis de hacer de extraordinario, pues viéndolo y examinándolo detenidamente, cualquier médico pronosticaría con muchas probabilidades de acierto.

Ya no se atrevió á replicar Olivares.

Leyó con cuanta atención el caso requería.

Luego dijo:

—Si son exactas estas noticias, no hay salvación posible para don Juan de Guevara.

—Es decir, que opináis exactamente lo mismo que el médico que lo asiste.

—No, señor.

—¿En qué consiste la diferencia?

—En que él opina que don Juan morirá muy pronto y yo creo que aunque algunos días se le encuentre casi agonizante, se prolongará su existencia por lo menos algunos meses.

—Pero estará inútil para todo.

—Según lo que quiera hacer, porque sus fuer-

zas casi se anularán; pero le quedará siempre la inteligencia, á menos que su razón se trastorne, lo cual no es posible que suceda, sino que es probable, más probable que la muerte en un breve plazo.

Felipe II fijó una mirada de sorpresa en el médico y luego murmuró sordamente:

—Loco.

—Eso es.

—Semejante estado...

—Debe considerarse como la desgracia más espantosa que puede caer sobre una criatura. Lo que un loco sufre no es concebible.

—Eso sería demasiado.

—La infeliz Consuelo...

—Conviene que muera ese miserable para evitar á la pobre niña dolores tan espantosos.

—Señor...

—Preciso será someterse á lo que Dios disponga.

—Quizás me equivoco.

—No, no os equivocais.

—Iré á Segovia si vuestra majestad lo dispone, pues sólo así me atrevo á responder de mi pronóstico.

Inclinó el rey la cabeza y medio cerró los ojos.

El doctor Olivares lo miraba y esperaba con cuanta ansiedad podía tener al tratarse de un asunto que en ningún sentido afectaba sus intereses.

Algunos minutos pasaron.

Por fin el monarca levantó la cabeza y dijo:

—Os haré una pregunta y tened entendido que quiero que me contestéis sin vacilaciones y tan clara y terminantemente, que vuestras palabras no puedan interpretarse más que en un sentido.

—Cumpliré mis deberes hasta donde me sea posible—dijo Olivares, disimulando el disgusto que le producían las palabras del rey.

—Si estuviéseis en mi lugar, ¿qué haríais?

Olivares quedó por algunos momentos silencioso.

Quizá jugaba entonces su porvenir; pero comprendía que era muy peligroso hacer esperar á Felipe II y dijo como quien tiene completa seguridad de lo que hace:

—Señor, los crímenes de don Juan de Guevara son horribles y tienen, no algo, sino mucho de repugnantes.

—Muy bien, doctor.

—Merece el mayor de los castigos; pero el mayor no es la muerte.

—Es verdad.

—La vida debe quitarse, no precisamente para castigar con el sufrimiento de la muerte, porque es un sufrimiento instantáneo, sino para ejemplo y para evitar que el criminal reincida en sus crímenes; para que quede separado de la sociedad el miembro corrompido.

—Estamos de acuerdo; pero decidme lo que haríais.

—Perdonar á don Juan de Guevara.

—¡Perdonarlo!

—Ya ha sufrido mucho y ha de sufrir más, muchísimo más.

—¿Y luego?

—Nada, señor, porque el Omnipotente dispondrá lo que más convenga.

—Pero si ese miserable pierde el juicio y su vida se prolonga, su pobre hija sufrirá mucho más que si viese morir á su padre.

—Dios la consolará.

—Y puesto que le queda la inteligencia, si loco no se vuelve; puesto que con su astucia y su ruindad puede hacer daño aunque le falten las fuerzas; si comete algún nuevo crimen, yo sería el responsable por haberle devuelto la libertad.

—¿Y qué ha de hacer ese desdichado?

—¿Acaso no lo conocéis bastante bien?

—Me parece que sí.

—Pues debéis comprender el peligro que ofrece en este caso la clemencia.

—A pesar de todo eso, yo lo perdonaría. Tal es mi opinión y obedezco á vuestra majestad al manifestarla tan terminantemente.

Felipe II volvió á reflexionar.

Luego llamó.

Dió algunas órdenes.

Diez minutos después firmaba una para el alcaide del alcázar de Segovia disponiendo que don Juan de Guevara quedase en completa libertad, sin que por ninguna razón se le pusiese estorbo para salir de su encierro cuando y como le pareciese mejor.

La orden se la entregó á Olivares, diciéndole:

—Vos se la llevaréis á la desgraciada Consuelo y le diréis que en mi nombre escriba al que ha de ser su esposo, diciéndole que inmediatamente venga á Madrid y que sin detenerse un solo instante vaya á Segovia para traer á don Juan de Guevara. Después de cumplida esta or-

den, se me presentará Leandro para responder á mis preguntas.

—La clemencia de vuestra majestad me complace.

—Después haréis lo que os tengo dicho, y pedidle á Dios que no cometa una torpeza alguno de esos hombres honrados, con quienes he sido tan tolerante para rácompensar sus virtudes.

—Me parece que no tendremos que deplorar esa nueva desgracia.

—Dios lo quiera, porque así me evitaré nn sufrimiento. Idos, doctor.

—Desearía saber si cumplida esta orden he de venir antes de cumplir las demás.

—No, buen Olivares. Ya sabéis que domino la impaciencia.

—Vuestra majestad lo domina todo.

—Que el cielo os guíe.

De la cámara salió el médico.

Motivos sobrados tenía para estar satisfecho y tranquilo.

Sin embargo, parecía preocupado.

A su aposento volvió para tomar su capa y su sombrero.

Allí leyó la orden.

Desplegó una sonrisa irónica.

—¡Cuánta clemencia!—murmuró.

Y luego, en tono distinto, dijo:

—¡Pobre niña!

Tomó un libro en folio, no sabemos para qué, lo colocó bajo su brazo izquierdo, se embozó y salió.

Era imposible penetrar sus pensamientos.

Siempre se le había visto apresurarse para cumplir las órdenes de Felipe II; pero entonces se encaminó muy despacio hacia Puerta de Moros.

Hubiérase dicho que iba á cumplir un penoso deber.

Llegó á la antigua vivienda de la madre de Leandro.

Recibido fué con demostraciones de respeto y de gratitud, á las que contestó sencillamente, diciendo luego:

—No me agradezcáis la visita.

—¿Y por qué?—le preguntó Consuelo.—Cualquiera que sea el motivo que os traiga, es lo cierto que nos honráis y que nos proporcionáis una complacencia, porque lo es muy grande la de ver á una persona que nos ha hecho beneficios.

—Nada me debéis, y el tiempo os lo proba-

rá—dijo el doctor mientras miraba á uno y otro lado.

—¿A quién buscáis?—le preguntó la joven, que se había apercebido de aquella disimulada investigación.

—A vos; ya os lo he dicho.

—Sí; pero también deseáis saber dónde se encuentran mis mejores amigos.

—No soy curioso.

—Pero os interesáis por nuestra suerte.

—Eso sí.

—Tal vez en estos momentos sale de Madrid el señor Antonio de Quirós, ó se prepara para hacerlo.

—¿Sin despedirse de nadie?

—No más que de nosotros.

—Me felicito.

—El señor Felipe salió hace pocos minutos y con gran prisa para alcanzar en el camino al noble hidalgo.

—Vuelvo á felicitar-me.

—Y Leandro partirá también muy pronto, y lo veréis si nos honráis permaneciendo á nuestro lado algunos minutos, porque no tardará en volver.

—¿Y adónde piensa ir?

—Al lado de su madre, porque otra cosa no quiere ni puede hacer.

—Es posible que cambie de resolución.

—Lo dudo; pero si tal locura intenta, no ha de ser por mi consejo, sino contra toda mi voluntad.

—Me parece que vos sois quien ha de aconsejarle que no vaya á Guadalajara.

—¡Yo!...

—Vos, sí.

La joven fijó una mirada de profunda extrañeza en Olivares.

El buen Antón, que había permanecido silencioso y en un rincón del aposento, dió algunos pasos, acercóse al médico y exclamó:

—¡Mil rayos!... Perdonad.

—No me habéis ofendido—le respondió el médico con sencillez.

—Doctor, me parece que entre unos y otros me trastornarán la cabeza: todos van y vienen, todos se agitan y hablan; pero ninguno se explica con claridad. El señor Antonio me dejó aturdido, y ahora vos con esas cosas tan raras que decís...

—Sentáos... aquí, á mi lado, y veréis que yo

me explico con mucha claridad. Sois el hombre más honrado del mundo y...

—¿Para qué me sirve?

—Para que se os respete.

—Todo eso está bien; pero yo necesito saber lo que pasa.

—Escuchad.

—Haré lo posible para tener paciencia.

Sentóse el veterano y volvió á quedar silencioso.

Olivares dijo:

—No me pidáis explicaciones en cuanto á la extraña conducta del rey, porque no me las ha dado, y por consiguiente nada puedo decir.

—Tiemblo—dijo la joven.

—Por el contrario, tenéis motivo para regocijaros, puesto que parece que la fortuna se ha declarado vuestra protectora.

—Lo oído—replicó la infeliz Consuelo.

—Yo tampoco me entrego á ilusiones, porque la experiencia me ha probado que no debemos fiar en lo porvenir y que es peligroso entregarse á esperanzas que pueden desvanecerse en un instante.

—¿Qué nueva determinación ha tomado su majestad?

—Se ha ocupado de vuestro padre.

—¡Ahl...

—Parece inclinado á la clemencia.

—¡Padre mío!

—Y ha determinado cuanto podáis desear.

—¡Doctor!—exclamó Consuelo.

Y fijó una mirada de ansiedad indescriptible en Olivares.

Creyó éste que ya podía dar la noticia sin peligro de que produjese un trastorno la conmoción de la sorpresa y de la alegría.

Sacó la orden del rey, se la presentó á Consuelo y le dijo:

—Leed.

Con el afán que era consiguiente leyó la pobre niña.

—Exhaló un grifo, cuyo significado no era posible comprender.

Se estremeció violentamente.

Sus ojos se humedecieron, y el llanto empezó á correr por sus mejillas.

—¡Fuego de Satanás!—gritó el veterano, creyendo que una nueva desgracia había sobrevenido.

Y en pie se puso, y sus ojos dejaron escapar corrientes de fuego.

—¡Mi padrel...

—¡Que me trague el infierno!—dijo el buen Antón desesperadamente.—Esto es ya demasiado y mi paciencia se acabó. Basta de disimulo, basta de contemplaciones... Ahora mismo iré á ver al rey, le diré la verdad, lo que nadie le ha dicho, le recordaré sus promesas, le pediré justicia, y si no quiere escucharme...

—Sosegaos—le dijo el médico.

—¡Que me sosieguel...

—Os dejáis arrebatar por la cólera antes de saber lo que pasa.

—Doctor, tengo que cumplir un deber, y lo cumpliré. Soy el protector de esta inocente criatura, y por consiguiente...

—¿No comprendéis que sus lágrimas son de alegría?... En estos momentos se considera la más feliz de las criaturas.

—Sí, soy dichosa... ¡Bendito sea el rey!

El veterano se sintió aturdido como nunca.

Consuelo añadió:

—El rey ha perdonado á mi padre y muy pronto lo abrazaré.

—¡Rayos y truenos!...

—Leandro debe de ir á Segovia con esta orden...

—Eso es imposible.

—¿Y por qué?

—Porque si el rey es justiciero...

—¿Os pesa que perdone á mi padre?

—No, hija mía, no; pero... En fin, no sé lo que me digo... ¡Tu padre en libertad!... ¡No lo merece; pero como tú te alegras, yo me alegro también, y sin embargo, no lo entiendo.

—Aquí tenéis la orden, que está terminante.

—¿Y qué sucederá después?

—No os ocupéis de eso—dijo el doctor—, pues lo que ahora interesa es que Leandro no pierda un instante.

—¡Y no se encuentra aquí!...

—Pero decís que volverá pronto.

—Sí, sí.

—Pues le direis que su majestad, suponiendo que está en Guadalajara, os encarga que le aviséis para que vaya á Segovia sin detenerse en Madrid.

—Comprendo.

—El viaje lo haría rápidamente á caballo.

—Y así lo hará.

—Sin embargo, creo que debe ir en un coche, porque allí no ha de encontrar ninguno.

—¿Y qué importa?

- Mucho tal vez.
- Perder un tiempo precioso...
- ¿No pensáis que la salud de vuestro padre debe haberse quebrantado mucho en su encierro?
- Es verdad —murmuró tristemente la joven.
- Supongo que no podrá hacer el viaje á caballo sin exponerse á un trastorno.
- Sois previsor.
- Esto no es una orden, sino mi opinión.
- Vuestro consejo es prudente.
- Cuando vuelva Leandro de Segovia ha de presentarse inmediatamente al monarca para decirle que sus órdenes se han cumplido.
- Y para mostrarle su gratitud.
- He concluido—dijo el médico, poniéndose en pie.
- ¿Tan pronto os vais?
- Me espera su majestad.
- Pero...
- Os visitaré otro día.

La calma del doctor no se había alterado ni por un solo instante.

El señor Antón, que iba de un lado para otro como un tigre enjaulado, le dijo al médico:

- ¿Os ireis sin darnos explicaciones?
- Ya sabéis que don Juan de Guevara está libre, y nada más puedo deciros.
- Sin embargo, la clemencia del rey...
- No es ésta la primera vez que perdona á un criminal.
- Pues no lo entiendo.
- Doctor, vuestros beneficios...
- Todo se lo debéis á Quirós, que es un hombre extraordinario.

Ni más quiso detenerse, ni más hablar Olivares, y se despidió para seguir cumpliendo las órdenes de Felipe II.

Consuelo se entregó á todos los transportes de la alegría.

Poco después volvió Leandro, que también había decidido partir aquel mismo día.

La joven infeliz le dió la orden, diciéndole:

- ¡Mi padre ha sido perdonado!
- ¡Consuelo!
- Tú has de ir á Segovia para sacarlo de su calabozo.
- Pero...
- Algún tiempo perderás, porque debes ir en coche.
- Me aturdes.
- Olivares opina que mi desdichado padre no podrá hacer el viaje á caballo.

El mancebo, para acabar de comprender, dejó de escuchar á Consuelo y leyó la orden del rey.

Tan grande fué su sorpresa que dudó si soñaba.

Pidió más explicaciones y por fin se las dieron.

Aunque no tuviese más que motivos de odio para don Juan, se felicitó siquiera porque el suceso debía ser el complemento de la dicha de la mujer á quien tanto amaba.

Ni remotamente sospecharon que don Juan se encontraba poco menos que en la agonía.

Largo rato pasó antes de que consiguieran dominarse y hablar con sosiego.

Comprendieron al fin que nada conseguían con los comentarios, como no fuese perder un tiempo precioso.

Leandro volvió á salir para proporcionarse un coche.

Nunca como en aquellos instantes echó de menos á sus amigos para hacerlos partícipes de su alegría.

Dos horas después tomaba algún alimento, se despedía de la joven y de su protector y partía.

Cuando acabó de desaturdirse pudo reflexionar.

Entonces le pareció sospechosa la generosidad de Felipe II.

¿Por qué perdonaba á don Juan?

Nadie le hablaba aquellos días de semejante hombre, nadie le había implorado aquella clemencia.

Tan extraña conducta debía tener una explicación.

El mancebo había aprendido mucho del señor Antonio y creyó conveniente no entregarse á ilusiones.

Su instinto no lo engañaba.

CAPITULO XXXIV

DEL TRISTE ESTADO EN QUE ENCONTRÓ LEANDRO Á DON JUAN DE GUEVARA

Aunque no con prontitud, felizmente llegó á Segovia el noble mancebo.

Inmediatamente fué al alcázar y se presentó al alcaide, que era un caballero de muy noble cuna y también de alma muy noble, vasallo muy leal y esclavo de sus deberes.

Leandro le entregó la orden.

El buen alcaide leyó, hizo un gesto de disgusto y dijo tristemente:

—Casi habéis llegado tarde.

—¿Por qué?—preguntó el mancebo en tanto que su rostro palidecía.

—Porque don Juan de Guevara está enfermo gravemente.

—¡Oh!...

—Si pensáis llevarlo á Madrid...

—Para eso he venido.

—Me parece que le será imposible hacer el viaje.

—Nos espera un coche.

—Eso es otra cosa; pero aun así, le costará mucho trabajo.

—¿Está postrado?

—A ratos.

—Entonces...

—A pesar de eso, el médico asegura que el desdichado no puede vivir muchos días.

—¡Dios mío!...

—Por milagro no os habéis encontrado con un cadáver.

—¿Sabía su majestad que en tan triste estado se encontraba el preso?

—Lo ignoro—respondió el alcaide, que era reservado hasta la exageración.

—Me parece—replicó el mancebo—, y perdonad que con franqueza os lo diga, que habéis debido dar parte á su majestad.

—Dios me libre de hacer lo que el rey no me manda.

—No era una desobediencia, y por consiguiente...

—Conozco mis deberes; pero de todas maneras, como no podemos retroceder, es inútil que nos ocupemos de este asunto.

—Ciertamente.

—Ignoro el nombre de la enfermedad del señor de Guevara, y si queréis saberlo tendréis que preguntárselo al médico que lo asiste.

—En Madrid lo verá el doctor Olivares.

—Algunas veces se extravía la cabeza de don Juan y dice cosas muy extrañas; pero en general habla cuerdamente. Supongo que esto es efecto de la calentura que lo devora. Enflaquece por días, pierde las fuerzas y el apetito, y hay momentos en que parece que va á morir.

—¡Desdichado!

—Quizás al devolverle la libertad no se le hace ningún beneficio; pero su majestad lo manda y nuestra obligación es obedecer.

Ninguna duda tuvo ya Leandro de que si el rey había concedido el perdón era porque sabía

positivamente que don Juan de Guevara había de morir muy pronto.

Una leve y amarga sonrisa desplegó.

—Cuando bien os parezca—dijo—, me llevaréis al encierro de ese infeliz.

—Ahora mismo, porque me agrada cumplir mi deber instantáneamente.

—Vamos, pues.

El noble alcaide llamó y dió algunas órdenes.

Inmediatamente llevaron á Leandro al calabozo.

No era éste un espacio lóbrego y húmedo, sino un aposento bastante espacioso con una ventana con fuerte reja por donde penetraba la luz, y que daba á un patio.

Una cama, dos banquillos y una mesa eran los muebles que allí se vetan.

El silencio era absoluto en aquel lugar, y aunque no había nada que fuese verdaderamente horrible, tenían aquellas paredes algo inexplicable de aterrador.

Don Juan de Guevara, aunque vestido, encontrábase en el lecho.

Difícilmente se le reconocía.

Habíase demacrado hasta el punto de que parecía que la piel solamente había sobre sus huesos. El fuego de la fiebre iluminaba sus ojos.

Sus delgados labios secos y blanquecinos entreabríanse, no para sonreír como en otro tiempo, sino para dar salida á su aliento abrasador.

Respiraba trabajosamente.

Bastaba el primer golpe de vista para comprender que no era exagerado el pronóstico del médico. En aquel cuerpo no había vida, ó más bien estaba animado por una vida falsa.

¿Y qué expresaba su semblante?

El sufrimiento, la agonía y nada más.

¿Estaba arrepentido? ¿Se había convencido de que era impotente para realizar sus criminales deseos?

Nada podemos decir sobre este punto, porque era imposible penetrar en el alma de aquel miserable.

¿Qué debía sentir cuando conociese su nueva situación?

¿Qué haría cuando fuese dueño absoluto de sus acciones y de sus bienes, y con todos los derechos del hombre honrado?

Quizás los temores que había manifestado Felipe II se justificaban muy pronto, á menos que la muerte pusiese fin á la existencia del criminal.

Hay criaturas honradas, cuyas virtudes son más firmes á medida que pasan por más duras pruebas, y arrostran serenamente todos los peligros, y mueren sonriendo: asimismo hay criminales cuya maldad acrecienta á medida que sufren contrariedades y derrotas y que se les imponen más duros castigos.

Esto debía sucederle á don Juan de Guevara.

Desde que lo encerraron en el calabozo de donde no debió salir con vida, odió más y más á los que eran sus víctimas y sus adversarios.

Arrepentase, no de haber sido criminal, sino de no haberse ocupado preferentemente en acabar con la existencia del señor Antonio, á quien principalmente consideraba como autor de todas sus desdichas.

No hay que decir que aborrecía también á Leandro, y en cuanto á su hija la hubiera sacrificado sin vacilar.

Lo repetimos; la maldad del señor de Guevara no se concibe.

Al oír el ruido de la puerta y el de los pasos, estremeciéndose violentamente.

Volvió la cabeza, miró al mancebo y dos centellas se escaparon de sus ojos.

—¡Ahl—exclamó.

Incorporóse.

En su alma ruin no podían tener abrigo más que ruines sentimientos.

—Ni siquiera respetáis mi desgracia—dijo—, y venís para gozaros con mi horrible agonía.

—Caballero—interrumpió Leandro con grave tono—, nunca os odié, porque á nadie odio, y porque sois el padre de la angelical mujer á quien amo. Dios sabe que si vuestra salvación hubiera dependido de mí, aun á costa de los mayores sacrificios...

—Es verdad... Perdonadme... ¿Y mi hija?

—Ha sufrido lo que no podéis concebir; pero al fin Dios ha querido consolarla, haciendo que el rey os perdone y os devuelva la libertad.

—¡Libre!—exclamó el criminal.

Y como si repentinamente recobrarse las fuerzas, saltó del lecho.

—¡Libre!—repitió.

No pudo sostenerse más que algunos momentos.

Tuvo que sentarse.

Lo que sucedió en su alma no es posible adivinarlo.

Gradualmente cambiaba la expresión de su semblante.

—¿Y vuestros amigos?—preguntó.—¿Y el señor Antonio?

—Fué desterrado porque consiguió salvar á don Pedro de Carvajal; pero el rey lo ha perdonado también, y muy pronto se casará con doña Luz, cuyo padre ha muerto.

—¡Que se casará doña Luz!—murmuró sombriamente don Juan.

—¿Os pesa?

—No; pero... Y vos ¿que haréis?... Os pregunto, porque ahora, como el rey me ha perdonado, recobro mis derechos de padre, y... no llevéis á mal estas preguntas... Encerrado, separado del mundo, ignoro lo que pasa, y... ¡Oh!... Apenas puedo hablar... pero recobraré las fuerzas... ¿Y cuándo saldré de aquí?

—Ahora mismo, si podéis.

—¡Que si puedol... al que está preso le sobran siempre fuerzas para salir de su prisión. Vamos, vamos... Supongo que volveremos á Madrid inmediatamente.

—Sí, porque vuestra hija os espera con ansiedad.

—Mientras caminamos me daréis explicaciones de todo para que yo pueda comprender la situación... Quizás después de tanto sufrir me aguada la dicha, así como me sorprendió la desgracia cuando creí que más cercano estaba mi triunfo... Vamos, vamos.

En pie se puso el señor de Guevara.

Se apoyó en un brazo del mancebo.

Este quedó silencioso.

Parecía muy preocupado.

Motivos tenía para sufrir, porque acababa de convencerse de que, no solamente no estaba arrepentido don Juan, sino que aun en aquellas tristes horas de su agonía, proponíase hacer cuanto mal le fuese posible á los que habían sido sus víctimas.

Despidióse del alcaide.

Salieron del alcázar.

No quiso don Juan detenerse en Segovia más que para tomar algún alimento, y aquel mismo día emprendieron el viaje á la corte.

A pesar de su debilidad extrema y de que tenía que hacer grandes esfuerzos para hablar, el señor de Guevara continuó haciendo muchas preguntas á Leandro con el fin de conocer perfectamente la situación de cada uno de los que siempre fueron sus enemigos, y en particular del señor Antonio de Qrírós.

De vez en cuando, y contra su voluntad, es-

capábanse de los hundidos ojos del traidor relámpagos de odio ó de alegría feroz, satánica, que eran una prueba de que el arrepentimiento no había regenerado su espíritu.

Los remordimientos atormentan horribilmente, consumen, son un roedor que acaba con la vida en un período más ó menos largo; pero lo que menguaba la existencia de don Juan era el despecho, la desesperación, porque no había podido triunfar, porque se convenció de su impotencia para aniquilar á sus víctimas.

No sabemos si aún ardía en su pecho la impura pasión encendida por la belleza prodigiosa de doña Luz; pero sí podemos asegurar que sufría lo que no es concebible al pensar que muy pronto la mujer objeto de su afán había de ser esposa del señor Antonio, esposa del hombre que lo había humillado mil veces, que lo había anonadado en fuerza de generosidad.

No era posible que tampoco dejase de odiar á Leandro, pues éste era amigo de Quirós y le había ayudado en cuanto le fué posible.

Muy joven era el mancebo; pero la experiencia le había enseñado mucho, tenía también sobrada inteligencia y pudo penetrar en el alma de aquel miserable.

Horrorizóse Leandro en presencia de tanta maldad; pero disimuló, y dando una prueba de su grandeza de alma, no con odio, sino compasivamente, miró al criminal.

Hicieron el viaje con toda la felicidad que era posible; pero cuando á Madrid llegaban, empezaron á desaparecer rápidamente las falsas fuerzas de don Juan de Guevara.

CAPÍTULO XXXV

EL USO QUE DE SU LIBERTAD HIZO DON JUAN DE GUEVARA

A todas horas y con ansiedad creciente esperaba Consuelo, y por consiguiente no fué menos que los viajeros llamasen, sino que apenas oyó la infeliz el ruido del coche, exhaló un grito y exclamó:

—¡Mi padre!

Y corrió, bajando hasta el portal.

El veterano arrugó el entrecejo, murmuró algunas palabras que no pudieron entenderse y siguió á la joven.

Tuvo entonces lugar una escena que apenas puede describirse.

Cuando Consuelo se presentó, detúvose el carruaje, se abrió la portezuela y Leandro saltaba al suelo en tanto que don Juan asomaba la cabeza.

Hubiérase dicho que el miserable se reanimaba.

Sus ojos recobraron el brillo.

Antes que á su hija, miró al veterano.

—¡Padre de mi alma!—exclamó la joven al mismo tiempo que quiso subir al carruaje para abrazar al autor de sus días.

Empero éste extendió un brazo, no para corresponder á la cariñosa demostración, sino para detener á la pobre niña.

—Espera—dijo con una frialdad espantosa.—Luego desahogará tu corazón... Apenas puedo sostenerme, y las conmociones me hacen mucho mal... Aparta... ¿No tengo ningún criado que me ayude á bajar, que me sostenga?

Sintió Consuelo como si se helara su sangre.

Quedó inmóvil.

Se hizo más densa la palidez de su rostro.

No pudo articular una sílaba.

—¡Por el infierno!—gritó el veterano fuera de sí.—¿Así pagáis los beneficios que os hacen? ¿Qué sería de vos sin vuestra hija?

Y añadió dirigiéndose á Leandro:

—¿Lo veis?... ¿Que Satanás me confunda!... Alegraos ahora porque el rey lo ha perdonado... ¡Vive Dios!... Justiciero ha sido siempre Felipe II; pero en esta ocasión...

—Callad—interrumpió el mancebo severamente.—Tenemos que cumplir nuestro deber y lo cumpliremos á costa de todo. ¿Queréis rebajaros al nivel de los mismos á quienes acusáis?

Silencioso quedó Antón, no porque se convenciese de que debía llevar la prudencia y la generosidad hasta el punto que la llevaban sus amigos, pero se dominaba por el bien de Consuelo, á quien amaba tan tiernamente.

Leandro se colocó junto á la portezuela y con grave tono le dijo á don Juan:

—Caballero, no tenéis criados, no tenéis nada.

—¿No me habíais dicho que al devolverme la libertad se me devolvían también todos mis bienes y todos mis derechos?

—Sí.

—Pues entonces, ¿por qué me traéis á esta casa? ¿y la mía?

—Nadie la habita, y si no queréis que os sirvan mis criados, que lo son también de vuestra hija, determinad lo que bien os parezca, pues yo

he cumplido ya las órdenes del rey, os he sacado de vuestro calabozo, os he traído á Madrid con más consideraciones de las que merecéis, y nada mas tengo que hacer.

El señor de Guera, que por momentos parecía recobrar más y más las fuerzas, quedó silencioso por algunos minutos, diciendo luego:

—Está bien. Haré uso de mis derechos. ¿A quién pertenece este coche.

—A quien lo pague, porque no es mío—respondió Leandro.

—De manera que puedo disponer de él.

—Sí.

Don Juan le dijo entonces á su hija:

—Acércate.

Obedeció la joven con movimientos automáticos.

—Acaba de vestirme, ponte un manto—añadió don Juan.

—¿Adónde hemos de ir?

—A nuestra casa ó adonde mejor nos parezca... Soy tu padre, te he reconocido legalmente, y tu obligación es obedecer. Ya te he dicho que luego me abrazarás, y también hablaremos detenidamente de nuestra situación. No temas el peso de mi autoridad, porque son pocos, quizás muy pocos los días que de vida me quedan, y por consiguiente has de verte pronto libre del yugo que ahora te parece tan pesado.

—Padre mío...

—Vamos, porque necesito descansar, y si no quieres seguirme, solo me iré, enteramente solo; pero acudiré á la justicia, y si Felipe II es justiciero, se reconocerán mis derechos de padre.

¿Qué le era posible hacer á la infeliz Consuelo?

Sin necesidad de explicaciones comprendió perfectamente hasta qué punto era crítica su situación.

Amaba á su padre; pero le horrorizaba la idea de quedar á solas con él.

Si desobedecía, no había de encontrar apoyo en el monarca, porque éste diría que su rectitud no le permitía proteger á una hija rebelde.

Medios legales le quedarían á la joven para conseguir que la separasen de su padre; pero ¿qué sucería entre tanto?

Tampoco quería que su padre se fuese solo, porque viéndolo estaba casi en la agonía y no era posible que la infeliz lo abandonase en aquellos momentos, que eran quizás los supremos de la muerte.

Antón, dejándose arrebatarse otra vez, exclamó:

—¿Que el infierno me trague!... A pesar de todos vuestros derechos, Consuelo quedará á mi lado, y no habrá fuerzas humanas que la separen de mí, sino para unirla al hombre á quien ama. ¿Para esto os ha perdonado el rey?... Ahora mismo iré á palacio, veré á su majestad, y...

—Haréis lo que yo disponga—interumpió el mancebo.

—¿Acaso consentiréis?...

—Consuelo obedecerá á su padre.

—¡Mil rayos!...

—Pero nada temáis, porque nosotros la defenderemos, la protegeremos.

—No y mil veces no.

—Señor Antón, os dejáis arrebatarse y no apreciáis la situación.

—Pero...

—Digo que Consuelo se irá, y vos la seguiréis, lo cual no puede estorbaros su padre. Entre tanto yo iré á decirle al rey lo que pasa, porque sin su consentimiento no podemos adoptar ninguna resolución.

Nunca tuvo el veterano que hacer mayores esfuerzos para dominarse.

No quiso la joven prolongar aquella situación.

Lo mismo que otras veces, dando una prueba de la grandeza de su alma, guardó silencio y en la casa entró.

La siguió el veterano, dándole mil razones para convencerla de que no debía seguir á su padre; pero la joven continuó silenciosa, se cobijó con el manto, abrazó al hombre generoso á quien tanto debía, salió de la casa y entró en el coche después de decirle á Leandro:

—Dios me protegerá, y siempre es tuyo mi corazón, tuya mi alma.

¿Cómo pudo contenerse el mancebo?

Esto apenas se concibe; pero lo consiguió.

Su mirada ardiente y penetrante se fijó en don Juan de Guera.

Mandó éste que el coche volviese á la calle de Segovia y se detuviese á la puerta de la posada donde en otro tiempo se había ocultado para fraguar sus crímenes y donde se refugió el miserable Antón.

El pesado vehículo se puso en movimiento.

Ya no lloraba la joven.

Inclinó la cabeza quedando su rostro casi enteramente oculto por el manto.

Cuando estuvieron en la calle de Segovia, le dijo don Juan á su hija:

—No podemos ir á nuestra casa sin que se arregle y tener criados, y por eso te llevo á una posada, donde habremos de estar siquiera dos ó tres días.

Consuelo no tuvo por conveniente responder.

—¿Me has oído?—le preguntó su padre.

—Sí, señor.

—Tanta ansiedad por verme y abrazarme...

—¿Por qué me separáis de las personas á quienes amo tanto y á las que soy deudora de tan grandes beneficios?

—Sobre ese punto te daré explicaciones oportunamente, porque ahora estoy muy fatigado y ante todo necesito descansar; pero por de pronto debes tener entendido que lo que tu padre dispone ha de parecerte bien y tienes la obligación de respetarlo.

—Ya véis que obedezco.

—La situación ha cambiado completamente para todos.

—Sí, cuando empezaba á creer que mi dicha era completa...

—Aspirabas á un imposible.

—¡Padre mío!—exclamó la joven, levantando la cabeza y fijando en su padre una mirada ansiosa.

—No debes amar á los que han perseguido á tu padre, acusándolo de asesino.

—Pero...

—Ahora no me refiero á Leandro.

—Los demás no han hecho más que defenderme.

—Para herirme.

—¿Qué sería de mí sin su protección?

—Tenías la de tu padre, aunque otra cosa te hayan hecho creer.

¿Qué había de responder Consuelo?

Volvió á quedar silenciosa, si bien estaba dispuesta á luchar.

No pudieron continuar entonces la conversación, porque el carruaje se detuvo á la puerta de la posada.

El posadero acudió con la presteza que el caso requería y considerándose muy afortunado, porque no esperaba el honor de que á su casa fuesen personas tan ricas y nobles que en coche caminaban.

Abrió la portezuela mientras hacía reverencias profundas.

Miró á los que suponía viajeros, y como era buen fisonomista reconoció á don Juan de Guevara.

No pudo ser más profunda su sorpresa.

—¡Ahl—exclamó.

Y abrió desmesuradamente los ojos y quedó inmóvil como una estatua.

Don Juan con áspero tono le dijo:

—Necesito los mejores aposentos de vuestra casa.

—Caballero...

—¿Están desocupados?

—Todos.

—Ayudadme á bajar, porque me faltan las fuerzas... Esta dama es mi hija y os lo advierto para que la tratéis con la debida consideración.

—Descuidad, pero... ¿quién había de creer?...

—Acabad, que necesito descanso.

—Me perdonará vuestra señoría—dijo el posadero, mientras ayudaba al criminal para que bajase del coche.—Estoy aturdido... Vivir para ver... Me habían dicho... ¡Virgen santa!.. Pues ahora... Otra vez os pido perdón.

—Callad.

La joven, siempre recatándose el rostro, siguió á su padre.

Atravesaron el zaguán.

Subieron.

El señor de Guevara se movía muy trabajosamente.

Como todas las habitaciones estaban desocupadas, pudieron acomodarse en las mejores.

El posadero continuaba aturdido y miraba con cierta desconfianza á don Juan, porque no se había olvidado de los sucesos que tuvieron lugar en su casa y que pudieron comprometerlo gravemente.

No ignoraba, que á don Juan se le había castigado con un encierro para toda su vida, y, por consiguiente, no acababa de comprender cómo se encontraba libre, y mucho menos que se presentase en compañía de aquella encantadora joven.

Empero no hizo ninguna pregunta indiscreta y ni siquiera se atrevió á hablar, como no fuese para preguntar al caballero si quería comer.

Consuelo se quitó el manto y se sentó, inclinando sobre el pecho la cabeza.

La situación no podía ser más extraña.

¿Cómo terminaría?

CAPITULO XXXVI

CÓMO RECIBIÓ EL REY LA NOTICIA

Leandro no quiso perder un instante y al al-
cázar real se encaminó, haciendo grandes es-
fuerzos para dominarse.

Ya no podía don Juan de Guevara cometer
ciertos abusos, porque le faltaban las fuerzas y
otros muchos elementos con que antes contaba;
pero sí podía negar su consentimiento para que
su hija se casase, lo cual era el mayor mal que
hacer podía á los dos jóvenes enamorados.

¿Para qué les serviría á éstos la vigilancia y la
firme resolución de luchar?

No había lucha posible desde el momento en
que sólo se trataba de la autoridad de un padre,
es decir, de una cuestión puramente legal.

Había también la circunstancia de que el ena-
morado mancebo se encontrase enteramente
solo, pues el buen Antón no podía prestarle nin-
guna clase de ayuda.

No tuvo que esperar en las antecámaras, por-
que apenas fué anunciado lo recibió Felipe II,
dirigiéndole palabras tan cariñosas como de sus
labios podían salir y diciéndole luego:

—Supongo que ya habéis desempeñado vues-
tra comisión y que don Juan de Guevara se en-
cuentra en Madrid.

—Así es, señor.

—¿Habéis tenido que vencer alguna dificultad?

—Una se me presentó en Segovia, porque á
don Juan encontré gravemente enfermo, y, se-
gún el médico opina, su existencia será breve.

—Quizás se equivoca.

—Dios lo quiera, por más que sea contrario á
mis intereses.

—Estáis agitado.

—Señor...

—¿Tendré que arrepentirme de haber perdo-
nado á Guevara?

—Todo es posible.

—¿Qué sucede?

—¡Oh!—exclamó el mancebo, que muy traba-
josamente se contenía.—Don Juande Guevara
es el mas miserable de los hombres.

—¿Ahora lo sabéis?

—Cref que después de lo que ha sufrido y al
ver que las miradas del mundo se fijan en él, no
se atrevería...

—Tenéis pocos años—interrumpió el mo-
narca.

—Pero conozco á ese hombre.

—¿Qué ha hecho?

—Ha rechazado á su hija cuando quiso abra-
zarlo y en seguida dispuso hacer uso de sus de-
rechos de padre y se la ha llevado á una posada,
á la misma donde en otro tiempo se albergó y
donde también permaneció oculto el criminal
llamado Antolín. Ahora puede cometer don
Juan cuantos abusos quiera, porque nadie está
autorizado para pedirle cuentas de su proceder.
Quizás su vida será breve; pero Dios sabe el mal
que entretanto ha de hacernos.

—Sí, por de pronto se opondrá á que Consue-
lo sea vuestra esposa.

—Y en ese caso...

—Nada—dijo el rey con su calma inalterable,
—absolutamente nada podré hacer en vuestro
favor.

—¡Oh!...

—Habéis tenido un gran maestro; pero aún
os falta aprender mucho.

—Señor, no soy vanidoso.

—Antes que nadie, vos me habéis pedido el
perdón para Guevara, y si no habéis cometido la
locura de intentar sacarlo de su encierro, ha
sido porque os ha faltado la ocasión. Me agrada
que seais generoso, y sobre este punto no os
aconsejaré que cambiéis de conducta; pero tened
entendido que nunca debe el hombre pensar en
las consecuencias como cuando hace un bien.
Os equivocásteis si creísteis que los beneficios
podían hacerse sin que costasen muy caros, y en
esto precisamente consiste el mérito de la gene-
rosidad. Quirós ha sido también generoso hasta
la exageración; pero á sabiendas de que podía
verse muy comprometido, y estando dispuesto á
arrostrar las consecuencias. Por eso no lo habéis
visto nunca quejarse ni arrepentirse.

—Yo tampoco, señor.

—¿Creísteis que don Juan estaba arrepenti-
do?... Responded la verdad.

—Señor, confieso que me equivoqué.

—¿Qué haríais si aún se encontrase en su en-
cierro?

Leandro levantó la cabeza, miró frente á fren-
te al monarca, lo cual no era fácil hacer sino en
ciertas situaciones y momentos, y sin vacilar y
con voz firme respondió:

—A sabiendas de que había de hacerme mu-
cho mal, si en su calabozo estuviese aún don
Juan de Guevara, me vería vuestra majestad
venir para pedirle de rodillas clemencia.

—Bien, muy bien. Los hombres deben tener valor para arrostrarlo todo cuando se trata de cumplir un deber. Yo tampoco me detengo ante nada para hacer justicia.

—Lucharé y Dios me ayudará.

—Y si triunfáis seréis doblemente dichoso, porque la felicidad es mayor cuando ha costado grandes sacrificios. Lo que se adquiere fácilmente, poco ó nada vale para nosotros, y casi no es goce el que conseguimos sin más molestia que el deseo. Pero tened entendido que la derrota está siempre más cerca que el triunfo, y si sucumbís...

—Me resignaré y moriré sin exhalar una queja.

—La situación es mala, pero sencilla, pues todo se reduce á que amais á una mujer, cuyo padre se opone á la realización de vuestros deseos. ¿Debo hacer algo contra los derechos de su padre? No, porque la autoridad de que estoy revestido en nombre de Dios, no puedo emplearla en cometer injusticias. ¿Qué recursos os quedan? No veo ninguno.

—Señor—replicó el mancebo—, no he venido para pedir ayuda, ni mucho menos con la esperanza de que para favorecerme se cometan injusticias, sino para tener la honra de participarle á vuestra majestad qué he cumplido sus órdenes, dándole también á conocer la nueva situación. Ahora, si algo debo hacer...

—Nada más que ocuparos de lo que tanto os interesa. En libertad estáis para quedaros en la corte ó volver á Guadalajara.

—Gracias, señor.

—Que Dios os proteja.

El mancebo salió de la cámara.

Había sido para él motivo de nuevo sufrimiento la fría calma de Felipe II.

No debía sorprenderle semejante indiferencia.

Encaminóse á la calle de Segovia para reunirse con Antón, que se había situado frente á la posada con el propósito firme de no moverse de allí.

Entretanto el monarca llamó á Olivares, le dijo lo que sucedía y le mandó que fuese á ver á don Juan y que lo examinase bien para poder pronosticar con acierto.

El médico escuchó sin manifestar sorpresa, disgusto ni alegría, y se dispuso á cumplir la orden.

CAPITULO XXXVII

CÓMO SE CUMPLIÓ EL PRONÓSTICO

DE OLIVARES

Conferenciaron muy detenidamente Leandro y Antón, sin que les fuese posible adivinar lo que se proponía el señor de Guevara.

Por de pronto éste hacía uso de sus derechos de padre; pero no era posible que se contentase con esto, puesto que no se le ocultaba que su existencia terminaría en un plazo no lejano, y su odio, su anhelo de venganza no había de quedar satisfecho con poner á los dos amantes estorbos, que desaparecerían más ó menos tarde. Era, pues, indudable que pensaba hacer algo para que jamás se realizase la dicha de aquellas nobles criaturas.

¿Y doña Luz?

También era imposible que no pensase en ella el criminal.

¿Cómo había de resignarse á verla casada con Quirós?

Más que en conservar la vida tenía empeño don Juan de Guovara en hacer mal á sus enemigos.

De doña Luz tampoco podía olvidarse Leandro: tenía el deber de velar por ella, y por consiguiente un cuidado más.

Cualquiera que fuese el plan de Guevara, opinó el veterano que no debían perderlo de vista un momento, y para vigilar constantemente era lo mejor instalarse en la posada. Así tendrían también más facilidades para ver á Consuelo, lo cual no era poca dicha para el enamorado joven.

Esta determinación la pusieron en práctica inmediatamente, y por segunda vez tuvo el posadero motivo para sorprenderse, pues reconoció al veterano, aunque ya sabemos que no lo había visto más que una vez.

—Esta gente paga con largueza—decía el huésped para sí—; pero bien puede suceder que con algún diabólico enredo me proporcionen más de un disgusto. Todas las explicaciones del bribón de Antón no fueron bastante para que yo entendiese este asunto; pero sí comprendo su gravedad, porque las consecuencias han sido terribles. Con pies de plomo andaré, seré prudente y callado, y así no habrá motivo para que me acusen.

Instalados estaban ya en un aposento de no

muy buenas condiciones, cuando llegó Olivares.

Aunque vestido, en el lecho estaba don Juan, y á poca distancia su hija, sentada y revelándose en su semblante pálido sus temores y su dolor.

El doctor se había presentado sin anunciarse, porque bastó que pronunciase su nombre para que el posadero le dejase el paso libre sin cuidarse de más.

Dió un paso en el interior del aposento, se detuvo y fijó la mirada en el criminal.

Este se estremeció.

Cambió instantáneamente la expresión de su semblante.

Debía sentirse vivamente contrariado.

La joven exhaló un grito que parecía de júbilo, pues debía creer que el célebre médico iba para favorecerla en cualquier sentido.

Semejante esperanza era muy natural, puesto que nunca había visto al doctor sin recibir un beneficio.

—Guárdeos Dios—dijo el médico con reposado tono.

—¡El cielo os envía!—exclamó Consuelo sin poder contenerse.

—Os equivocáis—replicó Olivares mientras desplegaba una sonrisa de benevolencia—, porque quien me manda venir es el rey nuestro señor.

Y esto diciendo, acercóse á la cama.

Don Juan se incorporó.

Nadie hubiera creído que se encontraba casi en la agonía.

Sus ojos brillaban intensamente como si en ellos se hubiera concentrado la poca vida que le quedaba.

Sin cuidarse de saludar al doctor, lo miró fijamente y le preguntó:

—¿Qué queréis?

—Yo nada quiero; pero ya me habéis oído decir que vengo á cumplir las órdenes de su majestad.

—Aquí estoy—replicó el señor de Guevara—; aquí me tenéis en uso de mis derechos. ¿No me ha perdonado incondicionalmente su majestad? Así me lo han dicho, y si no es verdad, que responda quien me ha engañado. O el perdón es una verdad, ó es una farsa, y en el primer caso me parece...

—Perdonad.

—¿Qué podéis decirme?

—Que no os entiendo.

—¿Doctor!...

—Su majestad me ha dicho que os encontrabais en esta posada y enfermo, y que quería conocer mi opinión sobre el estado de vuestra salud. Soy el médico y nada más; os examinaré, si no os oponéis, y luego me ocuparé exclusivamente en cumplir mis deberes como siempre los he cumplido. ¿Por qué os encontráis aquí? Lo ignoro y tampoco quiero saberlo. Lo que me importa es el pulso y los demás síntomas necesarios para hacer un diagnóstico.

El señor de Guevara cambió de postura.

Volvió á mirar al médico.

Luego desplegó una sonrisa irónica y dijo:

—¿Y si declaro que estoy en salud completa?

—En paz os dejaré, porque no necesito más.

—Supondo, doctor, que no habéis olvidado... No es eso.

—¿Pues qué?

—La primera burla de Quirós... Esperad.

Como si hubiese recobrado todo el vigor de la juventud, don Juan saltó del lecho, atravesó con paso firme la habitación, llegó hasta la puerta, la cerró y luego, retrocediendo hasta el sitio donde se encontraba Olivares, le dijo:

—Ya podemos hablar.

Se contrajo la frente del médico.

Consuelo miró á su padre con ansiedad.

Los tres quedaron silenciosos.

Pasaron algunos minutos.

Por fin dijo Olivares:

—Tenéis razón.

—A vos os perdonaré; pero á los demás...

—Es justo.

—Aquella noche de agitación horrible; el siguiente día, cuando me encontraba en mi habitación de la hostería, y después aquella mañana... ¡Oh!... ¿Cómo pudisteis salvar la existencia del que se encontraba en la agonía? Yo no quiero vivir, sino que ellos mueran. Doctor, decidle al rey que si me ha perdonado para perseguirme...

—No.

—Ahí tenéis á mi hija.

—¡Dios misericordioso!—exclamó la joven.

—¡Pobre niña!—murmuró el médico.

Don Juan miró á todos lados.

En sus ojos se pintaba el extravío.

Su respiración era trabajosa.

Parecía que no se ocupaba de su hija ni de Olivares.

Murmuró algunas palabras que no pudieron entenderse.

Consuelo temblaba.

Sombria se tornó la mirada del médico.

Dió algunos pasos y se sentó junto á una mesa donde había tinta y papel.

Escribió, principiando por la palabra *Récipe*.

Cuando se puso en pie miró á Consuelo, señaló hacia la mesa y le dijo á media voz:

—Una cucharada cada media hora.

—Pero...

El médico puso el dedo índice sobre sus labios.

La joven no se atrevió á pronunciar una palabra.

Inmóvil quedó como si se hubiese petrificado.

Apreciaba en toda su extensión la nueva desgracia.

Don Juan volvió al lecho, se acostó y ocultó el rostro entre las manos.

No es posible pintar el cuadro que presentaban aquellas tres personas.

El doctor tenía el mismo aspecto que siempre.

El llanto empezaba á correr por el rostro de Consuelo.

Y el señor de Guevara, contraído violentamente, permanecía inmóvil en el lecho.

Después de Algunos minutos dijo Olivares:

—Ahora no puedo ofreceros ningún auxilio; pero confío en que lo tendréis. Voy á dar cuenta á su majestad del resultado de esta visita. La desgracia es inmensa, pero no me sorprende.

—¡Ahl... ¿Qué será de mí?

—Esperadlo todo de la misericordia divina.

—¡Padre mío!...

—Si en estos momentos os falta el valor, Dios sabe lo que sucederá. No debo ni puedo detenerme... ¡Que Dios os proteja!

Ni más dijo, ni más escuchó el médico.

Salió mientras la joven cata de hinojos y dirigía súplicas fervientes á Dios.

Cuando el corredor atravesaba el médico, encontróse casi de repente con Leandro y Antón.

—¿Qué hacéis por aquí?—les preguntó Olivares.

—¡Mil truenos!—exclamó el veterano.

—¿Por qué habéis venido?—preguntó ansiosamente el mancebo.

—Para ver á don Juan de Guevara en cumplimiento de las órdenes de su majestad, que desea saber lo que opino.

—Y bien...

—Escuchadme con calma, porque si os dejáis arrebatar, Dios sabe lo que será de la niña infeliz á quien amáis tanto.

—Pero...

—Se han realizado mis temores.

—¿Creeis que es posible que don Juan recobre la salud?

—Otra cosa ha perdido que no ha de recobrarla sino cuando vaya á morir.

—No os comprendo.

—Me refiero á la razón, al juicio.

—¡Doctor!...

—Don Juan está loco.

—¡Loco!—exclamó Leandro.

—¡Cien mil legiones!—gritó como fuera de sí el veterano.

—Silencio.

—¡Consuelo á merced de un loco!—¿Y queréis que calle y que quieto me esté?... Dejadme, porque...

—Sí, al lado de esa pobre niña quedaréis, porque os necesita; pero tened cuidado, mucho cuidado de no contradecir en ningún caso á don Juan, y concretaos á defender á su hija en los momentos en que vuestro auxilio necesite.

—Comprendo—dijo Leandro.

—En cuanto á la vida del enfermo, nada puedo pronosticar, pues es posible que en su tristísimo estado se prolongue mucho tiempo su existencia. La situación es crítica, muy crítica, y por lo mismo nunca habéis necesitado tanta prudencia como ahora. Cumpló mi deber al haceros estas advertencias, y ahora dispondréis bajo vuestra responsabilidad. He recetado y me permitiré hacer algunas advertencias al posadero.

—¿Cuándo volveréis?

—Cuando lo disponga su majestad.

Ni Leandro ni Antón detuvieron á Olivares, porque ante todo deseaban ver á Consuelo.

Haciendo ambos un esfuerzo, atravesaron el corredor y entraron en la habitación donde se encontraban el padre y la hija.

Muy difícilmente reprimió ésta un grito.

Abrazó al veterano, y con una mirada le dijo al mancebo cuanto sentía.

Olivares bajó entretanto la escalera, encontrando en el zaguán al posadero y diciéndole:

—A todas horas, entendedlo bien á todas horas estaréis atento para cuanto necesiten la hija del señor de Guevara y las dos personas que quedan en su compañía. Y seréis reservado, si no

queréis que vuestra vida se consuma en un calabozo del alcázar de Segovia.

—Pero...

—Nada más tengo que deciros.

—Esperad, porque...

—¿No me habéis entendido?

—Sí... No...

—Que Dios os guarde.

Tan aturdido se encontró el huésped que no acertó á replicar.

Antes de que pudiese hablar, el médico salió de la posada y se alejó calle arriba.

CAPITULO XXVIII

LA ÚLTIMA DESGRACIA.

Aún no había transcurrido una hora cuando el criminal se incorporó de repente, y saltando del lecho, corrió hacia una de las ventanas.

Su aspecto era aterrador.

Su hija, lanzando gritos desgarradores, corrió hacia su padre, y lo mismo hicieron Leandro y Antón, consiguiendo sujetar al desdichado loco.

Este hizo grandes esfuerzos para desasirse; pero un minuto después languidecía y caía en brazos de los que habían sido sus víctimas.

No era menester más que mirarlo para comprender que estaba muy cercano el fin de su existencia.

Lo colocaron en su lecho.

Su hija le dirigió las palabras más tiernas, lo besó y acarició con frenesí.

Leandro dispuso que inmediatamente fuese el posadero en busca del doctor Olivares.

El veterano juraba y maldecía mientras.

Don Juan miraba alternativamente á su hija y á Leandro; pero ni una sola palabra les dirigía. Veinte minutos pasaron así, que veinte siglos debieron parecer á la desdichada joven.

Se presentó el célebre médico.

—¡Salvado y disponed de mi vida!—exclamó Consuelo.

—Sobre los hombres está Dios—dijo Olivares con grave tono.

—¡Ah!...

—No olvidéis que la resignación es uno de los deberes de la criatura.

Acercóse el doctor al lecho.

Fijó su mirada penetrante en el señor de Guevara.

Permaneció inmóvil y silencioso algunos minutos.

Luego dijo:

—Papel y pluma.

—Venid... aquí lo tenéis.

Escribió Olivares una receta.

—Cumpla mi deber de luchar con la muerte—dijo—; pero declaro que no hay salvación posible, y el peligro es tan inminente, que antes de ir por este medicamento debiera irse por un sacerdote.

No pudo Consuelo contener un grito desgarrador.

Acercóse otra vez al lecho.

—¡Padre mío, padre de mi alma!—gritó con el acento de la desesperación.

El señor de Guevara hizo un esfuerzo.

Incorporóse.

Miró á su hija y exclamó:

—¡Y no he podido triunfar!

Estremeciéndose violentamente.

Volvió á caer.

Quedó inmóvil.

Sus ojos perdieron el brillo y la expresión.

Arrugóse el entrecejo de Olivares.

Un grito destemplado exhaló Consuelo, y sin conocimiento cayó en los brazos de su amante.

—Todo ha concluido—dijo el doctor.

Efectivamente, don Juan de Guevara había dejado de existir.

Se produjo la confusión que era consiguiente.

Antón Cañamero, que siempre juraba y maldecía, no quiso ocuparse más que de la joven.

Leandro tampoco se separaba de ella.

El médico tuvo que recetar nuevamente.

Media hora después Consuelo recobraba el sentido, y el llanto brotaba de sus ojos.

—Demos gracias á Dios—dijo Olivares—, porque estas lágrimas son la salvación de su vida. Si la ciencia tuviese recursos para hacer llorar, evitaríamos más de una desgracia.

Las primeras palabras de Consuelo fueron para preguntar por su padre.

Entonces Leandro tuvo que apelar á toda su ternura, así como el doctor á todo su talento.

Cuando la joven se creía más dichosa fué cuando sufrió uno de los golpes más terribles que destrozaron su alma.

Cuando la calma se restableció en cuanto era posible, Olivares se despidió y salió para volver á palacio y darle al rey cuenta del triste suceso.

CAPITULO XXXIX

LO QUE DETERMINARON UNOS Y OTROS

Al día siguiente Leandro fué al alcázar real, solicitando ver al monarca.

Este lo recibió, diciéndole:

—Bien venido seais, aunque noticias tristes me traeis.

—Señor...

—Vuestra conciencia puede estar tranquila, porque habéis hecho cuanto era posible, y motivos tiene la inocente Consuelo para envanecerse con su gran corazón.

—Señor...

—Lo sé todo y no tenéis que molestaros en darme ninguna explicación. Don Juan de Guevara ha muerto, y ya habrá dado á Dios cuenta de su proceder en este mundo. La justicia de los hombres está satisfecha y lo que debéis hacer es olvidar lo que en otro tiempo os hizo sufrir mucho. Tengo la seguridad de que ahora también sufrís, porque participáis del dolor de esa pobre niña.

—Si ella no es feliz, yo tampoco puedo serlo.

—Pero preciso es reconocer que la muerte de don Juan de Guevara ha sido para vos una gran fortuna.

—Sin embargo, yo haría cualquier sacrificio para resucitarlo.

—¿Creéis que estaba arrepentido?

—Señor...

—Responded con franqueza.

—Pues bien; me parece que aún el odio, el deseo de venganza, ardía en el pecho de don Juan.

—Yo lo había perdonado, gozaba ya de todos sus derechos, y si la salud hubiera recobrado, tened por seguro que de Consuelo no seríais esposo.

—¡Oh!...

—Ha muerto, y ahora se le nombrará un tutor á la huérfana, tutor que puede serlo el honrado Antón, y así vuestra felicidad quedará asegurada. Dispondré que se devuelvan los bienes secuestrados á don Juan, bienes que hereda su hija, y como vos habéis de heredar también un gran caudal de vuestra madre...

—Señor, para ser feliz no necesito más que la tranquilidad de mi conciencia y el amor de Consuelo.

—Licencia tenéis para casaros cuando bien

os parezca, y como deseo que completa sea vuestra dicha, escribiréis á vuestros amigos diciéndoles que yo los autorizo para volver á la corte ó determinar lo que más les convenga.

—¡Ah!...

—Pero no olvidéis que ante todo hago justicia, y, por consiguiente, si tuviérais la desgracia de olvidar vuestros deberes en cualquier sentido, me olvidaría de quién sois y haría justicia también con la severidad que me manda mi conciencia.

Iba á responder el mancebo; pero Eelipe II lo interrumpió, diciéndole:

—Cuando seais esposo de Consuelo, podréis venir los dos á saludarme. Retiraos y que Dios os bendiga y os conceda toda la felicidad que deseo para vos.

Algunas palabras de gratitud pronunció Leandro.

Profundamente conmovido salió de la cámara.

A su morada volvió.

Las agradables noticias que llevaba debían ser un bálsamo consolador para la joven.

Antón Cañamero, entusiasmado, dijo:

—Ya lo oyes, el rey es justiciero.

Aquel mismo día, y después de haber cumplido el deber de dar sepultura al cadáver de don Juan, Leandro escribió á su madre y al señor Antón.

Antes de que transcurriesen ocho días llegaron á la corte los que ausentes estaban contra su voluntad.

Ningún obstáculo se les presentaba ya para la realización de su dicha; pero Consuelo, obediente á los impulsos de su noble corazón, declaró que no se casaría hasta que transcurriese un año y pudiera quitarse el luto que por su padre llevaba.

Doña Luz declaró á su vez que tampoco se casaría mientras su tío estuviese sufriendo en un calabozo, y Maldonado y María dijeron que no querían tampoco realizar su dicha sin ver completamente dichosos á los que eran sus amigos y generosos protectores.

Las tres bodas quedaron, pues, aplazadas; pero esta dilación no mortificaba á los enamorados.

Entre tanto don Diego de Pantoja cumplía sus deberes, y pronunció el fallo contra los criminales.

La salvación de don Fadrique era imposible

y condenado fué á morir, si bien decapitado por ser noble, en vez de ahorcado como Antolín.

No solamente doña Luz, sino el señor Antonio, acudieron al rey suplicándole que perdonase al criminal; pero no pudieron conseguir más sino que la pena de muerte fuese conmutada por la de encierro perpetuo.

El pueblo de Madrid tuvo ocasión de regocijarse acudiendo á la plaza del Arrabal para ver morir en la horca al desdichado Antolín.

Al espectáculo no faltó el posadero, recordando filosóficamente los escudos que había recibido de manos del criminal.

Don Fadrique fué llevado al alcázar de Segovia, queriendo la casualidad que lo encerrasen en el mismo aposento que había ocupado don Juan de Guevara.

Allí debía consumir su existencia, pues para él no habría nuevo perdón.

Desde entonces la vida de nuestros amigos debía pasar tranquilamente.

La madre de Leandro era todo lo feliz que podía ser con sus tristísimos recuerdos.

EPILOGO

Un año había transcurrido.

Al amanecer de una mañana de Mayo entraron en la iglesia de San Andrés todos nuestros amigos acompañados de otros suyos.

En sus semblantes se pintaba una satisfacción inmensa y la más viva alegría.

Arrodilláronse para orar.

En un rincón del presbiterio, arrodillado también, con las manos cruzadas y la cabeza inclinada sobre el pecho, había un fraile.

No era menester más que mirarlo para comprender que en aquellos momentos estaba poseído de fervor religioso.

Los que en la iglesia habían entrado fijaron una en él una mirada cariñosa y suspiraron tristemente como si por un momento se turbase su alegría.

Reinó un silencio profundo.

Media hora pasó.

El sacerdote bendijo la unión de las tres amantes parejas.

Celebróse la misa.

El fraile continuaba inmóvil como si se hubiese petrificado.

Terminó la santa ceremonia.

Las criaturas que tanto habían sufrido, que á tanta costa habían comprado su felicidad, salieron del templo.

Cuando el religioso quedó solo, levantó la cabeza, miró al cielo y exclamó con voz que revelaba conmoción profunda:

— ¡Dios misericordioso, hacedlos felices!

Limpio dos lágrimas que se escaparon de sus ojos.

Se puso en pie.

Pudo verse entonces su pálido semblante.

Casi no es menester decir que era don Pedro de Carvajal, que pocos días antes había profesado en el monasterio de San Martín.

Tales habían sido los esfuerzos de su voluntad, que desaparecieron de su alma todas las malas pasiones.

No había llegado á ser feliz de la manera que lo fueron sus víctimas y amigos; pero se consideraba dichoso con la paz del espíritu que Dios había querido concederle, y no ambicionaba más.

Su fiel criado Roque se había quedado en el monasterio, no porque pensase profesar, sino porque no quería separarse de su antiguo señor, y como nunca tuvo ambiciones y vivía tranquilamente, también se consideró feliz.

FIN DE LAS JUSTICIAS DE FELIPE II

V. Blasco Ibáñez

Argentina y sus grandezas

(Segunda edición)

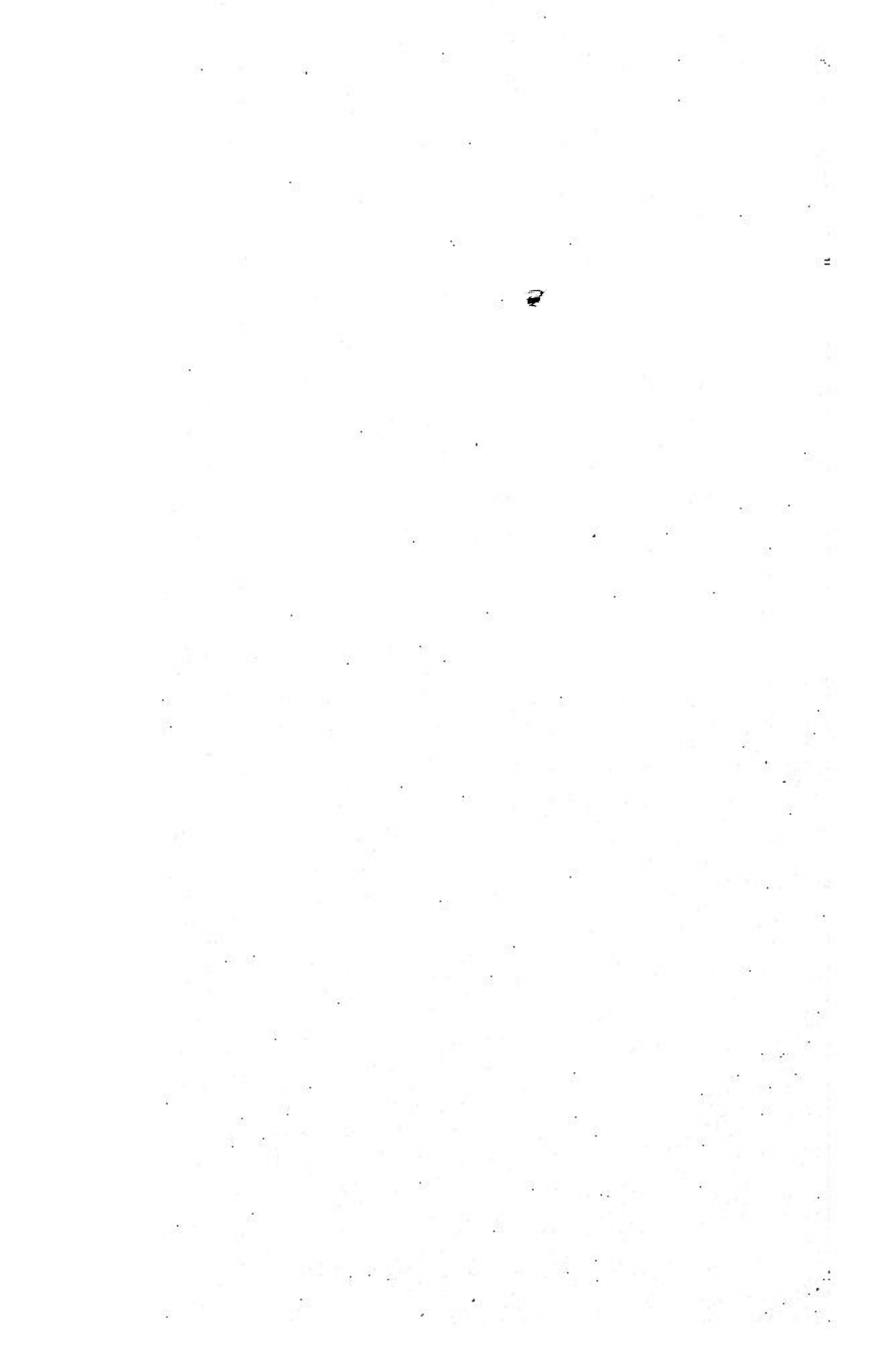
La gran República Argentina, con su historia, sus costumbres, sus paisajes y su vida toda, aparece admirablemente descrita en este libro de incomparable belleza y de observación minuciosa y documentada. Blasco Ibáñez, el ilustre novelista español, no ha escrito de memoria. Recorrió todo el país argentino, desde las mesetas del Norte, bañadas por un sol tropical, hasta las comarcas del Sur que cubren los hielos antárticos. Visitó territorios que los mismos nacionales de otras latitudes desconocen, y á sus notas y apuntes de descriptor magistral y colorista, acompañó el documento gráfico, recogiendo millares de fotografías de todas las comarcas. Después de estos estudios, algunos de los cuales le ocuparon meses enteros, escribió su obra. Va en primer término la descripción del país argentino, la grandeza del territorio, sus montañas, sus lagos, sus ríos, la raza, el clima, la fauna y la flora, la agricultura, la ganadería, el comercio y el valor de la tierra. Sigue el estudio histórico de la Argentina de ayer, los conquistadores, los exploradores del Río de la Plata, la época de D. Juan de Garay, la vida colonial, la ciudad, el campo, las miserias jesuíticas, el virreinato y la independencia. Relátase después la Argentina de hoy, su organización definitiva, la política, el ejército, la marina, la educación, las ciencias, letras y artes, la prensa, el carácter argentino, la mujer, la beneficencia, la riqueza del país, los barcos, los ferrocarriles, la colonización y los extranjeros. Sigue una hermosa visión de lo que será la Argentina de mañana con el glorioso porvenir de aquel país floreciente y poderoso, que, así como avanza, acelera la velocidad de sus progresos. Y por último, como complemento de estos estudios de conjunto, va uno particular y especial de cada una de las provincias argentinas, con la impresión literaria del autor en su excursión por ellas, con su historia regional, su geografía, sus costumbres, su estadística y su producción.

Poco hemos de decir en cuanto á la parte material de esta obra, editada á todo lujo y sin escatimar ningún gasto. Su mejor elogio es rogar al lector que la examine en cualquier librería. Forma un volumen en folio de cerca de ochocientas páginas en papel couché, con millares de fotograbados en cobre. Fuera del texto van unas hermosas láminas en colores que, como todo el gráfico de la obra, son un modelo de estampación. Está encuadernada en piel, con oro y hierros especiales. Agotada la primera edición, hemos puesto á la venta la segunda al precio de **25 pesetas**.

Pedidos á la

EDITORIAL ESPAÑOLA AMERICANA,

Mesonero Romanos, 42, Madrid. Apartado núm. 376.



PROLOGO DE EL ARTE DE LEER

Por EMILIO FAGUET, de la Academia Francesa, una de las obras más hermosas que se han publicado recientemente y que acaba de ponerse á la venta en todas las librerías.

"Se lee demasiado poco—decía Voltaire—; y, aun entre los que lo hacen para instruirse, la mayoría lee muy mal."

También un epigramista desconocido—al menos yo le desconozco—decía á principios del siglo XIX:

He aquí la suerte de los hombres:

Muchos los llamados y pocos los elegidos.

He aquí la suerte de los libros:

Muchos los deletreados y pocos los leídos (1).

De aquí se deduce que el saber leer constituye un verdadero arte. Pensando en ello escribí Sainte-Beuve que "la crítica no es más que un hombre que sabe leer y enseña á leer á los demás".

¿Pero en qué consiste este arte?

He aquí una pregunta difícil de contestar.

Puesto que todo arte ha de definirse según el objeto que aspira á conseguir, debemos, antes de nada, preguntarnos por qué y para qué leemos.

¿Es para instruirnos? ¿Es para juzgar las obras? ¿O es, por el contrario, para simple deleite ó regocijo?

En el primer caso debemos leer lentamente, con la pluma en la mano, anotando todo cuanto nos enseñe el libro, todo lo que haya en él de desconocido para nosotros. Después debemos releer muy despacio cuanto hayamos escrito.

Se trata, por lo tanto, de un trabajo serio y grave, donde no hay otro placer que el de sentirse cada vez más instruido.

En el segundo caso, cuando se leen las obras para juzgarlas ó, dicho en otros términos, cuando se lee *en crítico*, también hay que leer lentamente, tomando notas á cada momento é incluso sobre fichas ó tarjetas de índice.

Fichas relativas á la invención, á las ideas nuevas; referentes á la disposición, al plan ó especial manera con que el autor desarrolla su tema, é intercala en éste los pensamientos y las imágenes; fichas acerca del estilo y dominio del idioma, y fichas, por último, que se refieran á la diferencia ideológica entre el autor y el lector, acerca de su criterio comparado con el nuestro y el de su generación frente al de la nuestra.

- (1) Beaucoup d'appelés, peu d'élus.
.....
Beaucoup d'apelés, peu de lus.

De todas estas notas surge el concepto en que debemos tener al autor, y ya sólo nos resta reunir, generalizándolas, las ideas particulares que hemos ido observando y anotando para hacer, si no un buen artículo, por lo menos un artículo que se pueda leer.

Sin embargo, hay que reconocer que este sistema tiene el inconveniente de enseñar á leer *como crítico* y no sirve para gozar con la lectura. Pero no por eso debemos destruir la afirmación de Sainte Beuve.

El crítico que no lee gozando con la lectura, es incapaz de enseñar á los demás ese placer.

Podrá enseñar á leer como crítico, y por lo tanto, no enseñará sino un placer muy relativo, algo seco y árido.

Recuerdo que pocos meses antes de su muerte, me decía Sarcey: "Estoy ya cansado de leer los libros para hablar de ellos. Esto no es leer, no es abandonarse á la lectura. Es reaccionar, leer uno en sí mismo en vez de leer al autor."

¿Tenía razón.

¿Para qué sirve la crítica? Para hacernos leer desde un punto de vista determinado.

Los artículos críticos son como introducciones ó prólogos de la obra criticada. Y algunos hasta sirven de algo.

Según que el lector haya leído ó no al autor, el crítico ejerce sobre él una influencia distinta, instándole á leer en la misma disposición ó á releer en otra nueva y desconocida.

En el primer caso dice: "Piense usted sobre esto"; y en el segundo: "¿Ha pensado usted sobre esto?"

Del mismo modo que Bonald veía siempre las cosas y los seres bajo un triple aspecto y para el cual toda triada tenía siempre un agente intermediario, toda lectura se compone de tres personajes: el lector, el autor y el crítico.

El crítico es el intermediario; es un hombre que no sabe leer más que como crítico y sólo sabe enseñar, por lo tanto, lectura crítica.

Nada más lejos de mi ánimo que censurar esa clase de enseñanza; pero, no obstante, al escribir esta obra me propuse todo lo contrario.

Es decir: enseñar el placer de la lectura. Que el lector aprenda el arte de leer como se aprende otro arte cualquiera, el de tocar un instrumento musical, por ejemplo, para obtener con él la mayor cantidad de espiritual goce.

Pedidos á la EDITORIAL ESPAÑOLA AMERICANA, Mesonero Romanos, 42, MADRID

Precio del ejemplar, 2 pesetas.